HARU

Flavia Company

Cada día es una vida entera

HARU

Flavia Company

Cada día es una vida entera

“Nunca tires contra nadie; nunca tires
para seducir a nadie; nunca tires para
ser más que nadie; nunca tires para
demostrarte nada a ti misma; el tiro
con arco es un estado que se puede
compartir.”
Estas son las palabras que acompañan
a Haru desde su entrada en el dojo,
donde aprenderá el camino del tiro
con arco, hasta el camino vital que hará
que lo cuestione todo, lo arriesgue todo
y lo pierda todo. Para recibirlo todo.

A Inma, amor de mi vida,
porque el camino del arco
es posible solo con ella
y porque, sin ella, Haru jamás
habría llegado hasta mí.

Yo soy el dolor del mundo.
Yo soy el alivio del mundo.
Yo soy tú.

HARU

P R Ó L O G O

La condición para que les cuente esta historia es que no me pregunten de dónde la he sacado y que acepten que habrá detalles que no conozca o para los que no tenga explicación.

Nos encontramos en tierras de Oriente. Hemos ido sin haber viajado nunca hasta allí.

Hay una casa pequeña, de madera oscura, rodeada de jardines y de huertos. Es temprano y el color del día es aún de un azul que el amarillo no ha rozado.

Haru está sola, sentada a la mesa baja de la cocina. De rodillas. Mira el plato de fruta fresca que quedó la noche anterior.

Si su madre no hubiese muerto le diría, Haru, ¿no te la comes? Le diría, la fruta es el cuerpo del silencio. Le diría, para comer fruta hay que sentir cómo late el corazón. Le diría, la vida es la fruta, Haru, y los años son la piel.

Oye un ruido a su espalda. Y una voz: deja de llorar. Su padre.

—No lloro, miro.

—Mirar es llorar, mirar es llorar; vete a arrancar las malas hierbas.

El padre, siempre vestido de negro, es el muro de piedra. Y la hiedra que se le aferra es salvaje.

—Arregla el jardín; te vas mañana.

Un día para irse. La madre dejó claro que, a su muerte, la hija única debía asistir a la escuela de tiro con arco.

Durante los últimos días de la enfermedad la madre le dijo al padre, no puede quedarse contigo, sería una carga innecesaria, tú tienes que seguir con nuestra obra, una niña de quince años no haría más que molestarte, échala.

Lo que Haru no oyó, porque huyó abrumada de detrás de la fusuma cerrada de la habitación de los padres, lo que no oyó son las palabras de después, cuando su madre dijo, Haru tiene que ser capaz de comenzar una vida, no puede convertirse en un apéndice tuyo o de mi muerte. Y tampoco supo que el padre contestaba, lo haré porque es tu voluntad, y porque soy consciente de que el camino no comienza hasta que no se pone un pie en él, un primer paso, que siempre duele y asusta.

El padre de Haru es un hombre silencioso y reflexivo. Escribe las

cartas de todos los que no conocen el misterio de las letras. Es su trabajo.

Sabe los secretos de toda la población. Y toda la población deposita en él las esperanzas, las inquietudes, los deseos. Lo visitan para que les escriba una nota que explique los síntomas al médico de la ciudad pero acaban por confesarle los agujeros del alma.

La auténtica vocación de Osamu es el arte de la caligrafía. Y la obra a la que se refería su esposa, Kumiko, con quien la compartía, es la escuela de diez discípulos entre quienes, quizás, algún día podría encontrarse el trazo perfecto.

Haru ha querido ser alumna de los padres, pero Osamu siempre ha dicho que a la hija le falta paciencia, equilibrio y fe, aptitudes sin las que es imposible ni siquiera intentarlo. Kumiko, sin estar de acuerdo con esta impresión, tampoco ha insistido en lo contrario. Débil desde que había parido a Haru, consciente de que la vida se le escapaba antes de tiempo, tenía claro que el animal que no se aleja de la manada es un animal asustadizo y vulnerable.

Tanto la madre como el padre de Haru habían sido distinguidos por la práctica excelente del shodo y contratados para la redacción de documentos oficiales delicados.

En uno de sus viajes a la ciudad, la madre conoció a Kazuko, Gran Maestra de uno de los dojos más célebres del país, quien accedió a recibir a Haru como alumna cuando Kumiko, ya gravemente enferma, muriese. Pacto de mujeres.

Kumiko comunicó la decisión a la hija, al regreso de aquel que se convirtió en su último viaje. Sentadas las dos a la mesa de la cocina, mientras cortaban una sandía. Haru se negó y dijo que, antes, se iría de casa y no volverían a verla. Kumiko sonrió con paciencia y le dijo, quien huye, tarde o temprano tiene que volver para poder marcharse.

Haru ha dejado su cuerpo fuerte y delgado en manos de la ira, una ira con la que ahora arranca de estirón en estirón las malas hierbas del jardín, sí, pero también flores rojas, amarillas y blancas; y pisa el suelo sin cuidado y mata con los pies descalzos a los gusanos y a las hormigas con las que tantas veces ha hablado; destruye con los ojos cerrados todo lo que encuentra con los ojos abiertos.

Ha llegado el día de irse, pero Haru no lo ve así. Haru piensa que la expulsan. Se sienta a los pies del cerezo que plantaron los tres juntos cuando ella cumplió cinco años e imagina que tal vez su madre le diría, Haru, quien se siente expulsado, tarde o temprano tiene que volver para ser capaz de irse.

¿Cómo puede haber salido el sol un día más, después de su muerte?

PRIMERA PARTE

U N O

El padre lleva a Haru a la estación del ferrocarril. Le ha explicado dónde debe bajar y el trayecto que tiene que hacer a pie hasta la escuela. No esperará a que salga el tren. Ya en el andén, le da la maleta que él mismo ha cargado hasta allí, hace una reverencia estricta y dice, es lo que quiere tu madre. Se va.

Haru se queda inmóvil hasta que la figura del padre desaparece. Después, sube al tren, que enseguida se pone en marcha.

Es lo que quiere mi madre, repite en voz baja, una madre que muere puede querer esta clase de cosas, asegura, pero es más bien una pregunta. Tienen voluntad, los muertos. Y también es una pregunta.

Haru llega al dojo sola, cansada después del viaje en tren y del largo camino de tierra que separa la ciudad de la escuela, desconcertada por la vida que le espera, enfadada por la vida que ha tenido que dejar.

Le asignan un dormitorio, que no le gusta, ropa, que le parece áspera, y un arco con seis flechas, por los que no siente ni el mínimo interés.

Tampoco siente demasiado interés por sus compañeros. Los mira de arriba abajo mientras la maestra Kazuko, la más importante de las tres autoridades del centro, le da la bienvenida acompañada por la maestra Mitsu y el maestro Sho.

Se trata de cuatro chicos y tres chicas. Haru no tiene ganas de que nadie le caiga bien ni de caerle bien a nadie.

Están reunidos en la sala principal; los alumnos sentados en el suelo, en semicírculo. Habla Kazuko, que está junto a Haru. La tiene cogida por los hombros, un gesto que a Haru más bien le molesta, rechaza el contacto físico, ¿por qué la gente piensa que tocarse es bueno?

Fuyuku es corpulento; incluso sentado se ve que es más alto que los demás. Tiene las cejas espesas y la boca grande. Va rapado al cero. La mira un momento, el tiempo suficiente para que Haru decida que es un chulo.

A su lado está Itachi, bajo, redondo, de cabellos grasientos y

uñas mordidas; las gafas colocadas en la punta de la nariz. Haru no es capaz de discernir si es tonto o muy listo.

A continuación, Shizuka y Natsu. La primera es una chica muy delgada, elegante, lleva un largo flequillo que le tapa un ojo; la enfoca con el que le queda a la vista y le dirige un gesto de bienvenida con una mano, fina y casi rosada, de tan blanca. La otra chica, Natsu, es gordita e insólitamente pelirroja; le regala una sonrisa abierta de dientes pequeños y muy blancos.

Después le presentan a Kimitake, esbelto y rígido, quieto como una estatua, con una larga melena negra, suelta, que le llega hasta el suelo, por debajo de la cintura; inclina la cabeza de un modo casi imperceptible para saludarla.

Llega el turno de Yasunari, de mirada algo bizca. Haru piensa que le recuerda mucho a alguien, pero su memoria no lo localiza. Le causa gracia la cola de caballo, demasiado corta, que lleva en medio de la cabeza atada con un coletero de color azul cielo que contrasta con la oscuridad de su cabello. Es ella quien se adelanta y le sonríe; el muchacho responde con una reverencia que le mueve la cola adelante y atrás.

El semicírculo queda cerrado por Takara, facciones angulosas, atlética, alta y de cabellos muy cortos; a Haru le da la sensación de que sus ojos desprenden un mensaje contradictorio, una mezcla entre la fuerza y la debilidad, un lugar imposible entre cara y cruz.

Acabadas las presentaciones, Kazuko pide a la maestra Mitsu que acompañe a los alumnos hasta la biblioteca para celebrar la primera clase de caligrafía. Ella y el maestro Sho se encargarán de preparar el material.

De camino hacia allí, Natsu se coloca junto a Haru y le dice que cuente con ella para lo que necesite, y también le comenta que ha llegado tres días antes, yo a esto del dojo no le encuentro ninguna gracia, dice, mis padres me han obligado a venir con la intención de que aprenda disciplina y deje de ser lo que ellos llaman una niña malcriada, pero es una pérdida de tiempo, porque en cuanto vuelva a poner un pie en casa ellos serán los primeros en comportarse como de costumbre, la gente no cambia, solo cambian las circunstancias.

Haru no rompe su silencio, se pregunta por qué aquella chica tiene tan claro que volverá a casa, también se pregunta si es cierto eso de que la gente no cambia; lo que le gustaría preguntarse, sin embargo, es si su padre se arrepentirá de haberla echado y le permitirá abandonar aquel sitio y regresar junto a él. La madre le diría, nadie te ha expulsado, Haru, no se puede echar a alguien que

tiene el deber de irse. Su madre siempre hablaba con frases cortas, con frases que podrían haberse escrito de un solo trazo: dejaba caer el sonido en el aire como el pincel en el papel.

Mientras Haru piensa, Natsu sigue, te sorprenderá que sea pelirroja, claro, todo el mundo se queda perplejo, sí, Natsu se ríe con ganas, tres pájaros del jardín de en medio levantan el vuelo asustados por los gritos; parece que mi tatarabuelo, que era marino, se enamoró de una mujer rusa en uno de sus viajes y que la trajo hasta aquí escondida en la bodega de un barco; cuando el capitán la descubrió ya era demasiado tarde, no se atrevió a tirarla al mar, mi tatarabuela tuvo suerte. Haru observa las piedras que pisa, siente la brisa fresca, ve de refilón el perfil de Takara, las manos de Yasunari, la larga melena de Kimitake, seguido de cerca por la ligera Shizuka, el volumen de Fuyuku, que proyecta una gran sombra, oye la tos nerviosa de Itachi. Pero nadie está muy seguro de esta historia, ¿sabes?, porque mi tatarabuelo era muy discreto, el mar vuelve callada a la gente, y por cierto, tú pareces de mar; ríe Natsu, sonríe Haru, ya han llegado a la biblioteca.

D O S

El dojo se encuentra en la cima de una montaña. Solo a vista de pájaro se puede ver entero. De pájaro o de dios. Es extenso y está diseñado como si se tratara de una diana. Dos círculos concéntricos separados en cuartos por cuatro caminos equidistantes en forma de cruz y, en medio, un jardín con la sala de meditación, circular. En este jardín central, amplio y luminoso, hay un pequeño estanque lleno de peces y de nenúfares, diversos árboles frutales y una cantidad de flores de una variedad sorprendente. A este espacio dan las habitaciones de los tres maestros, el comedor común y la sala de reuniones. Toda la construcción es de madera.

El círculo interior está separado del siguiente por un jardín que lo rodea y que da al segundo aro, donde se encuentran las habitaciones de los ocho alumnos, la biblioteca, los baños, la cocina y el espacio donde guardan toda clase de materiales. Alrededor de este último anillo, los huertos con que se alimenta la comunidad y que cuidan los habitantes del dojo, es decir, maestros y alumnos.

Los cuatro caminos que dividen en porciones idénticas los dos círculos son estrechos y silenciosos, bordeados por plantas aromáticas.

El del Oeste conduce a la zona en la que practican el tiro con arco, las disciplinas al aire libre y las artes marciales. Les queda a medio kilómetro escaso.

Al Este hay un bosque, a un kilómetro y medio. Allí mismo se encuentra el lago al que van a bañarse cuando hace calor.

Un poco más allá está la población que les procura algunos suministros, como papel, cera, hilo, sal, servicio de correos o atención médica.

El camino del Norte lleva a la ciudad de la que sale el tren que comunica aquella tierra apartada con el resto del país. Es la estación a la que llegan los alumnos y a la que regresan para marcharse. Les queda lejos, a veinte kilómetros, y lo recorren a pie cuando tienen un buen motivo, es decir, llegar o irse.

Al Sur hay un risco impresionante que, en días de viento, transmite las canciones secretas de la montaña.

El dojo es un lugar pacífico. El tiempo pasa por la luz, el espacio no tiene límite. La disciplina de todos sus habitantes crea una armonía sincronizada que suena al unísono. El gong de los cuencos a la salida del sol, el sonido de las flechas rasgando el aire cada mañana durante la práctica de tiro, el roce de los kimonos con cada gesto de las formas del taichí, los cantos antes de la meditación, los mantras al atardecer, las palas hundiéndose en la tierra los días que dedican al huerto, las tijeras cuando se encargan de podar plantas o árboles. Y el canto y el vuelo de las aves. Y el movimiento de las hojas. La lluvia contra los tejados. La brisa que balancea los móviles de bambú que cuelgan de distintos puntos y que comunican la fuerza con que llega el viento, cuánto durará, de qué color teñirá las nubes al anochecer.

Todos los alumnos, que por una razón u otra provienen de situaciones dolorosas, del ruido por dentro o por fuera, encuentran poco a poco un lugar en el que desplegar la paz encerrada en la parte más profunda de sus corazones. Algunos no lo soportan, y huyen. Otros toleran la travesía hasta el momento de irse. Algunos se quedan para siempre.

Los maestros ejercen de guías. Observan desde lejos, pero también de cerca. Intentan mostrar, en vez de explicar. Pedir y no exigir. Preguntar antes que responder. El camino del tiro con arco puede parecer, desde fuera, destinado a hacer coincidir la punta de una flecha con el centro de una diana pasando por la fuerza de una cuerda, pero es, como todas las disciplinas sagradas, un camino para hacer coincidir la flecha de los pensamientos con la diana de los actos, pasando por la cuerda de las palabras.

T R E S

Haru ha permanecido silenciosa y se ha limitado a observar sin extraer conclusiones; ha asistido a las diferentes actividades obligatorias de cada jornada. No ha hecho preguntas, no ha dado explicaciones. Se ha pasado el tiempo deseando volver a casa, seguir con lo que consideraba su destino. Y eso es lo que quiere decirle a Kazuko en la reunión que la maestra celebra para escuchar a los alumnos, uno por uno, durante la última semana del segundo mes de estancia en el dojo.

La sala, de veinte tatamis, impresiona por su gran dimensión, sí, pero también por un olor y un silencio vegetales. Situada en medio del jardín, en el centro exacto del dojo, a Haru le causa la sensación de que pertenece a otro mundo, un mundo en el que solo pesan los pasos y las miradas.

La maestra Kazuko la espera sentada en loto; el kimono azul le dibuja con detalle la figura delgada y fuerte. Haru se descalza, hace una reverencia, entra, se arrodilla ante la maestra, a unos cuantos pasos, e inclina la cabeza hasta casi tocar el suelo, como tantas veces ha visto que hacían los alumnos de sus padres. Puesto que no cierra los ojos, ve la madera gastada a unos milímetros y piensa que la proximidad absoluta hace que desaparezca la realidad.

—Llevas aquí siete semanas —le dice la maestra.

Lo sé de sobras, piensa Haru.

—Sé que lo sabes —responde la maestra a su pensamiento—, quiero recordarte que el tiempo pasa de la misma manera para todos los que creen en su existencia, pero solo los que sufren lo perciben. ¿Puedes decirme qué te atormenta?

Haru duda; ¿no existe el tiempo?; mantiene la vista fija en el suelo; nota que Kazuko la mira y la espera. Por fin responde:

—Este no es mi destino, maestra, yo no debería estar aquí.

Kazuko inicia un lento movimiento para levantarse. Sabe de la dificultad de la mayoría de los alumnos para adaptarse a las nuevas circunstancias: alejados de su casa, deben pasar cinco años de estudios y de trabajos, una vida austera y retirada. Esforzada. Son los elegidos, pero se sienten incómodos en su piel. Allá en el fondo

de la mente puede, si así lo procura, encontrar rastro de su rechazo, casi cuarenta años atrás, cuando, huérfana de padre y madre, fue puesta en manos del Gran Genkei.

Haru oye las siguientes palabras:

—Tendrías que saber que nuestro destino no es el que creemos sino más bien lo que se nos cruza en el camino cuando nos desviamos por razones impensadas. No vengas a clase de taichí, ahora. Quédate a reflexionar. Mañana a la misma hora me responderás a la misma pregunta.

Haru sabe que Kazuko se va hacia la puerta, pero por mucho que se esfuerza no consigue oír sus pasos. Al cabo de unos segundos levanta la cabeza, comprueba que no hay nadie más en la sala. Las reuniones han acabado. Respira hondo y se tumba boca arriba con las piernas y los brazos abiertos. Mira el techo; recorre la estructura de las vigas de madera. ¿Qué le habrán dicho los demás a la maestra? Haru tiene claro que al día siguiente a la misma hora dará idéntica respuesta, este no es mi destino, yo no debería estar aquí. No soporta la calma que le han enseñado sus mayores. La vida no puede ser observación y aceptación. Kazuko le recuerda a sus padres. Y a los abuelos. Gente mayor, susurra mientras se levanta. Ya ha reflexionado bastante. Cuando está a punto de salir, entra Natsu.

—¿Qué haces aquí? —quiere saber Haru.

—El maestro Sho me ha enviado para que me tranquilice, dice que con esta impaciencia no puedo hacer taichí, ¿y tú?

—Me ha dejado aquí la maestra Kazuko para que reflexione sobre lo que le he dicho.

—¿Y qué le has dicho?

—Que este no es mi destino, que yo no debería estar aquí.

—Tiene gracia —contesta Natsu mientras chupa la punta de un mechón de sus cabellos rojos.

—¿Por qué dices que tiene gracia?

—Porque, que yo sepa, eso mismo es lo que le hemos dicho al menos cinco de nosotros.

—¿En serio? ¿Quiénes?

Natsu la mira y pregunta:

—¿Quieres adivinar?

Haru piensa con los ojos cerrados:

—Yo diría que aparte de ti y de mí, Kimitake, Shizuka y Fuyuku.

Entonces Natsu le dice:

—Si llegas a ser así de precisa con el arco serás un verdadero espectáculo.

—¿Por qué crees que ninguno de nosotros acepta que este es su destino? —pregunta Haru mientras caminan por el jardín, al lado del estanque.

—Mira estos peces —pide Natsu—, ¿crees que están conformes?

—Ni lo están ni no lo están —observa Haru—, ¿qué tiene que ver?

—Nada —comenta Natsu—, es que de pronto he pensado que solo podemos ser lo que somos si no nos miramos desde fuera.

Haru mira a Natsu:

—No te has quedado a tranquilizarte —la acusa.

Ríen.

C U A T R O

Los alumnos han ido perdiendo la tensión que provoca enfrentarse a lo que no se conoce. ¿Quién no se ha encontrado rechazando lo que llega de golpe para descubrir más tarde que no solo era el único camino posible sino el más cercano al corazón? Los han ayudado la humildad y la concentración, tener que aprender a coger el arco o a colocar el cuerpo en la posición correcta.

Ahora, después de la práctica de tiro, se reúnen en la sala central; los maestros esperan sus comentarios y sus preguntas. Están sentados en círculo, en el suelo. La primera en levantar la mano es Haru:

—Me he dado cuenta de que el destino no es lo que vivimos sino lo que entendemos.

Se hace un silencio. Los maestros sonríen e inclinan la cabeza. Entonces es Yasunari quien pide la palabra:

—Si el destino es lo que comprendemos y no lo que hacemos, ¿cómo es posible que nunca dé en el blanco si entiendo lo que es el blanco? ¿Y cómo puede ser que mis flechas siempre caigan, con precisión, treinta centímetros por debajo de la diana? —Cuando acaba, hace una reverencia que mueve con energía la cola corta y de cabellos negros que lleva cogida con el coletero azul y de la que tan orgulloso se muestra.

Kazuko mira a todos los alumnos:

—¿Alguien puede responder a Yasunari?

Haru no se hace esperar. La rivalidad con el muchacho, que ha ido aumentando mes a mes, es notoria:

—Muy fácil, Yasunari, piensa que el blanco está treinta centímetros por encima de donde lo ves.

Todos ríen. El burlado está a punto de contestar cuando interviene la maestra Mitsu:

—El blanco está en nuestro interior y somos nosotros quienes lo movemos al proyectarlo. Lanzamos la flecha ya dentro de la diana. Es por ello que no se trata de acertar, porque es imposible.

Una especie de corriente eléctrica pasa de uno a otro por todos los alumnos y hace que enderecen la espalda, que muevan la

cabeza, que acomoden las manos sobre las rodillas. La respuesta les resulta críptica.

—¿Qué quiere decir que cuando sale la flecha ya lo hace dentro de la diana?

Es Kazuko quien recoge la pregunta de Natsu:

—Quiere decir que mientras nuestros actos tengan una intención, apuntan a una diana externa, imposible de alcanzar. Quiere decir que si nuestros actos no tienen intención, dan en el blanco incluso antes de tener lugar.

Natsu, y no es la única, se encoge de hombros. Nunca va a disparar una flecha correcta. Tampoco está interesada en hacerlo. Le da lo mismo la absurda pasión del arco. No ve la hora de regresar a casa y se desespera cada vez que piensa en el tiempo que falta todavía.

Yasunari, avergonzado por su consulta, pide permiso para retirarse. Sho comenta:

—Yasunari, paciencia; en la meditación de hoy encontrarás una salida.

El maestro se levanta, enciende una vela pequeña y la coloca ante el alumno. La llama dibuja sombras inquietas en las paredes. Fuera, la luz se desvanece poco a poco; los árboles empiezan a convertirse en figuras humanas, los arbustos en animales desconocidos, los ruidos en misterios. Los maestros sostienen que si se presta atención auténtica pueden oírse los pasos de las hormigas, el crujir de las hojas, el movimiento del planeta.

Todos miran a un punto fijo en el suelo, un poco más allá de las rodillas. La maestra Mitsu empieza con los cantos armónicos, aún más silenciosos que el silencio.

Ningún discípulo ha conseguido todavía tener la sensación de meditar. Todos emplean ese tiempo para resolver problemas con la mente, en vano, y para pensar que no piensan que no piensan. Para recordar, fantasear. Disimulan la impaciencia y el cansancio. ¿Por qué les resulta tan difícil descartar las ideas y ser sin la consciencia de ser? Observan a los maestros, que parecen haberse ausentado del mundo. Tal vez de verdad se van a otra dimensión y dejan ahí sus cuerpos, que pesan demasiado para llevárselos.

Por fin el gong suena y da por acabada la sesión.

Es cierto que cada vez se les pasa más deprisa; sería más correcto decir que cada vez tienen menos sensación de tiempo y más de espacio. ¿Inmovilidad? ¿Sería así la eternidad?

En cuanto salen de la sala, cuando ve que los maestros han desaparecido, Natsu dice:

—Tengo tanta hambre que me comería uno de estos pobres peces. —Los mira nadar de un lado a otro—. No he dejado de ver comida, durante la meditación.

—Pues no lo llames meditación —la corrige Takara, siempre perfeccionista—. Mejor que lo llames dormitar.

Interviene Yasunari:

—El maestro Sho me ha dicho que hoy encontraría una salida.

—¿Y la has encontrado? —Kimitake pregunta mientras se peina con los dedos la larga melena negra y piensa qué debe de querer decir hallar una salida gracias a la meditación. ¿Un nuevo camino? ¿La solución a un problema?

Yasunari niega con la cabeza, pero contesta:

—Puede que sí.

—La meditación es una fuerza interior que no deja entrar ni salir nada —aclara Fuyuku—. Los hombres de mi familia hablaban a menudo del tema. El control proviene de la energía en absoluta quietud.

—¿La energía en absoluta quietud? —repite Shizuka; entrecierra los ojos, muy oscuros, de pestañas largas, y se aparta el flequillo, que tantas veces se los tapa, con un gesto delicado de las manos. Después de un suspiro que se puede atribuir tanto a la tristeza como a la desgana, dice—: Quizás es el concepto al que se refería mi padre cuando decía que la acción provenía de la quietud, porque del movimiento solo podían derivar reacciones.

Fuyuku asiente con entusiasmo, un entusiasmo que no le pasa desapercibido a Kimitake, quien, para contrarrestarlo, se ve obligado a intervenir:

—El padre de Shizuka era un sabio, no hay duda. Y su hija es su digna descendiente.

—Si todos los hijos fueran dignos descendientes de sus padres, los tuyos no serían maestros, Kimitake —ríe Fuyuku y obtiene, como premio de consolación, una falsa sonrisa de Shizuka, que no ha disfrutado en absoluto del comentario que acaba de hacer.

Itachi observa, después de soltar su entrecortada tos:

—Deberíamos preparar la cena. Nos toca —se dirige a Fuyuku y a Shizuka.

—¿Tú meditas, Fuyuku? —quiere saber Takara.

Fuyuku no contesta. Se da media vuelta y enfila hacia la cocina, seguido por Itachi y Shizuka. Takara deduce que la respuesta correcta sería no y que Fuyuku, que no puede mentir, ha preferido callar.

Al contrario de lo que suele pensarse, la verdad llega cuando

uno se queda quieto para que lo encuentre.

C I N C O

Encerrada en su dormitorio, Haru mira el sobre que contiene una carta de su padre. Ha llegado hace un par de días. Hasta cierto punto se siente orgullosa de esa caligrafía equilibrada como una fruta en la rama más alta de un árbol, movida por la brisa. Pero el orgullo no basta o quizás es el obstáculo que le impide cogerlo, abrirlo con cuidado por uno de los extremos y sacar el mensaje de un hombre al que recuerda poco y siempre con sentimientos de ambivalencia, a buen seguro porque intenta olvidarlo y ese intento de olvido le parece una falta de respeto.

Oye el repicar de los cuencos que avisa de la hora de la práctica. Se viste con la mayor atención posible, se acaricia los dedos de los pies antes de ponerse los tabi y las sandalias.

Ve las sombras de los compañeros a través del papel translúcido de la puerta corredera. Tiene que darse prisa. Llega la última a la cola para ir hacia el espacio de tiro, justo cuando empieza a moverse, con lentitud. A Haru le gusta mucho el camino del Oeste, el sonido de los pasos sobre las piedras pequeñas, las sombras de los árboles, los rayos de luz que de pronto iluminan un trozo de tela, la punta de una flecha. Tienen que tardar una hora en recorrerlo. Dicen los maestros que conocerán de verdad el camino cuando sean capaces de tardar medio día, sin forzar el paso. ¿Cómo van a tardar doce horas en recorrer quinientos metros si una hora les parece una eternidad? Un día se lo preguntó a Sho, que contestó: Nos volvemos sabios cuando hacemos preguntas; aunque no obtengan respuesta; porque una pregunta bien hecha lleva la respuesta en la espalda de la misma forma que un caracol lleva su caparazón.

Llegados al campo, los ocho discípulos se preparan. La maestra corrige con paciencia las posiciones: pies demasiado separados, hombros caídos, manos bajas, brazos en tensión, ropa mal puesta. No les resulta fácil pensar en todo al mismo tiempo. Cada cosa en su sitio, insisten los maestros. Cada cosa en su sitio es la perfección, protestó un día Kimitake, que no soporta que lo corrijan. No te equivoques, lo contradijo Mitsu, la perfección es una impostura que depende de la opinión, propia o de otros; de lo que se trata es de la

armonía, que es natural. Entonces Natsu se quejó, si fuera natural no requeriría aprendizaje. ¿Estás segura?, contestó Sho, ¿no has tenido que aprender a caminar?

Hoy la posición de Haru es perfecta, como si su cuerpo no necesitara pensarla. Da la sensación de que ni siquiera ha tenido que colocarse.

Y lo que sorprende a sus compañeros, lo que incluso enciende la envidia de algunos, no engaña a la maestra Kazuko, quien enseguida comprende que Haru está absorta, centrada en un pensamiento lejano y ajeno a la práctica.

Todos efectúan sus tiros: nadie consigue hacer diana; todavía es demasiado pronto para conseguirlo, pero Haru, con la tercera flecha, ni siquiera se acerca. Por el contrario, detiene con un acierto inesperado el vuelo de un pájaro.

En la reunión de la tarde todo es silencio. Kazuko pregunta:

—¿Nadie tiene nada que decir?

Haru expresa su sentimiento de culpa y Sho le responde:

—Es mucho lo que se aprende gracias a la práctica del tiro con arco, pero uno de los descubrimientos que llega con mayor velocidad es que cada vez que se pierde la atención, se hiere a alguien. —Sho aparta de la memoria, con un tenue movimiento de la cabeza, la circunstancia en la que, a causa de su distracción, uno de sus maestros estuvo a punto de perder la vida; aquella lección estaba aprendida; volver a los recuerdos es modificarlos; modificándolos se corre el riesgo de dudar; dudar sobre lo que se ha aprendido es ir hacia atrás. Aconseja a Haru—: Intenta averiguar qué estabas pensando y sabrás qué debes resolver, Haru. De momento, las consecuencias de tus actos han sido la muerte de un animal y un golpe, igualmente irreparable, a tu alma.

Haru piensa en el sobre cerrado que a primera hora de la mañana ha escondido bajo el tatami y se pregunta si tendrá algo que ver.

No sabemos qué dice la carta. Nunca lo sabremos.

Baja la cabeza, da las gracias y escucha con atención las consultas de los demás.

Cuando muere un pájaro, cambia el movimiento del aire para siempre.

S E I S

Fuyuku y Takara son los mejores jugadores de go entre los alumnos. Quizás Natsu o Kimitake podrían arrebatarles esa distinción, pero después de conocer sus habilidades ni siquiera lo intentan. Es más fácil opinar sobre los movimientos ajenos.

Fuyuku es un año mayor que los otros siete. La madre, viuda, decidió que la educación del único de los cinco hijos que le quedaba vivo, el menor, debía tener lugar lejos del pueblo en el que los hombres de la familia habían perdido la vida uno tras otro en defensa de un punto de vista. Hijo, nieto y bisnieto de honorables samuráis, la actitud suficiente y autoritaria de Fuyuku no le procura ninguna clase de simpatías. Su único amigo en la escuela es Itachi, el más tímido de todos, que lo sigue con devoción a todas partes como si se tratara de un sirviente, quizás porque no tiene un origen noble como el de Fuyuku y eso lo acompleja, razón por la que, además, ni siquiera se atreve a mirar a la bella Shizuka, de la que se siente enamorado y que, a su vez, se muestra cohibida en presencia de Kimitake, quien en cambio está pendiente solo de su aspecto.

El mapa de las relaciones entre alumnos es complejo, y el equilibrio de esa invisible telaraña depende en gran medida de la pericia de los maestros del dojo para evitar que las emociones, tantas veces disfrazadas de sentimientos, circulen a sus anchas.

Fuyuku ha perdido la partida de Go ante una hábil Takara, que no solo ha demostrado ser capaz de pensar una mejor estrategia sino también de seguirla gracias a su conocida paciencia; una paciencia que en algunos casos roza el perfeccionismo y, por consiguiente, la obcecación.

—Hoy estaba distraído —se justifica Fuyuku—. Si no, no me habrías ganado.

Takara no se inmuta. Deposita poco a poco, como si quisiera evitar cualquier sonido, las fichas negras y blancas en los pequeños cajones que lleva incorporados el tablero, una pieza de madera lacada que los maestros guardan en la biblioteca y que sacan el día de fiesta semanal para que los alumnos puedan jugar. Los maestros no acostumbran a asistir a las partidas. Los alumnos suelen estar

todos presentes.

—No he prestado demasiada atención. Tú en cambio has jugado como si te fuera la vida en ello —sigue Fuyuku.

Takara levanta la vista, intercepta los ojos del rival y suelta:

—No vas a ganarme nunca. No gana quien quiere ganar, solo gana quien quiere jugar.

—Estupideces —grita Fuyuku—, hay que ser imbécil para creérselo. Gana el mejor, si no está distraído. La próxima partida te dejaré ventaja, pero te derrotaré.

Sabemos que Fuyuku nunca ganó a Takara.

Salen de la biblioteca. Haru, que ha asistido a la partida de Go con una única pregunta en la cabeza, la escupe:

—¿Qué se gana cuando se vence?

Fuyuku declara que no tiene ganas de hablar. Se siente humillado. Y su cuerpo responde de manera fiel a esta impresión. Habitualmente desafiante, su figura, voluminosa, de músculos marcados y de una fuerza evidente, da la sensación de haberse desinflado.

En cambio Itachi, bajo y flojo, se crece para hacerse eco del enojo de Fuyuku y afirma que no siempre vencen los mejores y que eso da idea de la calidad relativa de las competiciones. Una vez expulsada la declaración, se entrega a su tos nerviosa, seca y constante.

Kimitake, que desde hace tiempo espera la ocasión de ver minimizado a Fuyuku, deja entrever una naturaleza vengativa. Dice que ningún campeón puede estar seguro de que no aparezca en cualquier momento alguien mejor que él. Se expresa con alegría, con ademanes que le agitan la melena larga, espesa y esponjosa que le cae por la espalda como si fuera un chal. Los maestros le aconsejan a menudo que se la recoja, ya que de ninguna manera se aviene a cortarla, pero el muchacho la considera su distintivo más preciado. Más de una mañana llega tarde a las obligaciones a causa del tiempo que le reclama el cabello. Los padres de Kimitake, maestros de la pequeña escuela de una diminuta aldea, enviaron al hijo único y adorado al dojo con la esperanza de que abandonara el vicio de la arrogancia, que tantas veces roza la crueldad y que había conseguido que los tratara con menosprecio, como si fueran indignos de haberlo traído al mundo.

Shizuka sonríe cabizbaja, escondida bajo el flequillo liso y brillante, y después de escuchar a Kimitake manifiesta su acuerdo y añade que los héroes auténticos son siempre más humildes que los héroes transitorios. La heroicidad y el honor son temas capitales en

la vida de la familia de la bella Shizuka. Su padre, consejero de uno de los nobles más destacados del país, escogió el seppuku para quitarse la vida cuando fue injustamente acusado de traición. De nada valieron los ruegos de esposa e hija. De nada sirvieron sueños o promesas. La determinación del hombre fue irrevocable: era más importante la honorabilidad que la vida. ¿Qué es la honorabilidad sin la vida?, le preguntaron esposa e hija. Y el hombre contestó, mucho más que la vida sin honorabilidad. ¿Era cierto? La pregunta quedó pegada en la parte más profunda del alma de Shizuka y modificó su naturaleza espontánea y alegre para convertirla en una muchacha circunspecta que, con frecuencia, parecía soberbia. El padre murió en presencia de los amigos y familiares más cercanos. El noble del que era consejero perdonó a la esposa la supuesta traición del marido, pero se vio compelido a enviarla al exilio. Concedió a la hija la gracia de trasladarse al dojo, hecho por el que madre e hija le estarán agradecidas para siempre.

Natsu, descendiente de célebres cocineros, recuerda las enseñanzas de sus padres y procura aplicarlas a la situación:

—El sabor que prevalece no es el del condimento más fuerte, sino el del que se combina mejor con los demás.

Natsu echa de menos el ambiente familiar, los gritos de urgencia en el restaurante de los padres cuando se presentaba por sorpresa un cliente importante, las explicaciones expertas del abuelo, que añoraba las recetas de otros tiempos y, sobre todo, la perfección a que las llevaba su esposa. El arte de tu abuela no conocía límites —le decía mientras removía un caldo—, se ha llevado los secretos a la tumba —dejaba de dar vueltas con la cuchara, la miraba a los ojos —, no sabes las ganas que tengo de reunirme con ella en el otro mundo para preguntarle qué le ponía a la soja, estoy convencido de que la aderezaba con algún jugo de flor; ¿pero de cuál, de cuál? Y en aquel instante su abuelo dejaba de ver a la nieta y se entregaba a un murmullo inacabable en busca del elemento desconocido hasta que algún grito lo devolvía a la realidad y se veía obligado a terminar el plato que lo ocupaba porque había llegado por sorpresa algún cliente importante.

Takara lo atribuye a la suerte.

—El azar nos gobierna —asegura con un tono neutro, sin responsabilizarse de la victoria. Hija de militar, su infancia estuvo marcada por una cantidad de pautas irrenunciables que han conseguido que la disciplina del dojo le parezca fácil de asumir. Fue su padre quien optó por alejarla de la familia, convencido de que la soledad y las normas la transformarían en una mujer de provecho,

una mujer capaz de ser esposa de un solo hombre y madre de un puñado de hijos. Decidió con resentimiento: la madre de Takara, exhausta, lo había abandonado, a él y a los seis hijos: la muchacha y cinco hermanos idénticos al padre. Había querido llevarse a la hija, pero las amenazas del progenitor la habían disuadido. Si te vas sola y no volvemos a saber de ti, os perdono la vida, si os vais las dos habrá venganza. Takara se resignó. Entendía que su madre necesitara irse y la animó a hacerlo. Después la echó de menos como solo se extraña el aire bajo el agua. Pero, tal como quedó establecido, no volvió a tener noticias suyas. Y si llegaron, el padre se las ocultó.

La intervención de Yasunari es breve. Se pellizca la barbilla y dice:

—Pero no contestáis a la pregunta de Haru. Lo que ella quiere saber es qué se gana cuando se vence, y la verdad es que, cuando alguien vence, no gana nada, es un hecho insignificante. —Hay un murmullo general; todos saben que Yasunari concede mucha importancia a los triunfos. Se vanagloria cada vez que consigue aunque sea una mínima superioridad. Es competitivo hasta el límite. Envidia los orígenes conocidos de Kimitake y los antepasados gloriosos de Fuyuku; considera que es él quien los merecería. En cambio, proviene de una familia muy humilde. Su tío era el encargado de llevar leña a casa de los padres de la maestra Mitsu. Un día en que Yasunari estaba enfermo y no podía asistir a la escuela, acompañó al leñador. Mitsu había ido de visita. Sentía debilidad por los niños. Enseguida estableció conversación con él y se dio cuenta de que no era como los demás: tenía posibilidades. Habló con el tío y, después de una leve resistencia, debida sobre todo al afecto del hombre por el hijo de su desafortunada hermana, que había perdido la vida durante el parto, se pusieron de acuerdo para que, llegado el momento, su sobrino fuera al dojo. ¿Y el padre de Yasunari? Nadie sabía quién era. El muchacho fantaseaba y atribuía a aquel hombre desconocido tantas virtudes como horas tiene cada día.

—¿Y tú, Haru? —El maestro Sho aparece por sorpresa, ha permanecido detrás del estanque y ha pasado desapercibido a los ojos de todos—. ¿Tú qué dices?

Haru responde repitiendo su pregunta:

—¿Que qué se obtiene cuando se vence? —Reflexiona un momento; ¿qué debe decir? Opta por la salida de emergencia—: Se gana la admiración de los otros. —Recuerda que su padre siempre decía a los alumnos que quien busca la aprobación de los demás

vive con un intruso dentro de sí mismo. ¿Vive ella con una intrusa en su interior?

El maestro Sho une las palmas de las manos y declara:

—Cuando se vence, se gana la posibilidad de perder. Pensadlo.

S I E T E

Una vez al año la maestra Kazuko cumple con la obligación de escribir en el Libro Sagrado. Se dirige, cuando el día aún no ha recibido ningún rayo de sol, a la parte de la biblioteca reservada al Gran Maestro del Dojo y, en silencio, dispone lo necesario.

La biblioteca es un espacio de treinta tatamis lleno de ventanas que dan, por un lado, al jardín que hay entre el primer y el segundo círculo; por el otro, a los huertos. Está dividida en dos salas. La primera, de veinte tatamis, a la que tienen acceso alumnos y maestros, contiene unas cuantas mesas bajas para trabajar la caligrafía, algunas pizarras colgadas de las paredes y un buen número de libros colocados en orden riguroso en las estanterías situadas a los cuatro lados y que van desde el suelo hasta el techo. A la segunda sala, de diez tatamis, se accede desde la primera, a través de una puerta que no lo parece, porque da la sensación de formar parte de la pared de madera. Incluso la cerradura queda disimulada. En su interior, de arriba abajo, los distintos Libros Sagrados de los grandes maestros que han dirigido la escuela a lo largo de la historia. Más de una vez Kazuko los ha consultado, como sin duda los anteriores maestros debieron de consultar los escritos de sus predecesores. Un diálogo hecho de palabras leídas. El Gran Genkei dejó el dojo en manos de Kazuko diez años atrás. Antes había ocupado el lugar de Mitsu y Sho.

El día de escritura en el Libro Sagrado es el aniversario de su nombramiento como sucesora.

Entra en la sala con la parsimonia propia de la ocasión. Movimiento tras movimiento. Definidos por la atención. Frotar la barra de sumi contra la piedra rugosa del suzuri, mezclar los pequeños fragmentos con agua para disolverlos y obtener la densidad de tinta negra adecuada. Mojar el pincel, de pelo de torso de comadreja, el más adecuado para su caligrafía. Descubrir que no está cansado porque lo ha dejado reposar el tiempo suficiente; un fude cansado no rinde, no obedece, no reconoce el papel ni la mano que lo usa. Aspira el olor de tinta recién hecha, comprueba su espesor, se asegura de que los pelos del pincel quedan teñidos pero

que no gotean.

Antes de escribir, abre los libros de Yoko, de Otsuki, de Yukio. Pasa la palma por la superficie irregular del papel, cierra los ojos, ve un desierto y una brisa leve que reorganiza las dunas grano a grano. Lee:

De mi mano a la tuya hay días.

He visto cómo caía la primera flor de cerezo ante los ojos impasibles de un pájaro.

Los gritos que esta tarde han dado los alumnos me han despertado durante la madrugada, como si la noche echara de menos al día.

Kazuko coloca en medio de la mesa la piedra que ha recogido en el jardín antes de entrar. La observa. Se identifica con ella. Escribe: el golpe que me aleja de un lugar me acerca a otro lugar. He llegado a tener mi forma, que perderé gracias a los impactos que me han llevado de un sitio a otro. No puedo decir que sea mejor aquí que allá. El calor y el frío dependen de mi situación entre el resto de las piedras. El lugar que dejo vacío se llena y si he hecho bien mi trabajo nadie se da cuenta del cambio.

Sigue con la escritura hasta que un rayo de sol, el primero, entra por el vértice más alto de una de las ventanas e ilumina la piedra, demostrando que la colocación es la adecuada.

Da las gracias, limpia cada uno de los utensilios que ha empleado, guarda el libro, sale de la sala, cierra con la llave que lleva colgada del obi, abandona la biblioteca, deposita con delicadeza la piedra con que ha trabajado en el lugar de donde la ha cogido y, con pasos cortos y vigilantes, se dirige a su habitación, de la que saldrá en unos minutos para comenzar la jornada.

O C H O

Han disparado los dos a la vez. Una de las flechas ha acertado y la otra no. Cuando se acercan a la diana comprueban que es imposible distinguirlas: tanto el uno como el otro quieren recuperar la que está clavada en el blanco. Ninguno de los dos considera suyo el error. La discusión no se hace esperar y enseguida los gritos alertan a Mitsu, que pasea por allí cerca. Cuando la maestra llega al lugar en que se desarrolla la pelea encuentra a Yasunari y a Kimitake dispuestos a atacarse con los arcos como si fueran catanas gigantes, el primero con la cola de caballo, azabache brillante, atada bien alta en medio de la cabeza con la cinta azul, el segundo con la melena al viento, negra y larga hasta por debajo de la cintura. Los compañeros los rodean en silencio. Esperan, sin participar, el desenlace del conflicto.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —pregunta Mitsu con una voz tan suave como para que todos callen e intenten oírla. Repite—: ¿Se puede saber qué pasa aquí? Vosotros, bajad ahora mismo los arcos —se dirige en tono severo a los chicos, que se han quedado inmóviles en cuanto han advertido su presencia. No solo bajan los arcos sino también la vista.

Takara, considerada por todos la más objetiva, es la encargada de relatar lo sucedido. La maestra escucha con paciencia. No es la primera vez que oye aquella misma anécdota. Promoción tras promoción los alumnos se enfrentan por los mismos hechos. Visualiza la imagen de un montón de piedras a la orilla del mar: tan similares, convencidas de moverse por sí mismas sin darse cuenta de que las impulsa el agua, a todas por igual. Cuando Takara acaba de hablar, Mitsu levanta la mirada, que ha mantenido fija en el ribete azul oscuro en que acaban las mangas de su quimono.

—Para empezar, que nunca más se os pase por la cabeza utilizar vuestro arco como una amenaza. Es una de las faltas de respeto más graves que puede cometer un kyudojin. Para seguir, tendréis que aceptar que los dos habéis dado en el blanco.

Antes de que los arqueros puedan protestar, la maestra sigue:

—Y tendréis que aceptar que ninguno de los dos ha dado en el

blanco.

Shizuka, que está a favor de Kimitake, interviene:

—Pero maestra, no puede ser. No pueden haber acertado los dos y fallado los dos.

—Y, sin embargo, es así —aseguró Mitsu—. Si en vez de mirar solo al blanco hubieseis prestado atención a vuestras flechas, ahora conoceríais la verdad que tanto os preocupa. Tenéis que entender la importancia de observar vuestros pasos al mismo tiempo que vuestro lugar de destino. Si no, siempre tropezaréis.

Entonces habla Natsu, que ha estado todo aquel rato sentada en un escalón mientras dibujaba espirales en el suelo con una rama:

—Y ahora, maestra, ¿cómo podemos saber la verdad?

Es Haru quien contesta:

—Aquí la verdad no le interesa a nadie. —Y dirigiéndose a la maestra—: Les he contado que ayer por la tarde, justo porque mi práctica de la mañana había sido horrible y estaba llena de rabia, vine al shajo y empecé a tirar una vez tras otra hasta que una de las flechas se clavó en la diana. Y por mucho que insisto, nadie me cree. Conclusión: no les interesa la verdad.

—Querida Haru —Mitsu la coge por los hombros e inicia el regreso hacia el dojo—, el hecho de que te resulte de tan vital importancia relatarlo y convencerlos demuestra que fue pura casualidad. Cuando no lo sea, no necesitarás testigos. Bueno, vamos al comedor. Parece que todos necesitáis un poco de orden.

Durante la cena, Kazuko les comunica que al día siguiente irán al bosque desde que salga el sol hasta que se ponga. Y que se sentarán a los pies de un árbol hasta convertirse en él.

Los alumnos, sentados cuatro delante de cuatro a las mesas bajas, se miran intrigados. ¿Transformarse en árbol? Fuyuku chasca la lengua, incrédulo y molesto; Yasunari arquea las cejas; Haru está a punto de hablar, pero desiste al ver que todos callan; Itachi frunce el ceño mientras tose; Takara se encoge de hombros; Natsu abre tanto los ojos que se convierten en esferas perfectas; Kimitake sonríe con suficiencia y Shizuka lo imita, pero con timidez.

Acaban de cenar y se retiran a las habitaciones. De camino a la suya, Fuyuku comenta con Itachi que deberían ir pensando en cómo salir de allí; que hace casi un año que llegaron, y que ya está cansado:

—Estos experimentos de los maestros no conducen a ninguna parte. ¿Qué se creen? ¿Que somos payasos? Tengo más de dieciocho años. Soy un hombre. ¿Esperan que acepte sin quejarme todos estos juegos de niños que nos obligan a hacer?

Itachi no dice nada. Espera. No es la primera vez que Fuyuku se muestra impaciente.

—Esto es para niños pequeños. Y a nosotros, Itachi, nos esperan retos más importantes que jugar con un árbol en el bosque.

Itachi no le lleva la contraria; intenta salir del trance lo mejor posible:

—Yo veo que estás más fuerte, que has avanzado con el arco, que eres el mejor de todos nosotros. Eres un buen ejemplo. Aquí te necesitan. ¿Qué sería un lugar como este sin un alumno como tú, Fuyuku? Piénsalo. Tú eres mejor que los maestros.

Tú eres mejor que los maestros: la frase se adentra en el espíritu de Fuyuku con una fuerza comparable a la de la muerte, definitiva.

N U E V E

De noche, en la habitación, Haru se pregunta por enésima vez por qué su madre decidió enviarla al dojo y por qué su padre no lo impidió.

Ya ha cumplido diecisiete años y hace más de uno y medio que la madre ha desaparecido del mundo que se ve y se toca. Como ella solía decir, del pobre y pequeño mundo que se conoce con la razón. Durante todo este tiempo ha tenido tentaciones de escribir al padre, de preguntarle por tantas cosas como la atormentan. Pero no lo ha hecho, ni siquiera ha empezado a leer la carta que él le ha enviado y que sigue escondida bajo el tatami. A veces piensa que tiene miedo de lo que diga; otras veces cree entender que le da miedo lo que no diga. ¿Por qué no acepta lo que es y sí en cambio lo que quiere que sea, si no conoce los efectos sobre ella de ninguna de las dos posibilidades?

También se pregunta por qué no le pide a Kazuko que le hable de la madre, que le cuente cómo se conocieron y de qué hablaron. Qué le dijo de ella, por qué había decidido separarla de su pueblo y de su casa y de su padre. Y de nuevo se contesta lo mismo: tiene miedo de las respuestas.

¿Es cobarde?

Eres una cobarde, Haru. Si fueras valiente te enfrentarías a lo que es. Si siempre te empeñas en cambiarlo todo, nunca llegarás a ti misma; quien quiere cambiar las cosas de los otros no quiere cambiar las cosas, sino que necesita cambiarse a sí mismo. ¿Todavía no lo has entendido?

Recuerda el día que su madre le dijo que estaba gravemente enferma y que moriría muy pronto. Recuerda que no la abrazó, que no le dedicó una sonrisa y que no mostró compasión. Se enfadó, la acusó, la rechazó. La odió con el odio inconfundible que siempre ha dedicado a todo lo que en un momento u otro le había sido sustraído. Odia el pueblo, odia al padre y a sus alumnos, su casa, a los amigos de la infancia, al abuelo, a la abuela y a la madre, odia el pasado y también el futuro que un día soñó.

No solo eres una cobarde, Haru. También eres una

desagradecida.

Oye unos golpes suaves en la puerta. Enciende un par de velas y va a abrir. Ve que se trata de Takara. La saluda con una sonrisa y la invita a pasar.

—Me gustaría aprender a jugar al go —suelta Haru mientras se sientan las dos en el suelo, una frente a la otra—. Es increíble tu destreza. Te has convertido en la jugadora invencible.

Takara recibe el cumplido con una inclinación de la cabeza. Después abre las manos y muestra a Haru lo que lleva: una mariposa blanca, que enseguida se pone a volar.

—¿Conoces la leyenda de la mariposa blanca?

Haru niega con la cabeza.

Takara asiente, como si esperara esa respuesta.

—Me la contó mi padre. Es el único relato que nos contó, a mis hermanos y a mí. De las pocas cosas afectuosas que nos ha dicho en la vida. El resto han sido siempre órdenes e instrucciones. Lo que corresponde a un militar: un saco de prohibiciones. —Se queda pensando un momento. Juega con la cera de una de las velas—: Quema y no quema, ¿eh? —comenta—. Es lo que los poderosos suelen hacer con los que consideran inferiores; cuando los tienen deshechos, los moldean a su antojo. —Mueve la cabeza de un lado al otro—. La historia es la de un joven entomólogo que se enamoró de una chica tan ligera que, más que caminar, parecía que volaba. El muchacho la persiguió hasta atraparla. Y le puso el alfiler que se le pone a un ser libre cuando se lo encierra en un espacio delimitado: se casó con ella. Y la muchacha, siempre vestida de blanco, vivía mirando por las ventanas, se dedicaba al ikebana y, de vez en cuando, olía las flores como si fuera a adentrarse en ellas y a desaparecer. El joven entomólogo observaba a su esposa con el deleite propio del que posee un tesoro. Le decía palabras hermosas y le regalaba collares de colores. Ella siempre le daba tres besos y después le sonreía desde aquel lugar en que la sostenía el alfiler. Un día el entomólogo, preocupado por un puñado de insectos que había atrapado en el bosque cercano, se dejó la puerta de la casa abierta. Una ventada imprevisible entró en la vivienda y revolvió papeles y desplazó muebles y levantó cortinas. Pasada la breve tormenta, el entomólogo descubrió que su esposa había huido. Mientras se compadecía por su mala suerte vio que una mariposa blanca daba tres golpes contra el cristal de la ventana antes de emprender el vuelo ligero y libre que le permitían sus alas.

—Es preciosa —dice Haru.

—La he cambiado un poco —confiesa Takara—. En la versión de

mi padre la mariposa moría asfixiada por el exceso de aire.¿A dónde creía que iba a ir, la muy ilusa?, decía él cuando la contaba.

Haru hace un gesto de menosprecio. Luego le pregunta:

—¿Y por qué me cuentas esta leyenda, Takara?

—Porque te he estado observando, Haru, y creo que te has olvidado de quitarte el alfiler.

Después se retira a su habitación.

Haru permanece mucho rato con los ojos bien abiertos, mirando el vuelo de la mariposa blanca, que se ha quedado encerrada en el dormitorio. Antes de caer dormida le abre la puerta para que pueda irse.

¿El dolor de corazón es un alfiler?

D I E Z

Mientras caminan hacia el bosque, Haru y Yasunari recuerdan aquel día de hace algunos meses cuando la maestra los envió para que se convirtieran en árbol. Ningún alumno se acercó siquiera a la sensación de una metamorfosis como aquella. Más tarde, durante la reunión, Haru comentó que el encargo que les habían hecho no tenía sentido y que además era imposible; que resultaba tan inasequible como lo sería que ella pidiera a uno de los maestros que se convirtiera en ave. Kazuko le contestó que quien no era capaz de serlo todo no era capaz de ser nada. Y a continuación se levantó y se fue con la lentitud de una nube en día de calma, que da la sensación de que permanece en el mismo lugar hasta que deja de verse. Justo después de desaparecer tras la redonda isla de bambús que hay a un lado del jardín, llegó un pájaro con las plumas del mismo color azul que el kimono de la maestra.

—¿Tú crees que podemos transformarnos en lo que queramos? —pregunta Haru a Yasunari. El muchacho se encoge de hombros; hace rato que quiere comentarle un tema importante y no encuentra el momento ni la manera.

Para quedarse con ella a solas ha procurado apartarla del grupo, retrasarse unos minutos con cualquier excusa, y la única que ha encontrado ha sido pedirle que vuelvan a las habitaciones para comprobar que sus arcos no estaban. Le ha dicho:

—Quizás los maestros nos han engañado y no es verdad que nos los hayan quitado y los hayan escondido entre los árboles. Quizás es una prueba, que tengamos que ir a buscarlos al bosque y no podamos regresar hasta la caída del sol.

A ella no le ha parecido mala idea y ha aceptado. De esa forma él ha conseguido quedarse atrás. No es fácil hablar con Haru; todos lo saben. En especial Yasunari que, sin ser su enemigo, es una especie de rival con quien se mide cada vez que se presenta la oportunidad.

—Haru. —Yasunari se detiene en un pequeño claro. Busca bajo la tela del kimono y saca un sobre. Se lo enseña y le pregunta—: ¿Reconoces la caligrafía?

Haru da unos pasos hacia atrás, se apoya en un tronco y se agacha. El corazón le envía palabras incomprensibles.

—Mi tío, con el que viví desde mi nacimiento hasta que me envió al dojo —empieza Yasunari el relato a la vez que se pone también de cuclillas junto a ella, la espalda apoyada en el mismo árbol, la mirada, un poco bizca, fija en el lago de aguas inmóviles —, tiene la casa a unos centenares de kilómetros de la de tu padre. Se enteró de la existencia de su escuela de caligrafía y supo que se trataba de un maestro reconocido y famoso, así que decidió visitarlo. Tardó unos cuantos días, a pie. Quería pedirle que me aceptara entre sus aprendices cuando salgamos del dojo. Dice mi tío que, con el shodo, una persona puede ganarse bien la vida, y ya habrás notado que en la clase de caligrafía soy de los mejores. —Haru ni parpadea—. Se ve que tu padre se dio cuenta de que el sobrino de mi tío, o sea yo —Yasunari quiere ser simpático, sonríe, observa que ella levanta los ojos hacia el cielo sin devolverle la mirada—, estaba en la misma escuela que su hija, o sea tú, y se lo dijo. Entonces mi tío, que no sabe de letras y había oído que tu padre redactaba cartas para los demás, le pidió que me escribiera y, si quería, que incluyera en mi misiva un mensaje para ti. Aparte del nombre, no hay duda de que, por la descripción que da, se trata de ti, alta, inteligente y huraña —se ríe un poco—. Impaciente y sin fe —dice mientras abre los brazos—. Haru, tu padre te manda recuerdos —acaba Yasunari a la vez que se pone en pie—. Dice que no le has contestado una carta.

Y en lugar de llorar, que es lo que desea hacer en ese instante —una carta, sí, solo una—, Haru se levanta también, con un gesto veloz, respira hondo y dice:

—Te equivocas, como de costumbre. Si mi padre viviera, no me habría echado de casa. A diferencia de ti, yo sí sé quién es mi padre. —En cuanto lo dice se arrepiente, pero es tarde. Recuerda la flecha con que meses atrás mató a un pájaro y le viene a la mente la frase de Sho: Cuando se pierde la atención, se hiere a alguien.

Yasunari baja la cabeza:

—Bueno, pues vamos a hacer lo que nos han dicho que hagamos.

Haru finge que tiene que ser ella la ofendida y dice:

—Sí, eso mismo, y cada cual por su lado. Parece que te gusta hablar en vez de hacer lo que hay que hacer.

Y acto seguido empieza a alejarse.

En ese estado, Haru es incapaz de buscar el arco. Y si bien ella no da con él porque no lo busca, sus compañeros tampoco, por

mucho que lo intentan.

Por la tarde todos admiten que el día ha sido infructuoso. Todos excepto Haru que, enfadada y dolida, exige que se le entregue otro arco para continuar al día siguiente con la práctica.

El maestro Sho dice:

—Mientras creas que el arco es reemplazable y que tú eres irreemplazable, no habrás ni siquiera empezado a comprender el arte del kyudo. Podrías preguntar dónde está, en vez de exigir uno nuevo.

Y después, dirigiéndose al grupo, añade:

—Encontraréis vuestro arco mañana por la mañana en el shajo. Llevad solamente las flechas. Y recordad que, para conseguir el tiro correcto, arco y arquero deben ser uno. No hay partes cuando se trata de un todo. Hoy no es necesario que os quedéis a meditar. —Y a Haru—: Tú, sí.

La sala queda vacía al cabo de un instante. Haru sigue allí; y su rabia. ¿Meditar? La ira y la meditación son polos opuestos. Para llegar a la segunda hay que abandonar la primera. ¿O es la segunda el camino necesario para hacer desaparecer la primera? ¿Es la meditación el origen, un puente, o un punto de llegada?

Fuera, en el jardín, sentados junto al estanque de los peces, Takara y Yasunari juegan a dejar una mano quieta dentro del agua para ver si algún pez los roza.

—¿Se da más importancia a lo que creemos haber perdido? —pregunta Yasunari.

—Más bien diría que damos más importancia a lo que hemos buscado con afán —contesta Takara—. Saber lo que tienes que buscar es una forma de encontrar el camino, ¿no crees?

Yasunari asiente. Y piensa que aquella chica habla poco pero que, cuando lo hace, siempre da en el centro de la diana. Ve que tiene tres peces cerca de la mano; el color anaranjado de las escamas contrasta con la blancura de los dedos.

—Da un poco de repelús —dice ella—. Están fríos. Y resbalan.

—Tienen la temperatura del agua. Son listos, se adaptan al medio.

El último gong del atardecer suena solitario en medio del silencio del dojo. Es la hora en que el cielo, antes de oscurecerse, permite ver el tono encendido de los crisantemos rosados.

O N C E

¿Cuántas veces puede un arquero perder su arco? Ante esta pregunta, los maestros contestan: ¿Cuántas veces estaría una persona dispuesta a perder la vida?

Un trimestre después de que Haru exigiera un nuevo arco y de que se la destinara a pasar una temporada sin practicar, Kazuko decide que regrese al campo de tiro. Lo cierto es que, privada del arco, la alumna ha mejorado en las clases de meditación, caligrafía y taichí; que ha aprendido a aceptar con más paciencia las órdenes y que su naturaleza rebelde y huraña se ha suavizado.

¿Acaso no es un espacio para la reflexión lo que nos diferencia de los demás?

A pesar de la apariencia de armonía, la rivalidad no ha desaparecido del dojo. Solo años de estricta disciplina permiten que un alumno no se compare, no aspire a ser superior, no compita en cada una de las artes en las que recibe entrenamiento; que no se mida con los demás sino con el alcance de sus posibilidades. Y el tiempo necesario no ha pasado todavía.

Así, a ningún maestro le sorprende que Kimitake suelte un considerable estornudo acompañado de una contorsión exagerada justo cuando Haru se dispone a tirar por primera vez después de tanto tiempo.

El ruido siempre pretende convertirse en centro de atención.

El tiro de Haru yerra el blanco. Aunque no tienen permiso para hablar durante la práctica y menos para quejarse, protesta mediante un golpe de arco en el suelo y atribuye la equivocación al estruendo que Kimitake le ha dedicado con mala intención.

—Si no hubiese estornudado, habría acertado.

Sho pide a Kimitake que vuelva a estornudar, con más fuerza si puede, mientras tira él. El chico obedece. Y la flecha de Sho se clava justo en el centro de la diana.

—Si no hubiese estornudado, no habría acertado —exclama el maestro como si mostrara agradecimiento a Kimitake.

Kazuko sonríe con ganas de reírse. No hace comentario alguno sobre la conducta del chico ni aplaude la respuesta del maestro,

pero se acerca a Haru y la mira a los ojos antes de decir en voz alta, para que todos la oigan:

—Querida Haru, deberías intentar dominarte a ti misma y dominar tu interior en vez de dominar a los demás o su interior. No olvides respirar, controlar lo que entra y sale de tu cuerpo. La alteración proviene del desequilibrio entre estos dos mundos. Además, he observado que tu arco está descompensado. Es natural, ha permanecido mucho tiempo solo y abandonado. —Cuando Haru está a punto de quejarse y decir que no es culpa suya, la maestra se lleva el índice a los labios para indicarle silencio; y sigue—: Retírate y trabájalo hasta que recupere la curvatura. Luego, vuelve y continúa con la práctica.

Irritada, Haru recoge el arco, que le saca como poco una cabeza y media de altura y, sin dejar de sentirse observada por los compañeros, de pensar que los arcos de ellos son mejores, repasa con las manos el suyo, distraída, hasta que oye un crujido. Se ha astillado. Ha ejercido demasiada presión. Levanta la cabeza y ve que la maestra camina hacia ella. No comprende cómo ha podido oír el sonido del bambú al quebrarse.

—Haru, te has dejado llevar por tu estado de ánimo sin reparar en lo que hacías. Me recuerda a la historia de aquel viajero ignorante que iba deprisa por un camino de montaña sin pensar en nada más que en llegar a su destino. De repente tropezó con una piedra que le provocó una herida en el pie. Se enfadó. Con la piedra, con el pie, con el camino, con su suerte. Tanto que siguió adelante sin dejar de lamentarse por lo que había ocurrido ni de culparse por su descuido. Iba tan atento a su anterior episodio que ni siquiera vio llegar el alud de rocas bajo las que quedó sepultado en pocos segundos.

Haru, de nuevo sin arco, se queda sola en un rincón, algo apartada, a la sombra, bajo un árbol. Es un verano caluroso; el día anterior ha llovido y la tierra todavía transpira. Tiene que entrecerrar los ojos para ver a sus compañeros. Asiste a la práctica hasta que se da por acabada. Hay un hecho que le ha llamado la atención. Y lo plantea en cuanto el grupo, al salir del shajo, llega a su altura.

—Maestra, hoy he tenido la oportunidad de ver desde una cierta distancia la práctica de tiro de mis compañeros. Me he dado cuenta de que no se nos diferencia al uno del otro, excepto a Kimitake, claro, que se empeña en hacerse notar mediante esa melena que le tendrían que haber cortado antes de dejarlo salir de casa, pero se ve que sus padres se lo consentían todo y aquí la cosa no ha cambiado

mucho que digamos. Bueno, lo que quería preguntar es si no deberíamos llevar algún tipo de distintivo que nos permitiera saber quién es quién.

Los alumnos están de acuerdo con el comentario y lo demuestran asintiendo con la cabeza, en especial Kimitake, que no puede estar más a favor a pesar de haber recibido la reprimenda de Haru.

Kazuko responde con un par de frases breves y contundentes:

—Los discípulos se distinguen por la vacilación del tiro. Los maestros no se distinguen.

Después, sigue caminando hacia el dojo, un paso tras otro, acompañada de Sho y de Mitsu, los tres con una sonrisa que los alumnos no saben si atribuir a la paz propia de los maestros o a la gracia empática que les produce la ingenua ignorancia de los estudiantes.

D O C E

—¿Lo has oído? —pregunta Fuyuku a Itachi.

Es una tarde dura de invierno pero, después de la práctica de caligrafía, Fuyuku ha decidido alejarse del dojo para ir a cazar. Itachi ha querido recordarle que tienen prohibido faltar a la reunión con los maestros, y todavía más cazar, pero Fuyuku ni siquiera le ha dejado hablar. Le ha enseñado la palma de la mano izquierda, con los dedos muy juntos, para detenerlo y, acto seguido, aconsejarle que lo siguiera. Si quieres ser un buen samurái tienes que venir conmigo. Hay que aprender a sobrevivir. La naturaleza se ha hecho para que el hombre se enfrente a ella.

Itachi se ha preguntado sobre la dudosa honorabilidad de desobedecer a los maestros, pero no ha querido rebelarse. Quiere creer en Fuyuku. Quiere creer que es un samurái descendiente de samuráis que sabe lo que significa ser samurái. Ha recordado las palizas que le propinaba su abuelo por cualquier tontería, el terror en que lo sumían, y ha decidido una vez más que el trato que le dispensaba Fuyuku merecía la obediencia en señal de agradecimiento. Y por esa razón ha decidido seguirlo.

Ahora, ante la pregunta de Fuyuku, Itachi niega con la cabeza. No, no ha oído nada. Además, el escándalo de su tos nerviosa, corta y seca no le permite atender a ningún otro sonido. Está alterado porque, como si fuera poca cosa haberse alejado del dojo y saltarse la reunión, han sumado un delito que, para colmo, no podría haber ido peor, por mucho que Fuyuku disimule con una resignación que pretende ser elegante y contenida, estilo samurái. Cuando ya iban de regreso, por suerte sin haber cazado ninguna presa, han tropezado con un extraño que sin duda ha reconocido los kimonos de la prestigiosa escuela de tiro, porque en unos segundos les ha dirigido la palabra para ofrecerles una buena suma de dinero a cambio de los arcos, que, como se sabe en la región, se cotizan por encima de muchos otros. Ha iniciado la conversación con Fuyuku. Le ha dedicado distintos halagos, por su actitud, por su fuerza, por su elasticidad e incluso por su belleza física. Fuyuku no ha tardado en reaccionar con orgullo y en relatar con placer los detalles de su

procedencia. Y tampoco ha tardado en burlarse sin ambages de la prevención de Itachi. De parientes crueles, descendientes apocados. Qué cobarde eres, amigo mío. A ese abuelo tuyo habría que pararle los pies. Algún día me encargaré de él. Itachi ha querido recordarle que su abuelo había muerto dos años y medio atrás, justo el tiempo que ha pasado desde su llegada al dojo, pero no le ha dado tiempo, porque Fuyuku ha reanudado su charla con el extraño y se ha puesto a discutir con arrogancia el precio del arco.

La negociación ha avanzado sin obstáculos. El regateo parecía divertirlos. Itachi se ha sentado al pie de un árbol y ha esperado con paciencia a que acabara aquel despropósito por el que recibirían sin duda un castigo ejemplar. Se ha preguntado si el hombre los habría visto intentando cazar y si de esa conducta impropia de dos alumnos del dojo habría deducido que estarían dispuestos a llegar muy lejos, tan lejos como para hacer lo peor que podrían hacer, vender el arco. Estaba más preocupado por la sanción que por sus actos. Quizás Fuyuku tiene razón y es un cobarde.

El comprador, por fin, cansado de jugar, de ir adelante y atrás y, sobre todo, de la avaricia de un muchacho que rondaba los veinte años, ha planteado una última oferta, que multiplicaba por cinco lo que había ofrecido hasta aquel momento. El bisnieto, nieto e hijo de samuráis ha claudicado y rendido su arco con nerviosismo mientras indicaba a Itachi que lo imitase. Itachi se ha negado en redondo, pero Fuyuku lo ha amenazado con retirarle la palabra y, sin titubeos, el joven nieto del abuelo cruel ha obedecido.

Después, una vez efectuado el intercambio de bienes, se han despedido del negociante con una leve reverencia. Fuyuku caminaba orgulloso.¿Tú sabes la cantidad de cosas que podremos comprar con esta pequeña fortuna? Le hemos sacado cinco veces más de lo que valen. Tendríamos que dedicarnos a los negocios, amigo. Estamos preparados para hazañas más importantes que las que nos promete el dojo. Con este dinero empieza nuestra posibilidad de irnos de aquí.

Tres árboles más allá ha aparecido otro individuo. Itachi ha deducido, nada más verlo, que era cómplice del comprador, pero se ha abstenido de decírselo a Fuyuku; sabe muy bien que el bisnieto, nieto e hijo de samuráis no soporta que sean los otros quienes piensen o lleguen a conclusiones. El hombre los ha amenazado con una navaja y los ha despojado del capital. Molesto y humillado, Fuyuku se ha adentrado en el bosque.

—Ahora no tenemos arcos ni dinero —comunica Itachi, asustado.

Fuyuku se queda mirándolo y está por responderle con una observación violenta cuando vuelve a escuchar un ruido que le hace levantar la cabeza y repetir:

—¿No lo oyes?

La brisa agita las ramas, el vuelo de los pájaros mueve el aire, algún reptil o roedor desplaza las hojas por el suelo. Itachi no oye nada distinto a lo de siempre.

—Pues yo sí que oigo algo raro. ¡Escucha! —Y después de una pausa—: Vamos a ver.

Itachi se quedaría muy a gusto más cerca del camino, pero no quiere llamar a la mala suerte con la soledad. Considera que la compañía de Fuyuku lo protege y lo salva de las peores desgracias. Lo ha tomado casi como un talismán. Su fuerza y su coraje le despiertan la más incondicional admiración. El abuelo siempre le decía: El mundo se reparte entre los parásitos, que comen de los otros, y los depredadores, que se los comen; tú siempre formarás parte del primer grupo, Itachi; tú eres un superviviente.

—¡Mira! —señala Fuyuku una de las flechas que utilizan en la escuela. Está clavada en el tronco de un árbol y del extremo cuelga un hilo muy fino. Fuyuku arranca la flecha y sigue el hilo con las manos hasta un pozo profundo al que se asoma con curiosidad.

—¡Es Haru! —grita a Itachi, que se mantiene unos pasos atrás.

—¡Fuyuku! —dice ella—. Creí que nunca iba a oírme nadie. —Se pone de pie y pide—: Ayúdame a salir.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Primero ayúdame y después te lo cuento. No es que se esté muy a gusto, aquí abajo, como para establecer una conversación.

Fuyuku e Itachi se quitan los obis, los atan, se tumban junto al agujero y lanzan la tira de tela para que Haru ate también su cinturón y así puedan izarla hasta la superficie. Sale sucia de tierra y agotada.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no estás en el dojo? —pregunta Itachi.

—¿Y vosotros? —contesta Haru. Ante el silencio de ambos, continúa—: Los maestros han comentado con desaprobación vuestra ausencia. Yo he venido a caminar después de la reunión y me he caído en este maldito pozo. ¿Y vosotros? —vuelve a preguntar mientras se sacude la ropa con energía.

Itachi se cruza de brazos y Fuyuku dice:

—Teníamos negocios, pero no han ido bien. A veces se gana, a veces se pierde.

—No sé si los maestros estarían de acuerdo con eso. —Haru

recuerda una frase que su madre repetía a menudo, a veces se gana, a veces se aprende; suspira; se siente aliviada de haber abandonado la improvisada prisión—. Es una suerte que pasarais por aquí. Pensaba que tendría que quedarme toda la noche y, la verdad, es oscuro y húmedo. Es desagradable tener miedo.

—Yo siempre tengo —confiesa Itachi mientras, como los compañeros, vuelve a ponerse el obi, todo arrugado. No es muy hábil, de manera que tienen que esperarlo mientras termina.

—Se lo digo siempre, que es un cobarde. —Fuyuku se dirige a Haru—: Pero con los cobardes no hay nada que hacer; están hechos de una pasta blanda modelada paso a paso por las circunstancias.

Haru lo mira con calma. Fuyuku es alto y fuerte, el único de todos los alumnos que llena con la musculatura hasta el último rincón de tela del kimono; se comporta con prepotencia y desconsideración. Luego se fija en Itachi, más bien bajo y débil. ¿Es valiente el que se atreve con los cobardes?

Caminan hacia la escuela. Haru pregunta:

—¿Te atreverías a desafiar a un gigante, Fuyuku?

—Sería absurdo, ¿no crees? Poco inteligente por mi parte. Un samurái tiene que saber cuáles son sus límites. Pero pensaría en una estrategia que no estuviera basada en la fuerza y vencería —asegura convencido.

—Una estrategia que no esté basada en la fuerza necesita tiempo —comenta Haru—. Y mientras pensaras la estrategia, alguien que se dejase llevar por las apariencias podría asegurar que eres un cobarde.

—Se equivocaría —afirma Fuyuku con la cara encendida.

—¿Y un cobarde no puede ganar? —pregunta Haru.

—Imposible —Fuyuku eleva el tono de voz.

Itachi casi sonríe. Haru piensa que nunca lo ha visto reír. Siguen adelante sin decir nada más.

Cuando llegan al dojo todo está en silencio. Alumnos y maestros se han retirado a los dormitorios.

De repente, como salido de la nada, Sho llama a la puerta de Itachi, que está a punto de meterse en la cama. Le pide explicaciones y el alumno se arrodilla, lloroso. Delata a Fuyuku al mismo tiempo que lo defiende diciendo que ha salvado a Haru. Implora perdón. Le es concedido después de una reprimenda y la advertencia de que los actos incorrectos provocan consecuencias nefastas por mucho que se obedezca a otros. Al salir de la habitación, Sho informa a Kazuko y a Mitsu.

Mitsu se presenta en la habitación de Haru y le aconseja que en

la próxima ocasión se limite a mirar por dónde va y, así, se ahorrará miedo, dolor y, sobre todo, no se verá en la necesidad de herir a un árbol y depender de los demás para salvarse. Haru no protesta.

Kazuko se encarga de Fuyuku. El joven, que debido al código samurái no puede mentir, tiene que admitir todo lo que Itachi ha contado, pero mantiene con orgullo la defensa de sus decisiones. Discute los principios del dojo. Dice:

—No tendría que haber venido. Mi camino no pasa por la escuela. Ha sido un error que lamento. Los guerreros tenemos otras prioridades.

—¿Guerreros? —responde Kazuko—. ¿Qué sabes tú de la guerra, Fuyuku? ¿Qué sabes de la muerte si no que existe? Tu historia es dura, como la de todos los que estamos aquí. ¿Qué quieres de la vida, muchacho?

—Todo, maestra. Lo quiero todo porque lo puedo todo. —Fuyuku baja la cabeza con fingida humildad.

—Todo y nada son lo mismo, Fuyuku. No hay diferencia.

—Pues yo prefiero todo —insiste el alumno.

—El dojo es solo una parte, Fuyuku. Si insistes en quererlo todo, tendrás que abandonarlo y hacer otro camino.

Fuyuku mira a la maestra a los ojos:

—¿Me estáis echando?

—Eres tú quien elige, Fuyuku. Recoge tus pertenencias y vete de la escuela en cuanto despunte el día.

Fuyuku se asegura de que la maestra lo oye cuando jura vengarse.

SEGUNDA PARTE

U N O

Nadie se ha atrevido a preguntar a los maestros por la desaparición de Fuyuku. Ni siquiera Itachi, que es quien más ha sufrido por su expulsión: ha quedado arrinconado y su práctica ha ido empeorando día a día. Solo se lo ve entregado en el momento de la meditación, pero todos saben que está muy lejos de meditar y que lo único que hace es pensar en Fuyuku, culparse por lo que ha pasado y desear que vuelva.

¿Volverá?

Los maestros, que se han encontrado otras veces en situaciones similares, han dejado que pase mucho tiempo antes de abordar el tema. Saben que los discípulos necesitan digerir ese tipo de decisiones: suelen sentirse amenazados y se solidarizan con el expulsado como si fuera una víctima, como si cualquiera de ellos pudiera ocupar su sitio, sin darse cuenta de que, en la vida, cada cual tiene el suyo.

Aprovechan una mañana de recogida de manzanas para plantear la cuestión. Están de acuerdo en que el ejercicio físico hará que los alumnos estén más receptivos. El cansancio deja fuera de juego la resistencia de la mente.

Natsu, acostumbrada al consentimiento de los padres, a quienes echa de menos en exceso, declara que hace demasiado calor y pide que le permitan quedarse al margen de la actividad. Más de una vez ha intentado saltarse las tareas, ya sea recoger leña, ir a comprar suministros al pueblo o limpiar los baños. Si ha obedecido a la primera, lo ha hecho a regañadientes. No ha nacido para la disciplina. No se considera destinada al aprendizaje de la atención, la observación, los límites. Se siente con derecho a todo y a todos. ¿Recoger manzanas?

Mitsu es la encargada de ponerle delante un espejo. Le dice:

—¿Has observado lo que pasa cuando una planta recibe demasiada agua? ¿Has observado qué ocurre cuando recibe demasiado poca? ¿Has observado qué pasa cuando recibe el agua y el sol en la medida justa?

Natsu contesta:

—Yo no soy una planta.

—Es verdad, no eres una planta, pero también puedes pudrirte o secarte. El equilibrio entre lo que recibimos y lo que damos es la única posibilidad de florecer.

—¿Y si yo no quiero florecer? —la desafía Natsu.

—Tendrás que apartarte para dejar florecer a los demás —sentencia Mitsu—. Vamos, tenemos trabajo. De momento, tendrás que hacerlo.

El resto de alumnos y maestros caminan hacia el campo de manzanos, de color verde y amarillo. La fuerza del sol los obliga a avanzar con los ojos entrecerrados, algunos con la mano a modo de visera.

A Haru el final del verano le recuerda el tiempo que con su madre limpiaban el jardín, recogían el huerto, comían fruta juntas, bajo los árboles. Recordar a la madre le produce alegría. Recordar a la madre le produce tristeza. ¿Cómo es posible que dos sentimientos tan opuestos sean reales al mismo tiempo y con la misma intensidad? Aprovecha que se queda un poco rezagada al lado de Mitsu y lo consulta con ella. La maestra dice:

—El sol y la luna conviven en el firmamento, Haru. Cuando impera el primero, es de noche, cuando impera la segunda, es de día. Pero en el mundo es de día y de noche a la vez.

Haru agradece las palabras de la maestra y apresura el paso. Oye a Takara, que comenta:

—Si lo que toca es recoger manzanas, toca. La gracia de la disciplina es que determina lo que es correcto antes de que llegue el momento de decidir. Es práctico y ahorra tiempo. Cuando una sabe lo que debe hacer no necesita pensar en qué le gustaría hacer. ¿A quién le importa?

Takara no necesita rebelarse. Se pone de acuerdo con los sucesos antes de que tengan lugar. Cuando en alguna ocasión los compañeros la acusan de conformista, responde: Se conforma el que hace lo que no quiere; quien sabe lo que debe hacer y lo hace aunque no lo desee no se conforma, sino que actúa con coherencia. Y acaba de manera categórica: Los que no saben lo que quieren hacen lo que no quieren.

Kimitake y Shizuka más que caminar flotan; hace solo dos semanas que se han declarado en secreto su amor y quieren ver un símbolo de buena suerte en la coincidencia de la cosecha con sus quince días de romance. El fruto que se recoge, la maduración de la semilla, la tierra fértil.

Itachi recibe con resignación todas las propuestas. La ausencia

de Fuyuku se ha sumado a la desgracia del nuevo estado de Shizuka, de quien sigue enamorado. El sirviente sin amo es un eslabón sin cadena.

Yasunari se siente feliz desde que descubrió la desaparición del bisnieto, nieto e hijo de samuráis. Su presencia, siempre con aquellos aires de superioridad, le resultaba insoportable. La expulsión le ha permitido dejar de preguntarse el porqué.

Se sitúan todos en un pasillo de manzanos. Al final disponen de cestos en los que depositar con cuidado la fruta. Cuando estén llenos, podrán dejar de recoger.

Haru trabaja deprisa; quiere ser la más rápida, la más eficaz. En cuanto tiene lleno el cesto que le corresponde se retira a leer a su habitación sin pedir permiso a los maestros. Más tarde se queja cuando descubre que a los otros los han premiado con una flecha nueva. Mitsu le dice:

—La hemos entregado junto a los cestos de manzanas. Tú no estabas.

—Pero yo he acabado el trabajo antes que nadie —intenta no gritar, pero eleva la voz.

—No, no lo has acabado —la reprende Sho—, te has dado prisa por acabarlo. Competías.

Kazuko levanta las manos para llamar la atención de todos.

—Hace siete lunas que Fuyuku fue expulsado. Parece que algunos de vosotros lo habéis considerado una medida excesiva. ¿Es así? ¿Alguien quiere preguntar o decir algo?

Ante la mirada atónita de todos, es el tímido Itachi quien, tras toser unas cuantas veces, pide la palabra:

—Maestros, creo que yo merecería la misma suerte que Fuyuku. También yo me escapé, también yo vendí mi arco, también yo perdí el dinero. Fuyuku salvó la vida de Haru. Si no hubiese estado allí, no habría podido hacerlo. Una mala acción debería quedar compensada por una buena acción.

Sho se pone en pie y camina entre los alumnos. Después vuelve junto a Mitsu y Kazuko. Cierra los ojos y contesta:

—Itachi, tendrás que soportar la responsabilidad, por un lado, de haber dicho que sí a lo que querías decir no, y por el otro, de haber culpado a Fuyuku por tus decisiones.

Itachi escucha con la cabeza agachada. Hace un esfuerzo por no llorar. Sho prosigue:

—Por lo que se refiere a la idea de que las buenas acciones compensan las malas acciones, ¿qué opináis?

Hay un murmullo, pero nadie se atreve a contestar. Habla Mitsu:

—¿Escoge el rayo el árbol sobre el que cae? ¿Elige la luna el viajero para el que ilumina el camino?

Todos niegan con la cabeza. Interviene Kazuko:

—En cambio, ¿acaso no eligen las personas si hacer daño o no?

—Podemos equivocarnos —reivindica Kimitake.

Kazuko aclara:

—Las equivocaciones son como la fuerza del rayo, inevitables. Cuando distinguimos entre el bien y el mal y escogemos el mal no nos equivocamos: la vida nos ofrece la posibilidad de conocernos un poco mejor.

—¿Y si no nos identificamos con lo que hemos hecho? —pregunta Natsu; sus cabellos rojos brillan al sol como si fueran fuego.

—Entonces la vida nos lleva hacia el pozo de las justificaciones y las venganzas —dice Sho mientras da a cada alumno una de las manzanas que han recogido—. ¿Será peor, alguna de estas manzanas, si en su interior encontramos un gusano?

Todos esperan sin responder que Sho siga con su ejemplo, cosa que hace de inmediato:

—Y si consideramos peor la manzana que contiene un gusano y es la nuestra, ¿intentaremos esconderla a los ojos de todos? Y si intentamos esconderla a los ojos de todos, ¿no otorgaremos tiempo al gusano para que se la coma desde dentro hasta dejarla vacía por completo y para que se traslade deprisa, antes de quedar sin alimento, a la manzana que tenga a su lado?

Todos miran la fruta que tienen entre las manos. ¿Es un espejo?

En ese instante Kazuko da por acabada la conversación con unos suaves toques de palmas. Hay clase de caligrafía. Los estudiantes regresan al edificio.

Importa quién eres, sí. Importa también a quién dejas vivir a tu lado.

D O S

Por la mañana, muy temprano, cuando todavía está oscuro, Sho oye unos golpes discretos en la puerta acompañados de las voces de Mitsu y Kazuko. Se levanta deprisa, entreabre la fusuma y ve a las dos mujeres.

¿Qué ha pasado? Itachi ha abandonado el dojo y todos los huertos han sido devastados. No queda ni una sola planta en pie, ni un solo fruto con vida.

La masacre ha sido absoluta.

Sho pide un momento para arreglarse. Las maestras asienten. Lo esperarán en la sala de meditación. Avanzan en silencio por el camino que cruza el jardín central, lleno de cerezos que a aquellas horas no dan sombra pero marcan las siluetas negras de las ramas contra el cielo todavía gris. De refilón ven en el estanque los movimientos de los peces de colores entre nenúfares.

La reunión es corta. Los tres comprenden de inmediato. La venganza de Fuyuku ha tenido lugar. No ha podido llevarla a cabo sin un cómplice en la escuela. Es fácil adivinar a quién ha convencido para que siga sus pasos. El dormitorio de Itachi está vacío y también han desaparecido algunos arcos; entre otros, los que guardaban como un tesoro por haber pertenecido a viejos maestros fundadores del dojo y que solo se utilizan cuando la escuela abre las puertas para ofrecer un día de exhibición con el objetivo de recaudar fondos para la comunidad.

—Sabíamos que podía pasar —comenta Sho, con visible tristeza. Todos los seres humanos son capaces de las mejores acciones. Y de las peores. Y todos los seres humanos tienen la posibilidad de escoger cada vez que dan un paso. El misterio del mal reside en aceptar su existencia.

—Hay que decírselo a los alumnos —piensa Kazuko en voz alta mientras bebe a pequeños sorbos de su taza de té, que sostiene entre las manos y que está tan caliente que no deja de humear.

—Se indignarán —anticipa Mitsu, afligida—. ¿A qué conclusiones llegarán?

—Nos hemos quedado sin comida. No va a ser fácil que

entiendan y perdonen —reflexiona Sho.

Vuelve a hablar Kazuko:

—Lo más adecuado es que pidamos disculpas nosotros. Si lo hacemos así, intentarán comprender y perdonar. No podemos olvidar que esa es la finalidad de nuestras enseñanzas.

Están de acuerdo en suspender la práctica de tiro y celebrar una reunión extraordinaria.

Los alumnos se dan cuenta de que pasa algo serio en cuanto entran en la sala y ven el gesto circunspecto de los maestros.

—¿Dónde está Itachi? —quiere saber Takara, que últimamente, por ser ella entre todos la más imparcial, se sienta siempre a su lado.

Después de un breve silencio, Mitsu habla:

—Itachi es parte de lo que tenemos que deciros.

Una idea funesta recorre la sala: ¿El débil Itachi ha muerto?

Kazuko percibe aquel pensamiento y aclara enseguida:

—Itachi no ha muerto. No. Itachi ha huido. Ha huido después de destruir nuestros huertos y de robar nuestros mejores arcos y algunas otras pertenencias con valor material —baja la cabeza.

Sigue Mitsu:

—Fuyuku amenazó con vengarse cuando lo expulsamos. Muy pocos reciben de manera pacífica las decisiones de otros cuando les afectan. —Los ojos le brillan como si estuviera a punto de llorar o ya lo hubiese hecho.

Sho es el encargado de pedir disculpas:

—Cometimos un error de soberbia. Fuimos orgullosos cuando decidimos que los actos de Itachi no eran propios de él. Si hubiésemos estado atentos habríamos respetado el verdadero principio de la realidad: Lo que está mal no puede perdonarse a unos sí y a otros no. Los responsables de este desastre somos nosotros, que sobrestimamos nuestra sabiduría y nuestro poder. Durante las próximas semanas Mitsu y yo nos encargaremos de devolver la vida a nuestras tierras. Esperamos tenerlas recuperadas para cuando Kazuko regrese de su visita al Gran Genkei.

—¿Y quién es el Gran Genkei? —pregunta Takara.

—El maestro de todos los maestros —informa Kazuko. Y concluye, antes de levantarse para irse—: Tenéis el día libre.

¿Libre? La libertad de aquel día es extraña. Los alumnos deciden ir al lago. Sentados a la orilla se lamentan por lo sucedido.

—¿Cómo pueden estar seguros los maestros de que han sido Itachi y Fuyuku? —pregunta Shizuka apoyada en el pecho de Kimitake, que la abraza.

—Es una obviedad, Shizuka. Itachi ha desaparecido, se han llevado los arcos, los huertos están destruidos, ¿qué más quieres? —Es Takara, que entretanto recoge piedras y las apila una sobre otra hasta que caen. Piensa que lo que está haciendo sirve como símbolo de cualquier aprendizaje.

—Lo podrían haber secuestrado. No es que sea muy listo, Itachi —insiste Shizuka.

—¿Cómo os atrevéis a poner en duda las palabras de los maestros? —protesta Haru. Está de pie y camina arriba y abajo un trayecto corto con pasos pequeños.

—Nos han enseñado que no podemos aceptar los hechos sin cuestionarlos, Haru —se defiende Yasunari, que se ha mostrado de acuerdo con los comentarios de Shizuka.

Natsu da su visión:

—Esto demuestra que los maestros no son infalibles, nada más. El dojo es un lugar desde el que entender la vida, pero no el único.

Kimitake está de acuerdo. Mira hacia el horizonte, recuerda la aldea, se repite una vez más que no regresará y por fin dice:

—No es el único, no. Hace días que lo pienso. ¿Es esta la vida que quiero? No estoy seguro. Cada vez más a menudo pienso que no. —Hay una parte de él que envidia a Fuyuku. Incluso a Itachi. No sus métodos, pero sí los resultados.

Takara se pone de pie. Dice mientras niega con la cabeza:

—¿No estás seguro? Esa seguridad que te pides no tiene valor alguno, Kimitake. ¿Y sabes por qué?

Todos la miran intrigados:

—Porque no existe. No sabrás qué se ve desde el dojo hasta que no hayas acabado tu aprendizaje.

A continuación empieza a caminar. Los otros la siguen poco a poco, excepto Kimitake y Shizuka, que se quedan atrás. Cada vez tienen más ganas y más necesidad de estar solos.

—Echaré de menos a Itachi en la cocina —dice Natsu—. Se concentraba de una manera insuperable.

—Lo echarás de menos porque hacía todo lo que le pedías, Natsu —la delata Haru—. Te encanta dar órdenes.

—Hacía todo lo que le pedía cualquiera —comenta Takara—. Un espíritu pobre —añade.

—Pobre, sí —está de acuerdo Yasunari—. Y triste. ¿Cómo ha podido hacernos algo así?

—Es él quien se lo ha hecho —concluye Haru.

T R E S

Un paso adelante y un paso atrás no suman dos pasos. Es lo que la maestra Kazuko piensa con la frente apoyada en el cristal frío de la ventana del tren al que ha subido unas horas antes.

También piensa que han pasado más de tres años desde que llegaron los alumnos y que dos de ellos ya se han quedado por el camino. El orgullo de Fuyuku y la inseguridad de Itachi han causado estragos. ¿Han actuado bien los maestros? ¿Han hecho suficiente? ¿Dónde está el límite de la autoridad? Kazuko supo desde el principio que Fuyuku no aceptaría las normas del dojo. Su pertenencia a una saga de honorables samuráis le impedía escuchar, ver y reflexionar. Supo desde el principio que huiría, pero nunca previó que sería capaz de una injusticia tan dolorosa. Itachi, blando y confuso, fue tras él porque se sintió culpable, y la culpa, como es inevitable, se convirtió en la moneda de cambio.

Pocas veces llegan al final de los cinco años más de tres o cuatro estudiantes. Se cansan, sienten que ya están preparados, quieren salir al mundo. Llegan al dojo cuando tienen quince o dieciséis años. Hacia los dieciocho o diecinueve se consideran maestros. ¿Cómo explicar el tiempo que queda si la única medida de que se dispone es el tiempo que ha pasado?

Kazuko retira la cabeza del cristal de la ventana, lee un rato. Después cierra los ojos. Tiene ganas de ver al Gran Genkei. ¿Cómo habría pasado el anciano aquellos últimos tiempos? Cuando se está cerca de los cien cada día es una vida entera, les decía a todos los que lo visitaban. Cada día una vida, piensa Kazuko, y le parece que, a sus cincuenta y siete años, ha llegado el momento de entenderlo.

Antes de irse pidió a los alumnos que ofrecieran un regalo para el maestro de los maestros. ¿Qué regalo?, le preguntaron. Lo que os parezca oportuno, contestó ella, consciente de que el maestro de los maestros no aceptaría ninguno. Un regalo es una deuda, les decía el Gran Genkei a todos los que lo visitaban, detrás de cada regalo hay una intención, les decía, lo que importa es proporcionar lo necesario cuando hace falta y a quien le hace falta, les decía, el exceso no es el camino, suficiente es suficiente. Kazuko no se

llevaría los presentes, pero le servirían para saber dónde estaba cada alumno, qué consideraban importante, con qué se identificaban.

Les dio un día, el último antes de la partida, para elegir el obsequio. Convocada la reunión para efectuar la entrega, ocurrió lo siguiente:

Natsu recogió una buena cantidad de diversas hierbas aromáticas en el bosque que, dijo, servirían para mejorar la salud del maestro de los maestros; Takara optó por un cuenco con unas gotas de resina, que podría quemar para alargar la vida; Shizuka pintó una piedra con los colores del arco iris, para alegrarle la vista; Kimitake llenó una caña con guijarros, para acompañar con el sonido de la orilla del lago sus horas de soledad; Yasunari escogió una pluma de águila, para que la visión del maestro de los maestros fuese eterna; Haru, en cambio, se presentó ante Kazuko con las manos vacías y, después de hacer una profunda reverencia, le dijo:

—Maestra, no he encontrado nada digno del Gran Genkei.

Kazuko la levantó del suelo, la miró a los ojos y le dijo:

—Lo que ha ocurrido, Haru, es que no has encontrado nada que te parezca digno de ti.

A continuación le comunicó que tendría que ocuparse de hacer la cama de todos hasta su regreso. Todavía hoy le parece oír las protestas de la muchacha.

Kazuko sonríe. ¿Qué iban a hacer con Haru? Tan rebelde, tan arisca, y al mismo tiempo tan paciente, tan estudiosa, tan inteligente. Miente por la vergüenza de ser como es. Por la exigencia absurda de tener que hacerlo todo bien. Quizás su padre fue demasiado estricto. Así se lo insinuó Kumiko el día en que acordaron que la hija fuera al dojo cuando le llegase a ella la muerte. Le dijo: A Osamu le diré que la envíe a la escuela para que no obstaculice su trabajo; pero algún día tendrás que contarle a Haru que lo hice para que estuviera rodeada no solo de estudios sino también de calidez. Osamu..., y en ese momento dejó de hablar, como si Kazuko tuviera que entender lo que venía después.

La maestra ve el paisaje que corre más allá del cristal. Observa que la niña y la mujer que tiene enfrente comen. En silencio, con las cabezas gachas. Miran al suelo. Los zapatos de la niña son rojos. Los de la madre, gastados, algún día debieron de ser negros; ahora queda un marrón confuso. El cristal de la ventana vibra y hace un ruido constante. Kazuko atrapa una mirada de la pequeña. Y de nuevo piensa en Haru, recuerda uno de los días en que más le quemó la propia mentira.

Iban todos los domingos a la orilla del lago. El calor era insoportable, aquel verano, y la única manera de aliviarse eran los baños en el agua fresca de primera hora de la mañana. Haru, a pesar del bochorno, nunca se bañaba. Repetía una vez tras otra que no le apetecía. Los maestros pensaron al principio que no quería desnudarse. Al cabo de unos cuantos días sospecharon que no sabía nadar.

Kazuko le pidió un día que se quedase con ella. Una vez solas, la maestra se adentró en el agua y, cuando estaba bien lejos, simuló que se ahogaba y pidió auxilio a Haru, que, claro, no podía auxiliarla y se quedó petrificada y sin saber qué hacer hasta que vio cómo la maestra desaparecía de la superficie. Angustiada, empezó a gritar su nombre desde la orilla, tan abstraída que no vio que Kazuko se le acercaba por detrás. El susto se mezcló con la alegría.

—¿Ni siquiera para salvar a otro ser, te apetece bañarte? —La maestra destacó la palabra apetece, que era la que siempre empleaba la joven.

Horrorizada, Haru confesó que no sabía nadar.

—De modo que ahora la verdad te parece menos grave que la mentira. Procura no olvidar, Haru, que siempre es así. Porque el precio de una mentira nunca lo pone quien la dice.

—Sí, maestra —dijo Haru.

Pero es largo el camino hacia la verdad, piensa Kazuko, de nuevo con la frente apoyada en la ventana. Oscurece. No tardarán demasiado en llegar. El maestro de los maestros la esperará en la estación con el rickshaw color anaranjado. Kazuko cierra los ojos para visualizarlo. Tiene ganas de ver al Gran Genkei. ¿Cómo habría pasado el anciano aquellos últimos tiempos? Cuando se está cerca de los cien cada día es una vida entera, les decía a todos los que lo visitaban. Cada día una vida, piensa Kazuko, y le parece que, a sus cincuenta y siete años, ha llegado el momento de entenderlo.

C U A T R O

Tal como Sho y Mitsu anunciaron a los estudiantes, la maestra Kazuko vuelve cuando los ciruelos empiezan a florecer. Finales de febrero, últimos días del invierno. El huerto y el jardín han recuperado su antigua apariencia y la tierra espera con avidez la siembra de las semillas.

Con la llegada de Kazuko el dojo recupera la dinámica habitual, aunque la desaparición y venganza de Itachi y Fuyuku han procurado a los alumnos una rectitud que antes no conocían. La observación del mal hace que nos acerquemos de una manera más responsable al bien, dijo Mitsu durante una de las últimas reuniones y después de felicitar a los discípulos por aquellos meses de conducta atenta.

Para celebrar el regreso de la maestra organizan una jornada de exhibición de puertas cerradas. Estas jornadas entusiasman a los alumnos porque pueden gozar de la pericia de los maestros, de la que tan pocas veces hacen gala.

La escogida para la primera prueba es la propia Kazuko, que pasa unos días considerando de qué modo mostrar su destreza. Ha decidido que aprovechará la experiencia no solo para que los alumnos disfruten sino para que, sobre todo, aprendan.

Llegado el día, se sitúan en el campo de tiro. Kazuko pide un voluntario o voluntaria. Todos levantan la mano. Natsu; es la elección de la maestra. Le explica lo que tendrá que hacer:

—Te sentarás delante de la diana. La cabeza justo por debajo del blanco. Me taparé los ojos y tiraré. No debes moverte. El objetivo es acertar sin siquiera rozarte.

Los compañeros de Natsu se alegran de no ser los elegidos. Prefieren presenciar la proeza. Y no es fácil seguir las instrucciones de la maestra. ¿Dónde se halla la frontera entre la confianza y la prudencia? ¿Tiene límite la fe? ¿Qué espera la maestra que haga Natsu?

La joven camina poco a poco hacia las dianas con un escabel de madera en las manos. Se sienta y se mentaliza para permanecer quieta. No puede ser tan complicado. Aun así, en cuanto ve que la

maestra, con los ojos vendados por una cinta blanca, levanta el arco, tensa la cuerda y baja a la posición de tiro, se asusta y se levanta de repente. Es tarde. La flecha de Kazuko hace blanco en su corazón, que coincide con el lugar en que debería haber estado el centro de la diana. La flecha, preparada para el miedo de los alumnos, lleva una punta de tela hecha de seda y algodón, de modo que el acierto no pasa de un golpe y un susto.

Natsu, avergonzada, recoge la flecha y vuelve al lado de la maestra, para disculparse.

Kazuko le pide que regrese al blanco sin dejarla pronunciar palabra. La informa:

—Vuelve, por favor. Pero ahora quédate de pie. Tiraré con los ojos bien abiertos. Estarás delante del blanco, o sea que cuando veas que levanto el arco y estoy en posición de tiro, empieza a correr. De lo contrario, la flecha volverá a chocar con tu corazón.

Natsu hace lo que le indica la maestra. Aparta el escabel y se coloca frente a la diana. Piensa que es más fácil huir que quedarse quieta.

Mira a la maestra y, en cuanto ve que levanta el arco, tensa la cuerda y baja a la posición de tiro, tiene un instante de duda: ¿Hacia dónde desplazarse? El instante de duda es suficiente: la flecha vuelve a colisionar contra el centro de su corazón.

Natsu recoge otra vez la flecha, contrariada. ¿Cómo es posible que no haya sido capaz de confiar en la maestra, de confiar en sí misma?

Kazuko pide que se sienten en círculo. Después del momento de silencio que los maestros dejan para que los alumnos alejen los pensamientos, dice:

—Si no creéis, os atraparán tanto las flechas que van dirigidas a vosotros como las que no. Si creéis, os quedaréis quietos cuando sea necesario y os moveréis cuando sea necesario. El miedo hace que nos movamos cuando no toca y que nos paralicemos cuando deberíamos movernos.

Los alumnos, en postura de loto, bajan la cabeza y llevan las manos juntas, palma contra palma, primero a la frente, para ser capaces de vigilar los pensamientos, a la boca después, para ser conscientes de las palabras con que se expresan, y por fin al pecho, para no actuar en vano y procurar que pensamientos, palabras y obras coincidan tanto como sea posible. Luego se levantan para atender a las explicaciones de la prueba que plantea Mitsu.

Abandonan los arcos. Se trata de pasar por el lado de un conejo sin asustarlo. Uno por uno. Cada alumno con la estrategia que le

parezca más adecuada.

Mitsu coloca a uno de los conejos del dojo en medio del campo y lo deja allí solo y tranquilo.

El primero en pasar por su lado es Yasunari, que lo hace deprisa, con saltos, en la creencia de que la velocidad lo hará casi invisible. El conejo huye como poseído.

La segunda es Natsu, quien piensa que la mejor estrategia es llegar con algo de comida. El conejo, en cambio, no opina lo mismo y sale corriendo cuando todavía se encuentra a unos cuantos pasos.

La tercera es Shizuka, que se acerca de puntillas, de la manera más ligera posible. Se arrima más que Yasunari y Natsu, pero el ruido producido por unas piedras alertan al conejo, que no duda en alejarse.

Kimitake es el siguiente y, convencido de haber encontrado la solución, va hacia él reptando, con cuidado de no ensuciarse la larga cabellera.

Casi ha superado al conejo cuando el animal lo detecta, lo mira unos segundos con los ojos abiertos de par en par y da un salto para salvar la vida.

Takara decide que ir por la espalda es lo más seguro, y así lo hace, pero el conejo, como si tuviera ojos en la nuca, se aparta cuando ella todavía está lejos.

La última es Haru, quien, después de ver fracasar a todos los compañeros con sistemas tan distintos, opta por aplicar las enseñanzas recibidas. Camina haciendo movimientos de taichí.

El animal se siente acechado y, como en los otros casos, inicia la retirada.

Llega el turno de la maestra Mitsu. Los alumnos ven que se sienta frente al campo, medita unos minutos y, por fin, se levanta y camina tranquila y segura hacia el otro lado; pasa muy cerca del animal sin que este se inmute.

Agrupados alrededor de la maestra, reciben la explicación:

—Me he limitado a concentrarme en mi camino, sin siquiera pensar en el conejo, que es justo en lo que os habéis concentrado vosotros, razón por la cual el animal ha sabido que algo lo amenazaba y ha huido.

Por fin es el momento de Sho. Pide a los alumnos que lo acompañen al bosque. Una vez allí, el maestro trepa a un árbol. Cuando llega arriba del todo, se traslada volando a la copa de otro. Y de otro y de otro. Las maestras sonríen. Los alumnos siguen mirando el primer árbol, convencidos de que Sho todavía está allí.

De pronto, se acerca un niño desde el camino. Al ver el vuelo de

Sho se pone a aplaudir entusiasmado. Entonces Sho vuelve al primer árbol y baja al suelo.

Ningún alumno lo ha visto volar.

Se disponen todos a su alrededor para escuchar lo que tiene que decirles:

—Mientras no creáis en la posibilidad de volar, no creeréis que otro pueda hacerlo. Y esta información, que es la que dais a la mente, se impone a los ojos del cuerpo.

Desafiante, Haru interviene para preguntar:

—¿Y cómo puede ser que el niño te haya visto volar?

Sho contesta:

—El niño me ha visto porque sus ojos no dependen de la mente. No se compara con nadie y eso le permite creer lo que ve. No lo niega para salvarse.

Los alumnos comprenden la lección.

Kazuko dice, antes de emprender el regreso hacia el dojo:

—Cada día una vida.

Oscurece, el color rojo de los ciruelos floridos se ha vuelto morado. Oyen la fuerza del silencio en el silencio de sus pasos.

C I N C O

Como es habitual después de que Kazuko visita al Gran Genkei, tanto Mitsu como Sho se preparan para consultarla. Mitsu escoge el tercer día de la primavera. Sho prefiere el primer día de verano. No les resulta fácil quedarse con una de las preguntas que los asaltan entre viaje y viaje. A veces transcurren más de dos o tres años hasta que Kazuko decide interrumpir de nuevo la paz del maestro de los maestros. Esa es quizás una de las lecciones más difíciles de aprender, y desde luego no se asume hasta después de pasado algún tiempo de acabar los estudios en el dojo. Constituye una de las pruebas para convertirse en maestro: dejar que las dudas que se convierten en preguntas lleguen a ver la luz y, entre ellas, solo la más importante.

Mitsu se levanta cuando todavía está oscuro, se viste con la mayor atención a cada detalle, medita hasta que salen los primeros rayos de sol y recorre con pasos cortos y delicados la distancia que la separa de la sala central. De camino da algo de comer a los peces del estanque, que se le acercan a las manos en cuanto las ven. ¿La reconocen? Ella sí los distingue. Los ha observado tantas horas que ha detectado en cada uno de ellos un detalle diferente. Una mancha en la cola, un anaranjado más vivo en un lado, una escama perdida, la manera de nadar. Siente debilidad por uno que da vueltas siempre en el mismo rincón. Círculos, solo círculos, ¿o lo hace cuando la ve para que lo reconozca o porque la reconoce?

Kazuko espera. Está sentada en el centro del espacio, en postura de loto; cuando Mitsu pone un pie en el interior, levanta la cabeza para darle la bienvenida. Mitsu hace una leve reverencia y se sienta frente a la maestra, a casi dos metros de distancia. Aguarda en silencio que Kazuko abra el diálogo.

—Mitsu querida, estoy contenta de recibirte. Respeto lo que me traes y espero ofrecerte un lugar en el que desplegar tu inquietud.

—Gracias, maestra. Es un honor y un privilegio ser recibida por ti.

Dichas las frases formales que dan paso a la conversación, Mitsu expone lo que se ha convertido en una pregunta:

—Maestra, durante estos últimos años se me ha repetido un sueño que de ninguna manera he conseguido olvidar, superar ni resolver. Se trata de lo siguiente: me encuentro en un pasillo al que llego por una puerta idéntica a la que me espera justo al final; abro aquella puerta y entro a un pasillo en cuyo final me espera otra idéntica. Y esto se repite hasta el infinito. Hasta tal punto que algunas noches he tenido miedo de irme a dormir y me he quedado despierta hasta el agotamiento.

Kazuko asiente como si reconociera el sueño, como si también ella lo hubiese tenido o alguien más se lo hubiese contado. Como si Mitsu le hablara de un hecho conocido. Pone las dos palmas abiertas sobre el tatami, endereza la espalda, coloca después las manos en posición de meditación, gesto que Mitsu imita de inmediato. Un tiempo más tarde, Kazuko dice:

—Mitsu, esta noche tienes que volver a soñar con tu pasillo. Pero recuerda lo siguiente: cuando cruces la puerta que hay al final del túnel y pases al siguiente tramo, antes de seguir caminando cierra la puerta que te queda atrás. Abrir una puerta nueva sin cerrar la anterior no lleva a ninguna parte.

Mitsu agradece las palabras de la maestra y se retira en silencio.

Kazuko se queda pensando. ¿Qué recuerdo no consigue desterrar la sensible Mitsu? ¿De qué no se atreve a despedirse?

Qué difícil resulta llegar al presente.

Tres meses más tarde es el momento de Sho.

Tal como hizo Mitsu, Sho se despierta cuando todavía está oscuro, se viste con atención a cada detalle, medita hasta que despunta el día y va al encuentro de la maestra.

Kazuko lo espera. Está sentada en el centro del espacio, en postura de loto; cuando Sho asoma la cabeza, le dedica un gesto de bienvenida. Sho se arrodilla a casi dos metros de distancia y espera a que Kazuko abra el diálogo.

—Querido Sho, estoy contenta de recibirte. Respeto lo que me traes y espero ofrecerte un lugar en el que desplegar tu inquietud.

—Gracias, maestra. Es un honor y un privilegio ser recibido por ti.

Sho carraspea, no es fácil decir lo que tiene que decir. Levanta la vista hacia Kazuko y le dice lo siguiente:

—Maestra, no puedo dejar de pensar que también yo merezco visitar al Gran Genkei. Me avergüenzo de lo que siento pero no sé cómo evitar esta consulta.

Kazuko asiente con la cabeza como si hubiese esperado aquella observación, como si la hubiera intuido y sospechado, como si

también ella la hubiera vivido alguna vez. Lleva las manos juntas al pecho, cierra los ojos un momento, después dice:

—Sho, te voy a contar una breve historia. Una vez, un alumno se quejó porque le resultaba demasiado larga la época de aprendizaje de tiro que se realiza sin arco. Como sabes muy bien, siempre se dice a los estudiantes que cojan el arco cuando se sientan preparados y, como también sabes, nadie lo coge hasta que los maestros le aconsejan que lo haga. Aquel chico, sin embargo, un muy buen alumno que al cabo de los años se convirtió en maestro, se precipitó a coger el arco sin esperar el consejo de nadie; en la primera práctica se hizo daño. La próxima vez no decidirás tú, le dijeron los maestros, porque te has dejado llevar por la impaciencia en vez de guiarte por el conocimiento.

Entonces Kazuko calla y comienza a meditar. Sho comprende. Se retira. En silencio.

SEIS

Kimitake se queda despierto hasta que no se oye ni un ruido. Cuando le parece que todo duerme, se levanta con delicadeza, se peina la larga cabellera y va de puntillas a la habitación de Shizuka, que lo espera impaciente. Lo hace entrar enseguida. Es la primera vez. Se besan con unos nervios que les estropean el momento. Las bocas chocan, Kimitake pisa a Shizuka, Shizuka da un codazo en el vientre a Kimitake. Los dos se ruborizan. Aquello no es lo que han fantaseado.

—Aquí no tenemos futuro, Shizuka —dice Kimitake. Tiene muy claro que no quiere acabar de maestro en una aldea perdida entre las montañas, como sus padres, pero que tampoco desea una vida como la que les ofrecen en el dojo, que le resulta demasiado aburrida y demasiado austera, falta de emociones. Kimitake quiere una vida acomodada en la gran ciudad—. Todavía faltan un par de años para que nos dejen irnos. Demasiado tiempo. Yo no lo voy a aguantar. —La mira a los ojos y le pide—: Vámonos, ven conmigo.

Shizuka asiente con la cabeza pero niega con la voz:

—No puede ser, Kimitake, ¿no te das cuenta? Tú tienes veinte años, yo diecinueve, ninguno de los dos conoce un oficio y además no disponemos de dinero. ¿A dónde quieres que vayamos? ¿Y el disgusto que daríamos a los maestros? ¿No te importa? Esta es nuestra casa, ahora.

—Aquí no podemos vivir, Shizuka. —Kimitake deja que la melena le caiga por encima del pecho—, aquí no podemos vivir. No podemos amarnos. Yo no puedo dormir; me paso las noches pensando en ti.

Shizuka sonríe halagada.

También ella tiene ganas de dormir junto a Kimitake, sentir por primera vez la fuerza del hombre, la piel, el peso y las ganas. El olor y la voz cuando hagan el amor. Recorrerlo de arriba abajo con las manos y con la boca. Abrir los ojos y encontrarlo allí mismo, cerrar los ojos y sentirlo tan cerca. Dice:

—De aquí no podemos irnos. Solo podemos huir.

—¿Lo ves? Es como una cárcel.

—Es el lugar en el que nos han acogido, Kimitake. Para enseñarnos —quiere suavizarlo Shizuka—. El agradecimiento por que nos hayan aceptado es quedarnos hasta el final del trayecto.

—¿Para enseñarnos qué, Shizuka? Este mundo no tiene nada que ver con la realidad. ¿Qué te crees, que podremos vivir del tiro con arco? ¿De la meditación? ¿Del taichí? Las enseñanzas del dojo están anticuadas. El mundo va deprisa y esta gente va lenta. Nosotros somos una nueva generación. Tenemos que encontrar nuevos caminos.

La besa, intenta desnudarla.

—No, Kimitake, así no. Con prisas, en secreto, con miedo. No.

—¿Quieres que me vaya solo? ¿Quieres que encuentre a otra chica que sí me quiera de verdad?

Se hace un silencio todavía más absoluto que el que ha esperado Kimitake para salir de su habitación.

Shizuka recuerda lo que le dijo su padre una vez elegida la muerte. Se reunió con ella a última hora de la tarde, unos días antes del seppuku, y la informó sobre su determinación. Le dijo que la echaría de menos, a ella y a su madre. Y que a buen seguro ellas también lo extrañarían a él, al principio, pero que más adelante lo entenderían. Algún día mi ejemplo te ayudará a tomar la mejor de las decisiones, le dijo. Las acusaciones y las amenazas no son palabras, querida hija mía, las acusaciones y las amenazas son actos que todavía no han tenido lugar en el tiempo, pero sí en el espacio.

—Sí, Kimitake, quiero que te vayas solo y que encuentres una chica que te quiera más que yo, pero, sobre todo, que te quiera más de lo que te quieres tú.

Shizuka va hacia la puerta corredera, la abre sin prestar atención al ruido y baja la cabeza en señal de despedida.

—¿Me estás echando? —pregunta Kimitake, ofendido y distante.

Shizuka responde con el silencio, sin moverse. Kimitake llega a su lado en dos pasos:

—No volverás a verme nunca más —escupe la amenaza. Y puesto que Shizuka sigue en silencio, añade—: No hay duda de que tu padre fue un traidor. Estás bien enseñada.

Shizuka deja que las lágrimas aparezcan solas, sin fuerza pero sin fin. Se arrodilla delante de la puerta ya cerrada, de cara al sonido de los pasos que alejan de ella al amor soñado.

Momentos después ve unas sombras a través del papel translúcido. Abren la puerta desde fuera. Natsu y Haru. Han oído ruidos. ¿Qué ha pasado?

Shizuka no quiere hablar, pero les agradece la compañía. Piensa:

¿Habrá sido similar la impotencia de mi padre frente a las acusaciones?

Las tres muchachas pasan la noche despiertas, cogidas de las manos. Inmóviles por dentro y por fuera.

S I E T E

A primera hora de la mañana Shizuka comunica a Kazuko que Kimitake se ha ido y que no tiene intención de volver al dojo. Los maestros comprenden que la vanidad del estudiante ha llegado al punto álgido y aceptan que las lecciones necesarias para combatirla las encontrará en la disciplina de la calle, a la que paradójicamente huye para escapar de la disciplina de la escuela.

Congregados en la sala, sentados en círculo, los alumnos esperan que Kazuko hable. Todos saben lo que ha ocurrido. Por fin dice:

—El día de hoy lo destinaremos al silencio. Nadie pronunciará ni una sola palabra a partir del momento en que hayamos acabado de celebrar esta sesión. Kimitake ha decidido abandonar la escuela sin comunicarlo. Él cree que se ha fugado. Nosotros consideramos que se ha marchado y que se lleva con él aquello de lo que cree haber huido.

Hay un minuto de sorpresa y un reproche general. Kazuko prosigue:

—¿Cuáles diríais que han sido las razones de Kimitake para irse?

Todos los alumnos levantan la mano para hablar.

—No, no nos las digáis ahora —pide Kazuko—. Eso es lo que tenéis que revisar durante la jornada de silencio. Mañana escribiremos una carta a los padres de Kimitake. Tenemos que decirles que su hijo ya no está aquí. Yasunari se encargará de redactarla. Nosotros le daremos nuestras impresiones y...

Haru interrumpe:

—¿Por qué Yasunari? ¿Por qué no lo sorteamos? ¿Por qué...?

Ahora es Mitsu quien, después de levantar las manos, la corta:

—Haru, no deberías hablar sin pedir la palabra. Yasunari se ha destacado cada vez más en la clase de caligrafía. Todos sabemos que se ha esforzado. Y todos sabemos que lo ha hecho porque es a lo que va a dedicarse cuando salga de la escuela.

Haru se encoge de hombros. Kazuko dice:

—Quiero que observéis el silencio. No se trata solo de no hablar, se trata de no querer hablar y de mirar el espacio que provoca dentro y fuera de nosotros. Id. Que tengáis un buen día.

No es fácil para los estudiantes llevar a cabo el encargo. Los maestros están acostumbrados, hasta tal punto que pueden hacer lo de siempre sin necesidad de las palabras. No necesitan cambiar de actividad.

Yasunari decide no arriesgarse. La huida de Kimitake lo afecta de una manera inesperada y siente unas ganas intensas de comunicarse. Se pregunta si ha sido un valiente o un cobarde, al irse. Tiene claro que marcharse sin decir nada es un acto vil. Pero ¿también lo es tomar la determinación de abandonar la escuela? Opta por retirarse al bosque.

Natsu se sorprende, sí, pero no siente gran simpatía por aquel chico tan engreído. Seguro que porque se siente reflejada. También él tiene unos padres que lo han protegido y admirado en exceso. También a él lo han enviado al dojo para que sea independiente y fuerte. También él recuperará por completo su carácter indolente y caprichoso si regresa al pueblo. Cuando vuelva. ¿Qué otra cosa será capaz de hacer? Natsu se dedica a la pequeña plantación de hierbas medicinales.

Takara, acostumbrada a todo tipo de disciplinas desde la infancia, disfruta con aquel nuevo reto. De acuerdo, no hablará de nada con nadie. Ni tampoco consigo misma. Dejará que la vida pase a través de ella sin ponerle letra. ¿Difícil? Mejor imposible. Su opción es ir a hacer la práctica de tiro con arco durante todo el día. Tendrá que estar concentrada y las palabras se las llevarán las flechas. Tiene claro que la actitud de Kimitake ha sido indigna, impropia de un discípulo del dojo. No le extraña. Aquel chico nunca ha aceptado las normas ni la disciplina. Vive preocupado por su aspecto y por la admiración que despierta en los demás. ¿Cómo es posible que Shizuka, con aquel pasado difícil, se haya enamorado de semejante gandul? ¿Es el amor un misterio desconocido para ellos o aquello ni siquiera se le parece?

La tristeza de Shizuka es tan grande como el lago al que van a bañarse en épocas de calor, o eso es lo que ella piensa. Siente una pena extensa e inacabable. Sin horizonte. Se retira a la habitación a dormir y a llorar. ¿Llorar es hablar? Una vez Haru le había dicho que mirar es llorar. ¿Se refería a eso? ¿Cuando miras y ves, lloras? ¿De melancolía, de emoción, de agradecimiento? ¿Podrá olvidar a Kimitake?

Siente compasión por él. ¿Es amor la compasión?

Por su lado, Haru ha recibido con desagrado la amonestación de Mitsu y todavía con peor ánimo las órdenes de Kazuko. ¿Cómo pueden pensar que ante la desaparición de otro compañero van a

ser capaces de callar? No es posible que quieran ahorrarse las preguntas, las quejas, las dudas o las explicaciones. Los maestros no son unos gallinas. ¿Por qué les piden tal sacrificio? ¿A qué viene? No se atreve a contradecir la disciplina exigida, pero se pasa el día intentando comunicarse mediante gestos con los compañeros que encuentra a su paso. Natsu, que no le contesta. Takara, que no aparta la mirada del blanco. Y por fin Yasunari, que ni se inmuta cuando le golpea los hombros. Al contrario, hace más profunda aun la respiración y permanece boca abajo, sobre las primeras hojas que el otoño ha hecho caer, con los brazos en cruz y la cabeza casi enterrada en la tierra.

Al día siguiente, cuando la maestra pide a los alumnos que comenten qué piensan que hay que escribir en la carta a los padres de Kimitake, ordena a Haru que vuelva a hacer una jornada de silencio. Ella protesta con energía y alega que ha callado tanto como los demás y que tampoco ha dicho ni una sola palabra de las que le han pasado por la mente. Es verdad, le dice Kazuko, no las pronunciaste; ahora procura no pensarlas.

En la carta, cuya redacción corre a cargo de Yasunari, dice:

Señora y señor Ayako y Kane:

Somos los compañeros y maestros de su hijo único Kimitake.

Su hijo único ha abandonado la escuela. Él cree que ha huido, pero nadie puede huir de lo que lleva en su interior.

Sabemos que su hijo tiene decidido no regresar a casa. Tampoco al dojo. ¿Será capaz de ambas cosas?

Kimitake asegura que no quiere ser como nosotros y que por eso se ha marchado.

Hemos observado el silencio para aceptar los hechos.

Lamentamos su pérdida. Lamentamos nuestra pérdida.

No sabemos a dónde ha ido.

Reciban nuestro respeto más profundo.

Para enviar la carta hay que caminar hasta el pueblo. Kazuko decide que vaya Haru. Tanto que quiso comunicarse el día anterior con gestos, ahora se verá en la necesidad de hacerlo para cumplir con su responsabilidad.

Se lo comunica y Haru baja la cabeza en señal de obediencia. Le apetece salir del dojo. Le apetece estar sola. Le apetece enfadarse por el hecho de que haya sido Yasunari el elegido para escribir la misiva. Esa que lleva en las manos y que le recuerda la que tiene escondida bajo el tatami, todavía sin abrir. No piensa hacerlo.

Aquello forma también parte de la disciplina: mantenerse lejos de lo que la ha alejado.

Haru hace el trámite sin dificultad. Soluciona el silencio con la escritura. De regreso al dojo, a medio camino y junto al bosque, encuentra al niño que tiempo atrás presenció y aplaudió el vuelo de Sho. Le sonríe. El niño le pide que le regale el arco. Haru niega con la cabeza y expresa con manos y brazos que no le está permitido. Entonces le pide que le regale una flecha. Haru recuerda que tiene una astillada. La saca del yasutzu y se la da. El niño se pone tan contento que empieza a dar saltos de alegría y a danzar como si hubiera enloquecido. Haru se despide de él con una suave inclinación de la cabeza, las manos juntas en el pecho, y sigue su camino.

Cuando llega a la escuela ya casi ha oscurecido. Kazuko la espera en la puerta del comedor.

—Entra a cenar. ¿Te ha ido bien?

Haru asiente.

—Puedes hablar —le comunica Kazuko.

Haru se siente feliz. Tiene unas ganas inmensas de contar la anécdota con el niño.

Cuando acaba la narración ante compañeros y maestros, Mitsu pregunta:

—¿Y por qué le has regalado la flecha astillada y no una de las buenas?

—Porque, maestra, el niño no nota la diferencia, y le ha hecho la misma ilusión que si le hubiera dado una intacta.

Entonces interviene Sho:

—No importa lo que el niño ha recibido sino lo que tú le has dado. Para tirar con arco tenemos que entregarnos enteros. Si no aprendes a dar, no podrás tirar, porque siempre te reservarás lo mejor para ti. Y ahora, todo el mundo a cenar.

O C H O

Las clases de caligrafía solo le gustan a Yasunari. En el extremo opuesto, Haru, que las odia.

El silencio de la tarde en la biblioteca es completo, como si hubiera salido de las entrañas de la tierra. El calor, húmedo, parece capaz de madurar frutos y frutas en las pocas horas de sol que quedan. Los alumnos deben estar atentos a que no les caiga ninguna gota de sudor sobre la tinta fresca.

La dificultad es no solo encontrar el trazo perfecto con un único gesto de armonía, no. La dificultad es no pensarlo. Igual que pasa con el arco. Si se piensa, no se consigue nada. ¿Cómo es posible que el pensamiento sea el obstáculo? Lo han hablado con los maestros. No al principio de la llegada al dojo, claro, sino cruzado el ecuador. Como les dijo Mitsu, el aprendizaje comienza cuando deja de ser el objetivo.

Kazuko se acerca a Haru por la espalda y mira por encima de sus hombros. La maestra conoce la historia familiar de la alumna, sabe que la madre ha sido maestra de shodo y que el padre todavía lo es, uno de los más reconocidos. Entiende su resistencia añadida.

—Has avanzado, Haru. Pero todavía piensas demasiado. Se ve en el trazo, se revela en tu actitud impaciente, se adivina en tus ojos, que no dejan de mirar a todas partes.

Haru levanta el pincel del papel, mira a la maestra y dice:

—No entiendo, maestra, por qué no basta con la corrección, no entiendo por qué tenemos que perseguir la armonía.

La maestra suspira y responde:

—Antes que nada, Haru, no es necesario que lo entiendas, solo que lo aceptes. Para seguir, no perseguimos nada; llega lo que ha de llegar. Y para acabar, tienes que saber que la corrección se alcanza cuando los gandules se ven obligados a obedecer una disciplina. La armonía llega cuando la disciplina consigue que nos olvidemos de nosotros mismos y, por lo tanto, de nuestro esfuerzo.

Natsu, que está recogiendo sus útiles, pide permiso para intervenir:

—¿Es la disciplina el único camino?

Es Sho quien recoge la pregunta:

—La disciplina es la única que permite seguir el conocimiento y no la emoción.

Takara, que siente especial rechazo por la palabra disciplina pero no por sus efectos, se levanta con lentitud, se pasa la mano con los dedos abiertos por el cabello corto, como si lo peinara, y dice:

—Entiendo que no es la disciplina lo que lleva a la armonía ni a la sabiduría. Entiendo también que si se llega a cualquiera de las dos o a las dos es gracias a la disciplina. No es lo mismo, Natsu.

Shizuka, que desde que desapareció Kimitake ha profundizado en su aislamiento, mira a todo el mundo con desgana, de soslayo, y sigue hasta acabar el último trazo que le falta. ¿No es la disciplina lo que llevó a su padre a una muerte armoniosa y sabia, y lo que la dejó a ella sin referentes? ¿Y no es la falta de disciplina lo que le ha robado a Kimitake?

Suena un gong. Fin de la sesión de caligrafía. Mitsu asoma la cabeza por la puerta.

—Vamos —dice—. Quizás descubráis alguna clave sobre el tema durante la meditación.

De camino hacia la sala central, Kazuko les explica que tendrán que meditar hasta ver el animal que son.

—Si no conocéis vuestra naturaleza, nunca podréis avanzar.

Haru pregunta con curiosidad:

—¿Y qué animal sois vosotros, los maestros?

Los maestros se dedican una mirada veloz. Esa pregunta siempre llega. Kazuko toma la iniciativa:

—Yo soy un elefante.

—Yo un zorro —dice Sho.

Después de dudar un segundo, Mitsu informa:

—Yo un ciervo.

La charla los ha llevado hasta la puerta de la sala de meditación. Los alumnos se sientan descalzos, en postura de loto, de cara a la madera de las paredes, apoyan los brazos sobre las rodillas, enderezan la espalda, colocan las manos y cierran los ojos. ¿Un animal? Yasunari tiene interés en conocer el suyo, Takara lo sospecha, Shizuka no acepta tener que verse como un ser irracional, Haru lo teme y a Natsu le resulta indiferente: ella es quien es y será quien será por muchos animales que la delaten.

Los maestros se quedan fuera, a meditar caminando en círculo alrededor de la sala. Y el tiempo desaparece del dojo, de manera que, acabada la meditación, la luz del sol todavía incide del mismo modo en las mismas ramas de los mismos árboles.

Una vez reunidos, Haru levanta la mano para hacer una observación:

—Creo que para detener del todo los pensamientos deberíamos estar muertos.

Responde Mitsu:

—Meditar es un camino para aprender a morir.

Y Natsu comenta:

—¿Y quién quiere aprender a morir? Lo que tenemos que aprender es a vivir, ¿no?

Sho contesta:

—A morir debe aprender todo lo que vive.

Se hace una pausa corta. Luego los maestros piden a los jóvenes que digan qué animal han visualizado. El ambiente es distendido, da la sensación de que les ha gustado la experiencia.

Empieza Takara, quien confiesa que, para su sorpresa, se ha visto como un caballo salvaje. Kazuko le comenta que las características del caballo salvaje son las que corresponden a una naturaleza rebelde, sí, pero capaz de utilizar su fuerza en provecho propio y de los demás; veloz, valiente, inteligente y sensible.

—Tendrás que ir con cuidado para no desbocarte y, también, para que no te atrapen ni te domen —sonríe Kazuko.

Es el momento de Yasunari, que, no demasiado contento con lo que ha visto, informa que su animal es un conejo. Todos ríen. Sho dice:

—El conejo es manso, asustadizo y gran superviviente; de apariencia agradable y saltador de grandes obstáculos. Tendrás que ir con cuidado con la tendencia a huir por nada y con el exceso de energía.

Natsu se refiere a su animal como si no le importara, pero queda claro por la actitud que habría preferido algún otro. El cerdo. Kazuko le dice que se trata de un animal muy fuerte, muy arraigado a su lugar, útil desde muchos puntos de vista y que, al mismo tiempo, lo usa todo; acaparador y dócil; desmesurado. Le aconseja que tenga cuidado con la abundancia.

Shizuka no tiene ninguna duda de que su visualización ha sido errónea. ¿Cómo es posible que su animal sea un murciélago? Es Mitsu quien comenta cómo verlo:

—El murciélago es un animal que se orienta en la oscuridad, que no necesita ver para avanzar. Es un animal que cree que sabe lo que hay a su alrededor, aunque sea ciego.

—¿Ciega yo? —dice Shizuka, algo ofendida.

—Shizuka, nuestro animal nos avisa de lo que no sabemos o no

queremos saber. La ceguera muchas veces es de pensamiento. ¿Quizás debes ser consciente de algo que no quieres mirar? ¿Tal vez de tu enfado, que siempre escondes detrás de buenas formas y de ese fantástico flequillo?

Shizuka baja la cabeza. Tal vez sí.

Haru siente que tiene un problema irresoluble. ¡Cómo confesar que ha visto un triste ratón! Un ratón perseguido por un águila espléndida. Decide tergiversar la visualización e identificarse con el águila. Cuenta que la ha visto con tanta claridad que ha podido percibir los ojos amarillos, las alas extendidas, el pico afilado, la lengua y las garras, la velocidad de vuelo y la altura.

La maestra Kazuko la mira contrariada y la interrumpe:

—Haru, nadie que no acepte la verdad puede ser un buen arquero. ¿Por qué no dices la verdad, Haru?

Haru se sorprende, por un lado, porque la maestra la ha descubierto con aquella contundente seguridad; por el otro, porque la acusa sin tapujos delante de todo el mundo. Calla.

La maestra prosigue:

—Si fueras el águila no la habrías visto desde fuera. Habrías visto lo que ella ve. Quien es lo que es, no puede conocer ni describir su imagen. Solo se puede conocer y describir desde dentro. ¿Quién eres, Haru? ¿Qué eres?

Haru se siente humillada. La respuesta sale como una flecha:

—Si los maestros me hubieseis enseñado lo que hace falta saber, después de cuatro años en el dojo no necesitaría decir mentiras.

Aquella flecha no hace blanco en el corazón de los maestros sino en la cabeza de Haru, porque Kazuko le responde:

—Es una suerte que lleves cuatro años en la escuela, Haru. Si no, en vez de visualizar un ratón, te habrías visto de verdad como un águila. Retírate a tu habitación. Esta noche cenaremos sin ti.

N U E V E

Se acerca la fecha de la prueba final. La más difícil. La que definirá si alguno de los alumnos de aquellos años se convertirá en uno de ellos o no. Si los maestros se han equivocado alguna vez en las previsiones ha sido porque se han dejado llevar por el deseo o por la identificación. Dos palabras para decir casi lo mismo. Porque han abandonado la observación de la disciplina, porque han cometido el error de la soberbia, porque han perdido la atención. No se puede decir nada. No hay que decir nada. Tener presente el pasado o el futuro es una paradoja: presente solo se puede tener el presente.

Hoy, una vez acabada la práctica de tiro, que ha dado como resultado tantas dianas como flechas se han lanzado al blanco, los maestros deciden que es momento de que los discípulos conozcan su nivel. Están en condiciones de saber. Y si todo va bien, de asumir lo que saben.

Deben meditar, la vista fija en una vela, hasta que se apague y, durante ese tiempo, visualizar sus vidas en un futuro lejano.

Los estudiantes recuerdan la primera vez que los pusieron ante una vela y les dijeron que debían meditar hasta que se apagara; entendieron que tenían que conseguir que la llama se extinguiera mediante la fuerza de la mente e, incapaces de conseguirlo, fueron soplando para apagarla y no ser menos que el de al lado. La única que no sopló fue Takara, que meditó en calma hasta que la vela se consumió entera por sí misma. Más tarde la maestra, cuando comprobó por la medida de las velas cómo había ido la sesión, les dijo: Solo quien comprende sabe dar a cada cosa el tiempo adecuado. Y felicitó a Takara.

Ahora saben que la vela debe consumirse. Que es el tiempo concedido.

La petición del día exige una buena dosis de coraje. ¿Saber qué les pasará? ¿Y si se equivocan? O peor aún, ¿y si aciertan?

Se sientan descalzos, de cara a las velas recién encendidas, apoyan los antebrazos en las rodillas, enderezan la espalda y, levemente inclinada la barbilla hacia el pecho, fijan la vista en la

vela.

Takara tarda apenas unos segundos en verse. Va bien vestida y lleva a su lado, de la mano, a una mujer de belleza inusitada. Van en rickshaw. Se siente feliz. Habla con la mujer de algún tema relacionado con unos alumnos. Alumnos de ellas. Ellas que son una que son dos. El amor.

Natsu se ve dando órdenes a su padre, que obedece con total sumisión, allá en el restaurante familiar. Órdenes al padre y al resto del personal. La madre no está. Da la sensación de que ha fallecido. Hay un hombre, pero no es demasiado importante. El local está ampliado. Es un negocio próspero.

Haru ocupa el lugar de Kazuko. En el dojo. Acompañada por dos maestras. Se ve mayor, con una gran cantidad de canas. El cuerpo delgado y fuerte. Serena.

Shizuka, rodeada de tres niños. Haciendo ikebana. Se ha casado, seguro. Y aquellos tres niños son hijos suyos. Vive en una aldea pequeña. En una habitación al fondo ve a sus suegros con el marido, pero no consigue identificar las caras.

Yasunari redacta cartas a las órdenes de un maestro calígrafo. Ve una conversación grave con el maestro, una conversación que le cambia la vida. No ha conseguido oírla.

Cuando llega el momento de contar las visualizaciones, ningún alumno tiene problemas para revelarlas excepto, de nuevo, Haru, que se siente traidora y fuera de lugar.

Los maestros reciben con amabilidad las noticias de todos. No difieren gran cosa de lo que ellos mismos han previsto.

Cuando le toca el turno a Haru, dice que no ha conseguido visualizar nada.

Y Kazuko, como si reconociera la circunstancia, como si también ella la hubiese vivido o alguien se la hubiera contado, comprende y dice:

—Esta semana serás la encargada de limpiar el dojo, Haru. No harás nada más.

Y Haru, alterada por aquella orden terrible, la más humillante posible, protesta con vehemencia:

—Pero ¿por qué, maestra, por qué? No es justo.

Y la maestra contesta:

—Para que cuando llegue el día en que se haga realidad tu visualización, estés preparada.

Momento para ir a pasear a la orilla del lago. Lanzarán algunas piedras y observarán cuánto tiempo tarda el agua en quedar de nuevo en calma, cuánto tiempo tardan en desaparecer los círculos

formados alrededor del tiro: fiel imagen de la mente cuando recibe un solo pensamiento. Es fácil, así, visualizar las movidas aguas de una mente que recibe pensamientos sin parar.

D I E Z

Los ejercicios de la última temporada han sido numerosos y exigentes. Los alumnos han actuado con atención y se han ganado la confianza y el agradecimiento de los maestros. En el dojo impera la calma que se encuentra en los lugares donde cada cosa está en su sitio, donde cada persona realiza su trabajo, donde los espacios están repartidos con la armonía propia de la naturaleza: una selva, un desierto, un océano.

—Hoy iréis a la ciudad —dice Mitsu a los estudiantes cuando se presentan en el shajo para la práctica de tiro—. Se acerca el momento en que abandonaréis la escuela. El mundo que os espera no mide los pasos como lo hacemos aquí. Ni el tiempo ni el espacio son los mismos. Id y sentid. Observad.

Sho entrega a cada uno de ellos una pequeña cantidad de dinero para que puedan pasar el día.

—Es todo lo que podemos ofreceros. —Los saluda con las manos juntas en el pecho—. Recordad que sois discípulos de la escuela. Respetaos y respetad vuestra procedencia.

Kazuko, Mitsu y Sho ven a los cinco alumnos alejarse por el camino. Observan los pasos, lentos y seguros. La actitud del cuerpo, en calma. Qué distintos de aquellos adolescentes que llegaron cinco años atrás, incapaces de la observación, de la concentración. De la disciplina.

—Sí, sí, sí. Muy pronto dejarán el dojo —expresa Kazuko lo que piensan los tres—. Es la prueba final: formar parte del mundo sin perderse.

—¿Crees que alguno de ellos volverá? —pregunta Sho.

Mitsu dice:

—Lo que importa es que puedan llegar al lugar del que salieron y que se reconcilien con lo que tengan que reconciliarse. —Piensa en su caso, tantos años antes, cuando en el dojo le dijeron que debía regresar a casa y ella sintió que le quitaban el suelo de debajo de los pies. Pidió quedarse, imploró que le permitieran no abandonar la escuela. Los maestros fueron inflexibles. Necesitar no es escoger, Mitsu, le dijeron. Para elegir debes poder prescindir de lo que

eliges.

Kazuko se retira a meditar. Cada vez le cuesta más despedirse de los alumnos. Cada vez tiende más al afecto. Si la inquietud se convierte en duda y de duda pasa a pregunta, será la cuestión que llevará al Gran Genkei en la próxima visita. ¿Se puede querer a un alumno? Probablemente el Gran Genkei contestará, a uno solo no, Kazuko. A uno solo, no.

El día pasa más silencioso que nunca, en el dojo. Los tres maestros prácticamente no se ven. Sho y Mitsu se cruzan en el jardín a primera hora de la tarde. Kazuko no aparecerá hasta la hora de la reunión con los estudiantes, que regresarán puntuales. Todos juntos.

En el viaje de regreso al dojo los alumnos comentan la distancia irreparable con los jóvenes observados durante el día, jóvenes que visten con colores y ropas distintas, beben sake, fuman, ríen con escándalo, bailan y no están sometidos a ninguna disciplina férrea. Se los ve felices. Jóvenes que pasean abrazados y que les dedican miradas de desconfianza y conmiseración. Miradas que les han llevado a cuestionarse si ellos no han permanecido apartados de la vida, encerrados, ignorantes de la realidad.

—Ahora ya hemos visto todo lo que nos hemos perdido —comenta Natsu.

Takara no tarda en contestar:

—Y todo lo que hemos ganado.

—No se trata de ganar o perder, me parece —interviene Haru—, sino de elegir. Ahora que conocemos dos maneras de vivir, ¿cuál querremos?

Yasunari está de acuerdo con el comentario de Haru y añade:

—¿Qué sentido tiene hacer cosas que no mejoran ni progresan, que son siempre las mismas, que no evolucionan?

Habla Shizuka:

—Eso depende de las razones de tu vida, Yasunari; la gente que hemos visto hoy vive por vivir; no me parece mal, vivir por vivir.

—Quizás tampoco se trata de lo que está bien o de lo que está mal —dice Takara— sino de lo que construye y de lo que destruye.

Después los cinco se entregan a las reflexiones en silencio. El camino, a pie, es largo.

Reunidos en la sala central y ante la pregunta de Sho sobre sus impresiones, sus conclusiones, sus emociones, los alumnos prefieren callar. Han aprendido que las respuestas apresuradas contienen siempre algún error.

Sho es directo:

—Si alguno de los jóvenes que habéis visto hoy quisiera ahora mismo hacer lo que vosotros hacéis, ¿podría?

¿Podría? En su interior, todos los alumnos saben y deciden que no. ¿Intenta Sho hacerles ver su vida como un privilegio? ¿Sospecha que en algún punto han dudado?

Kazuko dice:

—Habéis salido y habéis vuelto. Quizás ese mismo recorrido se repetirá en el futuro. Os iréis dentro de quince días, después de la exhibición final. Abandonaréis el dojo. Y después, quizás, quién sabe cuándo, estaréis de nuevo aquí.

Los alumnos escuchan en silencio.

Kazuko añade, mientras con un gesto da por terminada la reunión:

—Tenéis que ir preparando vuestras cosas.

Un murmullo de protesta se alza en la sala. Kazuko lo hace desaparecer con una sonrisa y dice:

—Es el último paso. Y es necesario. Tenéis que enfrentaros a lo que sois entre los otros. —Hace una pausa y acto seguido cambia de tema—: Hoy tenemos una cena especial. Hay que celebrar haber llegado hasta aquí.

Todos se retiran.

A primera hora de la tarde, mientras los alumnos todavía estaban en la ciudad, Kazuko ha pasado por los dormitorios y ha dejado encima de cada cama una flor de loto. Una para cada alumno. Excepto para Haru. Ante la cama de Haru ha detenido el gesto, ha dado marcha atrás, se ha guardado la flor y ha sonreído. Quien de verdad ha aprendido no necesita ningún otro premio. Haru deberá entender que este es mi reconocimiento.

O N C E

La ceremonia de despedida se hace siempre a primera hora de la mañana, apenas el sol consigue que la noche se llame día. Tiene que dar tiempo a que después los alumnos lleguen, caminando, al único tren que sale a diario. El tren que los llevará a la gran ciudad desde la que diseminarse.

La ceremonia consiste en una exhibición de los estudiantes para los maestros. Cada uno de ellos tiene que haber escogido una prueba. Debe estar relacionada con lo que han aprendido durante aquellos años. Con lo que han vencido. Y los maestros, a partir de aquella demostración, deben comunicarles lo que todavía les queda por superar.

Concentrados en la zona de tiro, los jóvenes intentan borrar los nervios de sus facciones, relajar el cuerpo, detener el pensamiento. No quieren irse del dojo y sí quieren irse. Se les ha hecho largo y se les ha hecho corto. Cualquier reflexión lleva incluida la reflexión contraria. ¿Habría que llamar a esto equilibrio o confusión?

El primero en presentar su propuesta es Yasunari. Saluda a los maestros con una sostenida inclinación de la cabeza y dice:

—He dudado mucho antes de elegir. Son numerosas las cosas que he aprendido en la escuela. Llegué acomplejado por mis orígenes humildes y por la incertidumbre respecto a la identidad de mi padre. He querido distinguirme y ganar. He presentado constante batalla para ser el mejor. Y ayer, cuando pensaba en la prueba de hoy, todavía me sentía atado al deseo de destacar por encima de los demás. Por eso he optado por lo más sencillo, he decidido hacer un ejercicio de caligrafía para pedir con humildad disculpas por mis equivocaciones.

Yasunari despliega un pergamino en el suelo y, como si fuera una espada, esgrime el pincel, moja la punta en tinta y dibuja, con un único trazo lento, preciso, armónico, el kanji que representa la idea del perdón. Trascurrido un tiempo suficiente para que se seque la escritura, enrolla el pergamino, se acerca a los maestros, se arrodilla, extiende los brazos y, encima de las palmas abiertas, les ofrece su trabajo. Sho recoge el rollo con un asentimiento, Mitsu

toca sutilmente la cabeza de Yasunari y Kazuko habla de la siguiente manera:

—Como muy bien dice tu nombre, Yasunari, estás destinado a caminar hacia la paz. Has visto que en tu interior habita el deseo de lucha. De lucha contra los demás y no contra ti mismo. Has dado un paso adelante en estos años con nosotros, sin duda, y estás preparado para marcharte. Pero no olvides que la humildad no se puede perseguir. Se persigue lo que está fuera de nosotros. Gracias por tu obediencia, tu fe y tu esfuerzo.

Llega el turno de Shizuka, que ha pasado la noche despierta, sí, pero que en lugar de pensar en su prueba o de meditar para encontrar el camino, ha estado pensando en Kimitake. ¿Dónde debe de estar? ¿Habrá encontrado a otra chica que lo quiera más que ella? No soporta la idea de que sea así. Sabrá que están a punto de dejar la escuela, seguro. La salida del dojo es un acontecimiento conocido por todo el mundo. ¿Estará esperándola? Su concentración por la mañana es nula. No dice ni una sola palabra. Empuña el arco, se coloca en posición de tiro y deja salir una flecha que se clava cerca de la diana. Después mira a los maestros y espera.

Habla Sho. Es, entre los maestros, el que más debilidad siente por ella, quizás porque su padre también abandonó la vida por la honorable puerta del seppuku.

—Tu gran dificultad durante estos años ha sido la concentración, Shizuka. Te dejas llevar por las emociones, en lugar de tener en cuenta tus conocimientos. Es el origen de tus errores. Las personas enfadadas viven siempre fuera del presente. Y es imposible la concentración, si te sitúas en el pasado o en el futuro, que no existen. El tiro que has hecho ha sido correcto, fruto de la disciplina. Pero no olvides que mientras recuerdes con esfuerzo la disciplina no habrá armonía. Gracias por tu obediencia, tu fe y tu esfuerzo.

Shizuka baja la cabeza con los ojos cerrados. Dentro de unas horas encontrará a Kimitake. Es lo único que de verdad le importa.

Natsu confiesa que la disciplina física es lo que más le ha costado. Levantarse temprano, comer con frugalidad o el ayuno, bañarse en agua fría, limpiar, trabajar en el campo. Y recibir órdenes, también. Ha llegado a la conclusión de que lo que mejor demuestra lo que ha aprendido es el taichí.

Todos asisten con admiración a la prueba. Natsu, vestida de negro, los cabellos rojos trenzados, se mueve con elegancia y pausa, a pesar de que conserva la figura rellena del principio, porque no ha sido capaz de moderar su gula. Cuando termina, Mitsu le dice:

—Has demostrado que eres capaz de trabajar en una dirección, Natsu. El reto que tienes por delante es la constancia. La idea de que hemos llegado hace que olvidemos que el camino nunca se acaba. Y que no tiene un único sentido. Una vez que te vayas, si olvidas esta premisa, nunca podrás regresar. Gracias por tu obediencia, tu fe y tu esfuerzo.

Takara, acostumbrada a las normas, entusiasta de los ejercicios, obediente y rígida, ha llegado a la conclusión de que su aprendizaje ha sido sobre todo el de llegar a entender que lo intangible existe. Pragmática y escéptica, ha decidido demostrar su nueva fe. Hace una breve reverencia ante maestros y compañeros, camina hasta la base del árbol más alto, trepa con agilidad y, cuando llega a la copa, se lanza, volando, hacia la copa del árbol más cercano. Y después al siguiente. Y a otro y a otro más. Para acabar vuelve al primero, baja, camina hacia los maestros, se arrodilla y llora.

La voz de Sho deja entrever la emoción y la satisfacción:

—Takara, no cabe duda de que has vencido el mayor de tus obstáculos: la frialdad que impide la fe. Recuerda que si la fe se convierte en aliada de la mente y no del corazón, puede transformarse en prepotencia. Gracias por tu obediencia, tu fe y tu esfuerzo.

Haru ha quedado para el final, como de costumbre. Por la mañana ha sabido que solo en su cama no había flor de loto. Cree que ha captado el mensaje: lo que no se ve pero se sabe es más valioso que lo que debe enseñarse para ser cierto.

Dice que tirará, con los ojos tapados por una venda, al blanco que esa madrugada ha colocado en un árbol que, desde donde están, no se ve.

Prepara el arco, se posiciona con la perfección del arquero que no se distingue de su instrumento, respira y espera, con paciencia y sin dejar de visualizar el árbol, que la flecha se vaya por sí misma, sin forzarla, sin pedírselo, sin pensarlo ni participar más que el arco o la propia flecha. Por fin, con un sonido inconfundible, sale disparada.

Los compañeros de Haru corren tras ella para ver si ha acertado.

Los maestros asienten en silencio. Kazuko se dirige a la joven:

—¿Tú no vas a ver si has dado en el blanco, Haru?

—Maestra, si corro a comprobarlo, no habré acertado. Cuando muestras lo que has aprendido, enseñas lo que no sabes.

Kazuko se da por satisfecha con aquella respuesta.

—Haru —le dice—, recuerda que cuando aprendemos a no decir mentiras corremos el riesgo de enamorarnos de nuestra verdad.

Gracias por tu obediencia, tu fe y tu esfuerzo.

Poco después de la exhibición los jóvenes están en la puerta del dojo para despedirse. Los maestros les recuerdan que, si desean volver a la escuela, antes tendrán que pasar por la casa familiar o por el pueblo en que nacieron o vivieron. Tenéis que comprobar que sois libres, y eso se sabe cuando nos enfrentamos a nuestras dependencias y comprobamos que han dejado de existir.

Los alumnos emprenden el camino. Con pasos lentos. Seguros. Shizuka no mira atrás ni una sola vez. Natsu tampoco. Los otros tres, sí.

Los maestros entran de nuevo en el dojo. Vacío y silencioso. Por poco tiempo. Pronto llegarán los nuevos discípulos.

TERCERA PARTE

U N O

Haru espera a que llegue Kimitake. Han quedado en el parque que hay junto a la estación del ferrocarril. Piensa que tal vez no aparecerá.

No hace demasiados días que Kimitake y Haru se han encontrado, por casualidad, en uno de los centenares de calles de la parte más populosa de la ciudad. Han pasado más de tres años desde que Haru dejó el dojo y no ha sido capaz de volver a su pueblo. Haru estaba a punto de cruzar una calle; de repente, un rickshaw a una velocidad por completo inadecuada estuvo a punto de atropellarla. Le costó reconocer al compañero, con la cabeza rapada al cero, conduciendo como un loco aquel vehículo que parecía más bien que lo arrastraba a él. Kimitake, en cambio, sí la reconoció enseguida, y fue su intento de darse la vuelta con rapidez y sin pedir disculpas lo que dio la alerta a Haru.

—¡Kimitake!

El joven la miró, expectante.

—¡Qué alegría! —dijo Haru mientras lo repasaba de arriba abajo y lo descubría cambiado, no solo porque no llevaba aquella melena suya espectacular sino porque tenía los hombros caídos hacia delante, la actitud de una persona que no confía en sí misma ni en los demás. Y ya era un hombre. Incluso llevaba barba, corta y desarreglada.

—Haru —dijo Kimitake sin energía—. Perdona, es que voy con prisa. Tengo que entregar un paquete en un lugar y...

—No te preocupes, ¡he reaccionado a tiempo! —lo interrumpió ella.

—Tengo que irme, Haru. Lo siento.

—¡Pero tenemos que vernos! ¡Yo quiero verte! No conozco a casi nadie, aquí. Nadie de hace tiempo, me refiero.

—Espérame dentro de una semana, a esta hora, en el parque que hay al lado de la estación del ferrocarril. ¿De acuerdo?

Haru asintió.

Y ahora está allí. Ha pedido permiso a Tame, el zapatero para el que trabaja desde poco después de su llegada. No sabría decir si fue

él quien la encontró a ella o ella a él.

Haru supo desde el principio que no volvería a casa de su padre. No le importaba si era la condición para que la dejasen entrar de nuevo en el dojo. Pues no entraría. Qué prueba tan ridícula, tener que regresar al lugar en que se ha nacido. Ya sabía ella que no le hacía falta. De manera que llegó a la ciudad con la decisión de quedarse. Tenía que buscarse la vida. Habría sido fácil vender el arco y empezar un pequeño negocio, pero ni siquiera se le pasó por la cabeza. Durante unos días pidió comida, se refugió bajo los toldos de los mercados de frutas y verduras, que de noche quedaban libres de gente y poblados por animales. Perros, pero también ratas; gatos, pero también arañas.

Una madrugada se le acercó un anciano. Primero pensó que quería robarle el arco, porque intentaba quitárselo de las manos con delicadeza.

—¡Eh! ¡Eh!

—Así que eres una kyudojin —le dijo. Y su voz fue como una fuente de agua tibia, limpia. Tenía la cara muy arrugada, los ojos vivos y hundidos. Era bajo, el cuerpo ágil de un joven, con la espalda recta, las piernas fuertes. El cabello blanco y abundante. Llevaba unas sandalias de cuero que dejaban ver los pies, también fuertes; y firmes.

—¿Y qué?

—¿Buscas trabajo? —le dijo el hombre mientras la ayudaba a levantarse.

—Puede ser.

—Puedo ofrecerte uno.

Haru se sacudió la ropa, movió manos y pies, estiró el cuello y preguntó:

—¿De qué se trata?

—Soy maestro zapatero. Podrías ser mi aprendiz.

Aprendiz de zapatero, qué honor, pensó Haru. De un maestro zapatero. Se burló del uso de la palabra maestro.

—Puede que no sea un honor —dijo el hombre, como si hubiese adivinado lo que pensaba Haru—, pero comerás cada día caliente y tendrás un techo y una cama.

De repente, la voz de Kimitake la saca de sus recuerdos.

—Pensabas que no vendría, ¿verdad? —Su sombra le queda más cerca que su cuerpo, alto y escuálido, perfilado en negro a contraluz.

—Tienes razón —admite ella mientras hace visera con una mano.

Empiezan a caminar, juntos, sin prisa.

—No te ha ido como planeabas —dice Haru—. Y tampoco has vuelto a casa.

—No, pero me voy para allí dentro de unos días. Con Shizuka. Te envía recuerdos.

—¿Shizuka? ¿Y por qué no ha venido? O sea que sí que te encontró, que os encontrasteis.

—Sí, pero no hemos conseguido salir adelante. Y ahora no se encuentra demasiado bien. Está embarazada de seis meses. Por eso nos vamos. A casa de mis padres. Me permitirán trabajar en la escuela de la aldea. Mi padre es ya mayor y les irá bien un ayudante. —Kimitake la mira con ojos decepcionados—. ¿Y tú?

—Yo estoy trabajando con un zapatero. Bueno, él dice maestro zapatero. Pero empiezo a cansarme. Mucho trabajo, pocas compensaciones.

—¿Sabes que Fuyuku e Itachi tienen un gran negocio de calzado? Seguro que empezaron con lo que robaron en el dojo. Son ricos. Se pueden permitir todo lo que quieren. Viven al otro lado del río, si quieres ir a verlos. En el barrio negro.

La semilla queda plantada, pero Haru no lo sabe.

—No, no, después de lo que hicieron, no.

—Yo les pedí trabajo, cuando supimos que Shizuka estaba embarazada, pero no me lo han dado. Habría preferido trabajar con ellos que volver a casa y convertirme en mis padres.

—¿Sabes qué, Kimitake? No creo que nadie se convierta en algo distinto de lo que es. Cada paso que damos es el paso que dibuja el camino de nuestra vida. Las decisiones que tomamos nos acercan más y más a lo que somos y nos alejan de la imagen que tenemos de nosotros mismos.

Kimitake da un puntapié a una piedra y propone:

—¿Te apetece que vayamos a comer unos gyoza? Te invito. —Sonríe por primera vez desde que se han visto.

—Acepto los gyoza, pero invito yo.

Haru no quiere insistir en visitar a Shizuka donde sea que vivan; deduce que no tienen techo y no le gustaría avergonzarlos. Recuerda que cuando Kimitake huyó del dojo ella pensó que no saldría adelante y, peor aún, deseó que no lo hiciera, que la traición a los maestros se cobrara un precio alto. Y ahora que comprueba que ha sido así, querría todo lo contrario. Antes de despedirse, da a Kimitake el dinero que tiene, es mi regalo para la criatura, le dice, y Kimitake ni siquiera hace el gesto de rechazarlo, le da las gracias, la abraza sin fuerza y desaparece sin volverse a mirarla.

Al llegar a la zapatería y ver a Tame como siempre, tras el mostrador, concentrado, aunque todavía no es la hora del té, Haru ofrece al maestro servírselo.

—¿Qué quieres preguntarme? —adivina Tame, que ha enseñado a Haru a seguir la disciplina de los horarios, a observar el silencio con respeto.

Haru sonríe, se siente descubierta. Pregunta:

—Maestro, ¿tú alguna vez has cambiado de opinión?

Tame deja de hacer lo que está haciendo y la mira. Tiene frente a él una mujer joven, enérgica y frágil al mismo tiempo. Lleva el cabello largo, suelto, de un color negro brillante. Tiene las manos fuertes, aún más ahora, que hace tres años que trabaja con ellas. No ha perdido la elegancia aprendida en el dojo: lentitud de movimientos, seguridad en el espacio. Hay una inquietud en ella, no obstante, que no cuadra.

—¿De dónde sale esa pregunta, Haru?

La joven le explica lo ocurrido.

El maestro vuelve al trabajo, le pide que haga el té. Haru comienza con los preparativos. Sabe que Tame hablará cuando tenga algo que decir. Con el té ya delante, después de oler el aroma que le llega con el humo que sube desde la taza, dice:

—Haru, lo que te ha pasado es que has tenido miedo de la relación entre tu deseo y la realidad. Primero quisiste que Kimitake recibiera un castigo. Y ahora te has sentido culpable y quieres tener las manos limpias e intacta la imagen que te llega de ti misma. No has cambiado de opinión: no has encontrado la fuerza para sostenerla. Juzgar a los demás siempre pasa factura.

D O S

Haru trabaja con la cabeza gacha. Limpia poco a poco los zapatos que el maestro Tame ha acabado de coser durante los últimos días. Hace años que se repite la misma sucesión en el mismo orden. Por los ventanales manchados de viejas gotas de lluvia mezclada con el polvo que levantan los que caminan por la calle, de tierra, entra una luz amortiguada de tonos blancos y verdes.

El silencio es sólido y está acompañado por el sonido de los golpes de martillo de Tame, la lija que rasca suelas gastadas, el trapo que Haru pasa una vez tras otra para que el cuero de los zapatos reparados quede lo más brillante posible.

Hoy, de pronto, la entrada se nubla. La ocupa la silueta oscura de una mujer mayor, ligeramente jorobada, ayudada por un bastón, que empuja la puerta con el esfuerzo que permite la experiencia pero no la edad. Haru observa los pasos pequeños de sus pies descalzos, las manos llenas de nudos como la corteza de un árbol milenario, los ojos empañados por un blanco transparente similar a una gasa.

Tame se pone de pie y recibe a la mujer y la brisa fría que entra con ella con una reverencia suave, las manos juntas ante el pecho, los párpados bajados en señal de respeto. La anciana no sonríe, no habla. Se limita a colocar sobre el poco espacio vacío que queda en el mostrador unos zapatos que iluminan la sala con sus reflejos: son pequeños, como sus pies, de seda rosa y decorados con una gran cantidad de piedras preciosas, azules, rojas, amarillas, blancas. Una vez dispuestos allí, la mujer inicia su retirada. Vuelve a oscurecer la entrada, a empujar la puerta con una fuerza impropia, y desaparece con la misma lentitud con la que ha hecho acto de presencia.

Haru espera que Tame le comente algo. Siempre lo hace, las pocas veces que entra alguien. No tienen muchos clientes. Pero el silencio sólido sigue intacto.

Haru dice:

—Maestro, ¿no es extraño que una mujer tan mayor y tan humilde lleve unos zapatos tan extraordinarios? Y nuevos, porque

no veo que tengan nada que arreglar.

Tame detiene el trabajo. Nunca hace dos cosas a la vez. Mira a Haru.

—Te he dejado este rato de silencio para que la sorpresa encontrara en ti el espacio adecuado, Haru. La anciana que acabas de ver es la señora Ryoko, y sus zapatos tienen una historia larga y triste. ¿Quieres que te la cuente? Si es así, ven a sentarte ante mí y escucha.

Haru deja lo que está haciendo con la delicadeza que le ha enseñado Tame —todo merece la misma atención, Haru—, y se sienta a los pies del maestro.

—Ryoko tenía un hijo. Un hijo que no iba por buen camino. Robaba, se peleaba, atemorizaba a los indefensos y se aprovechaba de ellos. Era un muchacho sano, atractivo y fuerte. Inteligente. Habría podido trabajar y ganar un sueldo suficiente para vivir con dignidad. Pero consideraba necios a todos los que lo hacían. Los listos no necesitamos trabajar, solía decir. Se movía siempre por el barrio negro. Allí tenía sus negocios.

»Justo delante de su casa, que era sencilla y humilde, al otro lado de la calle, vivía la familia de Yukio, una familia rica y poderosa, con una fortuna excesiva y de origen incierto por la que el hijo de Ryoko sentía una envidia extraordinaria.

»Un día, el hijo de Ryoko supo dónde guardaban el dinero y las joyas los padres de Yukio. Y durante la noche, cuando todos dormían, entró y les robó. Con parte de lo que obtuvo compró a la madre estos preciosos zapatos.

»Todo el mundo comprendió quién era el ladrón, excepto Ryoko, quien, a pesar de las evidencias, sostenía que su hijo era incapaz de hacer algo así. Los padres de Yukio fueron a casa de los padres del ladrón a pedir lo que se acostumbra por estas tierras: que el muchacho, menor de edad todavía, los sirviera hasta que ellos considerasen que quedaba saldada la deuda. Pero como ya sabes, para que así sea, la familia del delincuente debe admitir que lo es, y en aquella familia pobre y humilde nadie quería admitir la existencia de un ser vil entre sus miembros honrados.

»Tiempo después, una tarde, Yukio y el hijo de Ryoko se encontraron por la calle. Yukio acusó al ladrón, el ladrón se sintió ofendido, Yukio le recordó que tenía una deuda con su familia, y el delincuente declaró que la pagaría en aquel mismo instante. Sacó un puñal y se lo clavó en medio del corazón. El que había dejado de ser ladrón para convertirse en asesino fue detenido por la policía y condenado a muerte.

»Ryoko usa los zapatos desde entonces, cada primer domingo de mes.

Haru pregunta, afectada:

—¿Porque es el día en que ejecutaron a su hijo?

Tame le responde, negando con la cabeza:

—No. Fue el día en que murió asesinado el inocente hijo de los vecinos. Ryoko se pone los zapatos y pasea durante toda la tarde por delante de la casa rica de la familia de Yukio para reconocer el delito del hijo y también el suyo por no haberlo admitido a tiempo. Y el lunes los trae para que queden impecables para la vez siguiente.

—Es su manera de pedir perdón —dice Haru.

—Es su manera de perdonarse —asegura Tame justo en los segundos antes de volver al trabajo.

La luz de los ventanales ha bajado de intensidad. Las piedras preciosas de los zapatos ahora parecen unos guijarros cualesquiera. En cambio, la cuchilla que emplea el maestro zapatero brilla como un diamante.

T R E S

Haru cierra la puerta de la zapatería. Para que no entre el viento ni el polvo de la calle. Para nada más, porque ni siquiera hay cerradura: del agujero en donde debería estar, sale una cuerda que sirve para ajustarla a un clavo. Cuando, una tarde, preguntó al maestro por qué no se aseguraba, le contestó, porque aquí y ahora no es necesario. A veces Haru piensa que el zapatero es demasiado sabio, para ser zapatero. Pero no se atreve a decírselo, eres demasiado sabio para ser quien eres. Además, seguro que le contestaría algo así como, no somos lo que hacemos, no somos lo que pensamos, no somos lo que queremos.

Mira hacia fuera, queda poca gente a aquellas horas de la noche. Arrastran los pies y levantan polvo. Hace tiempo que no ve el horizonte, que no ve más horizonte que el otro lado de la calle.

Apaga las velas y se retira a la parte trasera de la zapatería, dividida en dos habitaciones escasas, estrechas. Oye las oraciones del maestro, que cada noche la acompañan en la entrada al sueño. Hoy, antes de dormir, mira el arco, abandonado en un rincón. No ha vuelto a practicar. Recuerda aquel día en que la maestra Kazuko les pidió que dibujaran su arco. Ella observó lo que hacían los demás y se tranquilizó al comprobar que sus ilustraciones eran imperfectas, más feas que la de ella. Cuando acabaron, la maestra felicitó a todos los otros pero, al llegar a ella le dijo, he pedido que dibujaseis vuestro arco, Haru. Y ella le respondió: Este es igual al mío, maestra. Y Kazuko: No he pedido uno igual, sino el tuyo. Y añadió, has trazado las líneas con la cabeza, no has puesto ni el cuerpo ni el corazón; solo con las tres instancias podrás llegar a conocer y a dominar tu arco; repítelo hasta que lo consigas. ¿Y cómo sabré que lo he conseguido? La pregunta es al mismo tiempo la respuesta, Haru.

Tiene que reconocer que en algún momento echa de menos la vida en el dojo. Y a los maestros. Y a los compañeros. Haber visto a Kimitake la ha removido. ¿Qué habrá sido de la vida de los demás? Le da rabia saber que Fuyuku e Itachi han progresado. ¿Es justo? Le da rabia que le dé rabia. Una emoción de la que quiere

desembarazarse. Dice Tame que las emociones deben expulsarse para dejar el camino abierto a los sentimientos. Pero ¿cómo hacerlo? Busca la respuesta y la encuentra en el sonido que le llega desde el otro lado de la pared: Medita, Haru, medita.

Y por primera vez en todo aquel tiempo, Haru busca refugio en lo que ha aprendido en la escuela. Se sienta en postura de loto en el poco espacio que queda a los pies de la cama. Cierra los ojos. Respira. Al cabo de algunos minutos llega a una visualización que, más tarde, cuando la recuerde, la desconcertará: es ella misma, o quizás no, pero una mujer, en otra época, quizás futura, quizás pasada, y en el mundo occidental, una mujer que escribe, está sentada a una mesa de madera, está rodeada de libros, un gato pasa por su lado, un gato negro, se oye el sonido de las olas del mar, algunos pájaros, quizás gaviotas, quizás golondrinas, la mujer está atenta, tan atenta que, de pronto, se vuelve y la mira, a ella, a través del tiempo y del espacio, y le sonríe y le pide que no se vaya, el canal se ha abierto, le dice.

Haru abre los ojos, da las gracias. El viejo Tame ya debe de dormir, no se le oye. Es tarde. Será mejor que también ella descanse. El día siguiente vuelve a ser día de trabajo. Se levantan temprano. Es una rueda. Haru muchas noches se pregunta cómo puede vivir Tame una vida tan rutinaria, sin cambios. ¿Qué sentido tiene? No se atreve a preguntarle, ¿qué sentido tiene la vida? Pero piensa en ello muchas noches. ¿Es esto a lo que aspiro? ¿Quiero esta vida? ¿A qué espero, para irme? ¿Por qué me quedo?

C U A T R O

A la misma hora de cada día, Haru se levanta dispuesta a preparar el té para Tame y para ella. Se sorprende al ver que la puerta de la zapatería todavía está cerrada y que el zapatero no está allí fuera, justo delante, practicando taichí. Ni tampoco trabajando.

—¿Maestro?

Cuando la respuesta es el silencio, la joven pasa de la sorpresa a la preocupación. Roza con suavidad la cortina que aísla la habitación del zapatero. Piensa que el movimiento de la tela, si está dentro, le servirá de aviso de que se ha hecho tarde.

—¿Maestro?

Cuando la respuesta vuelve a ser el silencio, la joven cambia la preocupación por la alarma. ¿Le ha pasado algo a Tame?

Sin prestar atención al ruido que provoca, registra hasta el último rincón. Por fin, oye unos golpes en el cristal de la puerta. Es el zapatero, que espera en la calle. ¿Cómo es posible que haya salido y que el local siga cerrado por dentro? Haru abre. El hombre entra con un rollo de cuero muy voluminoso. Es increíble que pueda arrastrarlo él solo.

—Me había asustado —dice Haru. El comentario tiene un toque sutil de amonestación, como si entre líneas quisiera decir, ¿por qué no me has avisado de que no estarías? Ayuda a entrar el bulto y a colocarlo en su sitio, entre dos estanterías llenas de zapatos: una de piezas para arreglar, la otra de las arregladas, que son las que ella tiene que limpiar antes de entregarlas.

—¿Todavía no has hecho el té? —pregunta Tame, contrariado.

—Te he estado buscando —se defiende Haru.

—Oh, qué trabajo tan necesario y útil. Gracias. Ahora ya me has encontrado. —Tame se va poco a poco hacia el mostrador para comenzar su tarea.

El olor de betún, de cola y de cuero es fuerte a aquellas horas de la mañana, después de que la puerta haya estado ajustada durante toda la noche. Haru pregunta:

—¿Cómo puede ser que hayas salido y que aun así estuviera cerrado por dentro?

Tame pide a Haru que vaya a buscar la jaula que guarda en la habitación. ¿Una jaula? Haru obedece.

—¿Para qué quieres una jaula vacía, maestro?

—Parece vacía, Haru. Solo lo parece.

Haru no se aventura a preguntarle de qué le parece a él que está llena.

—¿Qué opinión te merece?

—Es una jaula absurda, porque no tiene puerta.

Justo cuando dice la palabra puerta, se abre la de la zapatería y aparece la figura de un anciano. Vestido de blanco sucio, encorvado, débil, descalzo, que, antes de entrar, anuncia que llega a recoger sus zapatos. Cuando se acerca, Haru ve que tiene la cara llena de manchas de color marrón, los ojos repletos de legañas, las manos temblorosas, la boca desdentada. Se apoya en el mostrador con los dos brazos, agotado. Tame lo mira con una sonrisa y, mientras revisa la estantería de las piezas acabadas y limpias, repite la frase, a ver dónde están los zapatos de este buen cliente mío. Por fin coge unos, fuertes y de calidad, nuevos, que no pertenecen a ningún cliente, unos que Tame ha acabado de hacer pocos días antes, para venderlos, y se los presenta sobre la palma de la mano.

—Han quedado bien, ¿verdad?

Antes que nada, el viejo guarda silencio. Después mira los zapatos y acto seguido sus pies. Reflexiona. Dice:

—No han quedado bien. No sé por qué continúo viniendo aquí. Tu trabajo siempre ha sido malo, pero es cada vez peor. Debe de ser la edad. Quizás ya no estás para trabajar. Y esta mujer que te ayuda tampoco parece muy espabilada que digamos. Mira qué costuras, qué mala la calidad de los materiales. ¿En qué estabas pensando? ¿Crees que voy a pagártelos, así como están? —Sube el tono a medida que habla—. Y lo peor de todo es que tendré que ponérmelos, porque he venido descalzo justo porque creía que saldría bien calzado; tengo una reunión de negocios importante y no puedo llegar con un par en la mano. Uno en los pies y otro en las manos. ¡Vaya pinta! Ridículo, ridículo del todo —habla mientras se los pone, empieza a caminar hacia la puerta, con su ritmo imperativo, abre como puede y se va sin decir nada más.

Haru, inmóvil, espera las palabras del maestro, que, en cambio, dice:

—Volvamos al tema de la jaula. Dices que te parece inútil porque no tiene puerta.

Haru interrumpe:

—Perdona, maestro, pero ese hombre te ha insultado y te ha

robado unos zapatos. Y para colmo eran nuevos. De los que tenías para vender. No lo entiendo, ¡por qué no te has rebelado!

Tame la mira extrañado:

—¿Ha habido violencia? ¿Me ha amenazado?

—No —dice Haru.

—Entonces, ¿por qué dices que me los ha robado?

—¡Porque no te los ha pagado!

—Eso es distinto. Se los he regalado. Le regalo un par cada vez que aparece, en la misma época, antes de que lleguen las lluvias frías. Viene cada dos o tres años.

—Si llamas a esto un regalo...

—Haru, soy yo quien escoge el par de zapatos para el hombre, quien se lo da, quien le permite irse. Quien le sonríe cuando entra.

—Pero no es justo —se queja ella—. Nos esforzamos día y noche para sacar adelante el pequeño negocio. Un par de zapatos nuevos es como tres o cuatro días de trabajo.

—Primero me trajo un par. Hace años, al principio. Estaban tan destrozados que no era posible devolverlos a la vida. A partir de entonces, entra un día, descalzo, y se va calzado.

—¡Pero está mintiendo!

—Miente porque no quiere reconocer lo que necesita. El orgullo se lo come. Por eso acusa a los demás de sus carencias. Curarse de ese mal sería tan fácil como aprender a pedir lo que le hace falta. Por ejemplo, Haru, yo ahora vuelvo a pedirte por favor el té de la mañana, porque necesito beber algo caliente. ¿Cómo te lo diría el anciano?

Haru piensa unos instantes. Después contesta:

—Me diría que no se lo he servido o que no está bueno y, después de bebérselo, no me lo agradecería.

—Pero tú habrías hecho lo necesario: dar de beber a alguien que lo necesita. —El maestro hace una pausa—. Mañana, Haru, empezarás a aprender a coser. Por eso hoy he ido a buscar una nueva pieza de cuero.

Haru se alegra. ¡Un cambio! Prepara el té. Primero calienta la tetera de hierro fundido para, luego, poner las hebras del té verde que le gusta al maestro. Una vez servido y mientras se lo beben, el zapatero vuelve a la cuestión de la jaula:

—¿Y para qué querrías una puerta en la jaula?

—Para salir —Haru dice con rapidez.

—O sea que te ves dentro —ríe Tame—. También podrías usar la puerta para entrar.

—¿Quién querría entrar en una jaula?

—Haru, hay gente que considera las jaulas como un refugio. También hay quien huye de un lugar pensando que abandona una jaula y era, sí, un refugio.

Haru piensa en Kimitake: ¿era la escuela el refugio y será la casa paterna la jaula?

Tame sigue, después de otro sorbo de té:

—Es imposible salir de una jaula verdadera. Para hacerla desaparecer no hay suficiente con alejarse: hay que destruirla. Si huyes por la puerta, la puerta permanece. Y si la puerta permanece, existe para siempre la posibilidad de volver a entrar. Es decir, sigue siendo tu jaula, la que te espera, la que te conoce, la que puede convencerte de nuevo de que se trata de un refugio.

—De acuerdo, sí, pero estábamos hablando de la puerta real, de la de la zapatería, que ha quedado cerrada por dentro —se queja Haru, que quiere volver al mundo real.

El maestro zapatero le dice:

—Si no le pones puertas a la mente, poco pueden las que ponemos los humanos al mundo.

Haru comprende que no lo va a sacar de ahí. Recoge los utensilios del té, que ya se ha acabado. Está a punto de que se le caiga una de las dos tazas que tienen, pero la salva a tiempo. Atención. Mira un instante los dibujos de la cerámica: unas cañas de bambú, algunas ramas de cerezo en flor, unos crisantemos rosados y juncos. Le recuerdan a la madre, que, en el mueble de la sala, tenía una buena colección de preciosas tazas de té que nunca utilizaba; decía que eran para mirar sus paisajes. ¿Fue la enfermedad su jaula? Y al morir ¿la destruyó o salió por la puerta? ¿Qué habría hecho el padre con las tazas?

Antes de empezar la jornada de trabajo, Haru, recalcitrante, suelta:

—Pero bien que has esperado en la calle a que te abra la puerta de la jaula, cuando has vuelto.

Por la noche, antes de ir a dormir, frente a un espejo que ha colgado de una de las tres paredes de la habitación, se dice Haru: ¿y cuál es tu jaula, dime, cuál es? Endereza el minúsculo trozo de luna —más parecido a un triángulo que a un rectángulo— procurando no cortarse. Le ha crecido mucho el cabello. Le ha cambiado la expresión de los ojos. ¿Es posible que le estén saliendo arrugas? O quizás son imaginaciones suyas. Se va directa a la cama. Han pasado meses desde aquella meditación en que vio a la mujer occidental que escribía y aún no ha intentado repetirlo.

C I N C O

Al cabo de pocos días de haber empezado el aprendizaje de la costura, los dedos de Haru estaban llenos de ampollas, pinchazos, heridas, cortes. Llegó a pensar que nunca sería capaz de superar aquella dificultad, el dolor, la dureza del trabajo.

Ahora, en cambio, con unos meses de práctica, maneja orgullosa la aguja, el martillo, las tenazas. El tirapié bien atado a la rodilla. Las brocas, las tijeras, el hilo de cáñamo. El taladro, la cuchilla. Se mueve con naturalidad. Allá donde había heridas ahora hay cicatrices imperceptibles, callos útiles.

Aun así, Tame le encarga tareas sencillas, y siempre de reparación. Nunca unos zapatos desde el principio. Nuevos. Nunca un diseño. Todos los modelos se hacen a partir de los dibujos que el maestro guarda en el primer cajón del mostrador principal: papeles amarillentos, antiguos, envejecidos. ¿De dónde habrán salido? Parecen centenarios.

Hoy Haru está decidida a hablar.

—Maestro, creo que deberíamos innovar un poco. La reparación es excelente, no hay duda, pero nuestros modelos están anticuados. Por eso nos cuesta tanto vender pares de zapatos nuevos y la gente se va al barrio negro a buscar...

Tame la interrumpe con calma:

—Haru, no quiero ni oír hablar de aquella gente. Se enriquecen porque utilizan materiales de poca calidad. Mejor dicho, usan materiales de poca calidad para enriquecerse. Materiales con los que se pueden hacer cosas originales, innecesarias, pero que no sirven para fabricar zapatos que se encarguen de proteger y de educar los pies. ¿Sabes que todo lo que somos está en los pies y en nuestra manera de caminar? Camina mal y tu vida será un resultado directo. Nosotros ayudamos a hacer camino, Haru. No lo olvides. Nuestro trabajo es el que determina cómo se mueve una persona en el suelo que pisa.

El primer intento, infructuoso. Haru espera que pase un rato para volver a la carga:

—Maestro, también quería comentarte que estoy preparada para

fabricar zapatos, además de repararlos.

El maestro apoya en las rodillas las manos y el trabajo que lo mantenía absorto. Levanta la cabeza y mira a Haru. Ya hace tiempo que se ha convertido en una adulta, llena de fuerza y de vida. De una belleza feroz, arisca. Una aprendiz aventajada. Capaz de escuchar y de progresar. A Tame le recuerda a alguien que formó parte de su vida en un pasado remoto.

—Haru, eso soy yo quien debe decirlo. Viniste a trabajar conmigo hace unos cuantos años, pero no tantos. Todo aprendizaje requiere su proceso. Debes ser paciente. ¿Lo haces por el dinero? ¿Para ganar más?

—Y porque me gustaría demostrarte que soy capaz de realizar el mismo trabajo que tú.

—¿Quieres decir que consideras que has llegado a maestra zapatera?

El orgullo humilde con que Tame menciona el título que él mismo se otorga siempre la conmueve. Baja la cabeza, turbada. Espera en silencio.

—Si piensas que estás preparada cuando no lo estás, nunca llegarás a estar preparada. Cuando entiendas lo importantes que son los zapatos habrá llegado el momento. De lo otro a lo que te refieres, vamos a hacer una cosa, a partir de ahora tú tendrás mi sueldo y yo el tuyo.

Haru se pone contenta, pero no lo demuestra. La alegría le dura poco. Pregunta:

—¿Y cuánto voy a cobrar?

—Lo mismo que hasta ahora —responde el zapatero.

—¿No acabas de decirme que yo cobraría tu sueldo y tú el mío?

—La respuesta viene con la pregunta, Haru. Así es. Una pregunta bien hecha lleva la respuesta en la espalda de la misma manera que un caracol lleva su caparazón.

Tame vuelve a coger la pieza de cuero que tiene sobre las rodillas y recupera el ritmo de su quehacer. Haru también sigue trabajando, pero la cabeza le da vueltas a una velocidad propia e independiente. ¿O sea que el maestro y yo cobramos lo mismo? O sea que... y de repente, la aguja con la que cose le atraviesa la yema del dedo corazón. Suelta un gemido de dolor incontenible. Sangra. Mancha los zapatos. El maestro abandona la pieza de cuero, esta vez en el suelo, se acerca a Haru, le coge la mano, le mira el dedo, le dice que espere, desaparece un momento tras la cortina de su habitación y vuelve con un pequeño bote de vidrio en la mano:

—Con este bálsamo conseguiremos que en un par de días puedas

regresar al trabajo.

—Lo siento —pide perdón Haru.

—Es mucho lo que se aprende gracias al trabajo de zapatero, Haru, pero uno de los descubrimientos que llega con mayor velocidad es que, cada vez que se pierde la atención, se hiere a alguien. Y que ese alguien es siempre uno mismo.

Haru reconoce aquellas palabras. Mueve la cabeza de un lado a otro. No puede ser. Mira al anciano, que la trata con tanta delicadeza. El afecto entre ellos se ha convertido en un espacio de protección y serenidad.

S E I S

No hay nada más injusto que el deseo ni más fuerte que la decisión de hacerlo realidad. Haru lleva tiempo pensando en la manera de conseguir demostrar al maestro que ha alcanzado el nivel adecuado para dejar de ser considerada una simple aprendiz. Quiere proponerle hacerse socia del negocio. Haru acaricia planes. Atesora proyectos, ideas. Ambición. Ella no tiene planeado quedarse en la situación estancada en que se encuentra el maestro. Haru ve más allá.

Es la primera noche que se queda sola en la zapatería desde que Tame la acogió. Él se ha ido a media tarde. Haru se ha dado cuenta de que era la hora de llegada del tren, un acontecimiento diario que casi a nadie le pasaba desapercibido. La gente de la ciudad daba la hora en referencia al tren: dos horas antes de la llegada, tres después. Y había muchos chistes en torno a la puntualidad de la línea, que no era como para fiarse.

El maestro le ha dicho:

—Hoy tengo que atender algunos asuntos particulares, Haru. Te quedas a cargo del establecimiento. Confío en ti.

Entonces, en la puerta de la zapatería ha aparecido un rickshaw de color anaranjado, Tame ha subido con parsimonia y, antes de que el conjunto de hombre y vehículo se esfumaran, le ha dedicado una mirada que combinaba la ternura y la autoridad.

Haru acaba de cerrar. Afuera está oscuro. Se imagina propietaria. Aspira el aroma inconfundible del cuero, el betún, la cola. Enciende los quinqués y la luz dibuja sombras en las paredes y en el techo. Revisa el local. Hay todo lo necesario. La vista tropieza con la pieza de cuero acabada de llegar del norte del país. Haru se acerca. Apoya la frente. Las sandalias de Tame son todavía las mismas que llevaba cuando la encontró bajo los toldos del mercado. Reparadas una vez tras otra.

Sin pensarlo, coloca la pieza sobre el mostrador de Tame, la extiende, toma medidas, imagina. El nuevo diseño será ideal para los pies cansados del maestro. Le hará una suela un poco más curvada, para que le aligere el paso y le sostenga el puente. La

punta más amplia, para la comodidad de los dedos.

Pasa la noche trabajando. El aceite de los quinqués se acaba sin que se dé cuenta, mientras se duerme encima de la pieza cortada y de las sandalias a punto.

La despierta el sonido de la puerta. Es Tame, que intenta entrar y encuentra cerrado.

Haru se pone en pie de un salto y lo recibe con una incalculable reverencia. Se siente descubierta y, a la vez, orgullosa. Al maestro le ha bastado con una mirada para saber qué pasa. Espera en silencio, sin moverse de la entrada del local.

—He hecho unas sandalias para ti, maestro, para mostrarte mi agradecimiento —se las da.

El maestro las coge, las mira por todos lados, dice:

—Has robado la mejor de las piezas de cuero para fabricar este calzado inservible. Estas costuras, tal y como están situadas, solo pueden provocar heridas. Y estos agujeros, frío o sudor.

—Pero, maestro...

—Para mostrar agradecimiento habrías podido obedecer. Era suficiente y era lo necesario.

—Yo lo siento, he creído...

—No ha sido el agradecimiento lo que te ha impulsado. Si así fuera, habrías pensado en mí. Habrías limpiado el local, habrías abierto con puntualidad y tendrías preparado el té. Ha sido tu arrogancia lo que te ha guiado, Haru. Has considerado que te trato por debajo de lo que mereces.

Tame va hasta su habitación, se pone el delantal y comienza a preparar el té. Haru intenta sustituirlo, en vano.

—No. El té lo hago yo. Hace meses que te cedí mi sueldo. Ayer te dejé a cargo de todo. ¿Acaso no me corresponde hacer el té para ti, ahora?

Sirve. Va hacia el mostrador. Recoge los retazos de cuero inservibles, los tira a un rincón, y escoge de la estantería un zapato para comenzar la tarea. Dice:

—A partir de mañana, pasarás el día en la calle. Hasta que yo te diga. Tardé meses en ahorrar el dinero necesario para comprar el cuero que has derrochado. Pedirás limosna y, con lo que te den, me comprarás cada día un saquito de sal. Te abriré todas las noches, una vez haya cerrado la zapatería. Te daré de cenar y podrás dormir aquí.

—¿Y la sal? ¿Para qué me pides la sal?

—Para los baños que tendré que hacerme cada noche en los pies doloridos y llagados después de usar, durante el día, las sandalias

que tú consideras que merezco.

—No es necesario que las uses, maestro.

—Pondré a la venta, en cuanto vuelva a arreglarlas, las que he llevado durante estos últimos quince años, hechas el día en que regalé las que usaba entonces a un hombre que las necesitaba más que yo.

Haru llora.

—No hace falta que llores, ahora. Llorarás cuando te des cuenta de la verdad. Acaba el trabajo que tienes acumulado. Mañana por la mañana ya sabes lo que debes hacer.

Haru abre el establecimiento. Barre la entrada. Recoge las piezas de cuero que el maestro ha tirado en el rincón. Después se sienta en su taburete y empieza la tarea del día. Tiene muchos zapatos por coser. Muchos para limpiar. Los movimientos repetitivos la serenan. De vez en cuando mira a Tame de refilón. Un par de veces lo atrapa observándola. Al cabo del rato, como siempre, le acerca lo que lleva hecho para que el maestro zapatero le dé el visto bueno. Tame asiente, insinúa una sonrisa, le dice:

—Prepara un poco de té, Haru. Quiero contarte una historia.

Haru prepara el té. Pero cuando Tame habla, no lo escucha. Solo puede pensar, no debería tratarme así después de tantos años de trabajo a su lado.

S I E T E

Hace semanas que Haru se fue de la zapatería. Indignada, herida. Esperaba que Tame la perdonara y, al día siguiente de la discusión, le permitiera quedarse. ¿No habría bastado con decirle, no está bien lo que has hecho y, a pesar de todo, agradecerle el gesto? ¿Y enseñarle después a arreglar las sandalias que le costaron toda la noche en vela?

No ha vuelto. Ha pasado hambre, calor. Y frío. Miedo. Lo que la ha mantenido en pie es la rabia. La rabia y el orgullo son los cimientos sobre los que se desplaza. Ha vuelto al lugar donde Tame la encontró: a los toldos vacíos del mercado durante las noches, a vagabundear sin rumbo todas las horas del día. A robar algún gyoza, a comer sobras, a lavarse en el río. Mira todos los rickshaw por ver si en alguno va Kimitake. ¿Habrán vuelto, después de tener la criatura? Es improbable.

Se ha sentado en el borde del estanque que hay en el parque de al lado de la estación del ferrocarril. Ha sumergido los pies; le duelen, de tantos pasos sin destino. Algún pez le roza la piel de vez en cuando. No espera nada: se siente perdida. No quiere volver a su pueblo ni al dojo ni a la zapatería. ¿Cómo puede ver las cosas claras? Intenta recordar alguna de las enseñanzas de la maestra. Le viene a la cabeza el día en que les pidieron que presentaran el rosal del que habían tenido que hacerse cargo durante meses. Ninguno de ellos había conseguido que floreciera. Lo que no sabían es que formaba parte del plan y que estaban preparados para que no dieran fruto alguno. Haru se defendió diciendo que el suyo estaba a punto de florecer, que se veía muy claro, y que todos los otros estaban muy lejos de conseguirlo, que también se veía muy claro. La maestra le preguntó si estaba segura. Ella dijo que sí. Entonces le pidió que fuera a buscar una lupa y, durante su ausencia, cambió su rosal por otro. Haru siguió diciendo lo mismo, pero de ese otro rosal. La maestra le contó lo que había hecho y dijo: Ante lo que es propio, manda el deseo, de modo que la mirada no ve; inventa. Solo veréis la realidad cuando nada consideréis vuestro, cuando con nada os identifiquéis. Y solo cuando veáis la realidad podréis tirar

con arco.

¿Cuál es la realidad, ahora mismo? ¿Con qué me identifico? Haru no puede ver que considera propios la razón y el éxito. Que considera impropia la limosna. Ha abandonado la disciplina y decide con las emociones.

Y germina la semilla que plantó Kimitake sin darse cuenta: la idea de que al otro lado del río, en el barrio negro, Fuyuku regenta un negocio próspero de calzado. No será vencida por el fracaso ni paralizada por el infortunio. Ella tiene recursos y no piensa claudicar.

No le resulta difícil encontrar el establecimiento de Fuyuku. Está cerca del puente que une las dos orillas y en los carteles luminosos, que se ven desde lejos, aparece su nombre dibujado con bombillas de cien vatios. Es un espacio de tantos tatamis que no es capaz de calcularlo. Tiene más de una planta. En cuanto entra, ve a Itachi vestido con ropa brillante que ofrece información a los clientes y da órdenes a los empleados. El local parece un hormiguero. No solo hay zapatos. Una música estridente suena a un volumen exagerado. Hay toda clase de productos fabricados en piel. Y con materiales sintéticos. Bolsos, cinturones, ropa. Arcos para adornar paredes.

Haru traga saliva y se acerca a Itachi.

—Dígame de qué manera puedo ayudarla —le dice y, entretanto, la reconoce—. ¡Haru! —Acto seguido habla a un pequeño micrófono que lleva en la solapa—: Baja cuando puedas, te llevarás una buena sorpresa. —Itachi ha tenido tiempo de pensar que Haru, hasta cierto punto, les debe la vida. ¿Quién puede asegurar que no se habría quedado para siempre en aquel pozo profundo si ellos no la hubieran encontrado? Le sonríe, la hace pasar al fondo del establecimiento, donde tiene la oficina—. Pasa, pasa —dice cuando ya están los dos adentro—. Siéntate, ahora vendrá Fuyuku. No se lo va a creer, no, no —niega con la cabeza y se acompaña de la tos seca y corta de siempre. Haru piensa que parece más alto y, sin duda, ha adelgazado—. Kimitake nos comentó que corrías por la ciudad, sí, sí —y asiente con la cabeza y vuelve a toser—, vino una última vez, antes de irse definitivamente. Nos dijo que os habíais encontrado y que trabajabas con un zapatero. Sí, sí. No le dimos trabajo, no, no —y niega con la cabeza y tose—, es muy flojo, llevaba un rickshaw, Fuyuku nunca lo ha tenido en buen concepto, y este es un negocio serio, demasiado grande para gente blanda como él —se interrumpe ante la aparición enérgica de Fuyuku.

Fuyuku es ahora un hombre gordo, inmenso; calvo, con gafas.

Un viejo, diría Haru si no fuera porque sabe con seguridad que tiene un año o dos más que ella. ¿Veintinueve? ¿Treinta? Le queda claro que no observa el código samurái, en absoluto. Si alguna vez siguió las siete virtudes del bushido, no queda ni rastro. Recuerda la frase de Sho: La esencia acaba por encontrar la manera de revelarse; es como los arrepentimientos de los pintores: nunca desaparecen y los días, los años o los siglos hacen posible que, por fin, vea la luz el original. Va vestido con un kimono negro de seda; los acabados están hechos con hilos de oro que dejan escapar un centelleo según cómo les dé la luz. Cuánta seda debe de ser necesaria para tapar un cuerpo como ese, piensa Haru.

—¿Vienes a pagar tu deuda con nosotros? —es lo primero que le dice; ha recordado lo mismo que Itachi.

Haru tarda unos segundos en reaccionar:

—Vengo a buscar venganza. Vengo a vender conocimientos. —Está lejos de darse cuenta de que lo que acaba de decir es una incongruencia, que los conocimientos no pueden venderse, si se tienen, y no se pueden comprar aunque se esté dispuesto a adquirirlos.

Algunos de los secretos que le ha enseñado Tame tienen precio. De eso sí es consciente.

—Hablemos. —Fuyuku se sienta en un banco frente a ella; es incapaz de sentarse en el suelo. La barriga le llega a las rodillas. Con un gesto echa a Itachi, que sale y cierra la puerta. Cuando vuelva con el té de bienvenida, Haru y Fuyuku habrán cerrado un trato.

O C H O

Haru acaba el trabajo con éxito. Ha pasado unos meses en los talleres de Fuyuku y ha mostrado a los trabajadores algunos de los conocimientos milenarios que practicó al lado de Tame. Ha observado, al mismo tiempo, la manera de hacer de los comerciantes: utilizan material de calidad inadecuada, arreglan con defectos el calzado para que el cliente tenga que volver al cabo de poco, ahorran, recortan, disminuyen.

Roban, Haru. Estafan, Haru. Mienten, Haru. ¿Por qué quieres llamar por otro nombre a lo que hacen aquí? Tú también has robado, estafado y mentido. Y te pagan por haberlo hecho, Haru. Cobras. Tu venganza en moneda de cambio.

Cuando entra a la oficina, Itachi ya está contando el dinero. Han establecido un sueldo equivalente al que el maestro zapatero le habría pagado por el trabajo de años.

—Aquí tienes. —Le alarga un sobre verde, de tela, con el símbolo de la casa bordado en rojo—. Cuéntalo.

—No hace falta. —Haru sigue de pie, cerca de la puerta.

—Nosotros preferimos que lo cuentes —dice Itachi en plural, aunque está solo. Le hace un gesto para que se acerque. Le entrega el sobre.

Haru se arrodilla ante la mesa, saca el dinero y empieza a contar, pero enseguida olvida los números y la invaden imágenes de Tame, el día en que la recogió de los toldos, cuando le sonrió porque montó una suela en la parte equivocada de un zapato, cuando le enseñó a hacer el té, su cabeza concentrada en el trabajo, el día en que le regaló los zapatos al hombre que por orgullo no quería pedirlos, cuando le curó el dedo pinchado. Imágenes. Tantas como billetes. Y más. Muchas más. Se acaba el dinero pero las imágenes siguen y Haru no se levanta, tiene los ojos fijos en el sobre y la mirada mucho más allá, en un lugar al que nunca antes ha llegado.

Itachi, que tiene trabajo, respeta pocos segundos aquella quietud y luego la interrumpe:

—¿Es correcto?

Haru piensa que no, que no es correcto, pero dice:

—Sí, sí, estamos de acuerdo.

—No esperes, Fuyuku está reunido con unos constructores. Hemos hecho un negocio redondo. Pronto abriremos una cadena de zapaterías en el barrio en el que vivías antes. Espero que ya no vivas allí. Utilizaremos el sistema de trabajo que nos has enseñado. Hacerlo aquí sería ridículo, pero no es absurdo aplicarlo en una escala modesta. Si estás de suerte, te ofreceremos que te encargues de uno de los establecimientos. Hay que renovar toda aquella zona.

Hacerse cargo de una zapatería. ¿No es lo que ha querido? Ha tomado un atajo, pero el resultado es el mismo.

Vuelve a pasar al otro lado del río; ahora tiene dinero. Compra un saco de sal y una pieza de cuero como la que estropeó. Se acerca a la zapatería del maestro y mira a través de los cristales, empañados por el polvo que ha acumulado el tiempo. Lo ve allí, concentrado en su trabajo. Da pequeños golpes de martillo. No hace ni ruido. O el ruido que hace se adapta al del mundo de un modo perfecto. Los movimientos se suceden con un ritmo regular que casi la hipnotiza. Por fin, una mujer que entra a la zapatería la despierta de su ensueño. Observa. Tame le entrega los zapatos. La mujer sonríe. Se los prueba. Hace un gesto de alegría. Paga. El maestro se levanta para acompañarla hasta la puerta. Haru se da cuenta de que camina con dificultad. ¿Qué le ocurre? Cuando sale de detrás del mostrador ve que el maestro lleva las sandalias que ella le hizo. Las heridas están a la vista. Un escalofrío la recorre de arriba abajo. En cuanto la señora abandona el local, Haru entra. Él no se vuelve. La adivina.

—Así que estás aquí.

Haru se arrodilla en silencio. Llora.

—Esas lágrimas no son por mis pies, que te habrían importado antes, si te importaran. ¿Qué habrás hecho, Haru? ¿Con qué debes de haber cargado tu alma? ¿Qué llevas ahí?

—Maestro, la sal y la pieza de cuero que estropeé.

—La sal no me sirve toda de golpe, Haru. Necesito un saquito cada día. Y el baño de agua tibia. Y la pieza de cuero no puedo aceptarla, porque es robada.

Haru se pone de pie. Se siente insultada.

—¡La he comprado, maestro! La he pagado y bien pagada, sin regatear.

—Haru, se necesitan muchos meses de ahorro para comprar una pieza como esta. No puedes haber ganado tanto. No de una manera honesta. Si el dinero con que la has comprado es robado, la pieza es

también robada.

—El dinero lo he ganado, no lo he robado. Me lo han pagado.

—Entonces lo han robado quienes te han pagado. Nadie puede ganar con honestidad dinero suficiente como para comprar esta pieza en tan poco tiempo. Llévatelo. Todo. Ya te dije lo que tenías que hacer: pedir limosna cada día y obtener lo suficiente como para comprar un saquito de sal y reparar el daño que ocasionaste. Es muy sencillo. Las cosas buenas son siempre sencillas.

Haru se enciende. El corazón le va muy deprisa y le falta el aire.

—Muy bien, maestro, tú lo has querido. —Coge el saco de sal, la pieza de cuero y, cuando está a punto de irse, el maestro le pide que se lleve las cosas que se ha dejado en la habitación.

—Tienes el arco y las flechas, Haru. Una kyudojin no debería irse sin pensarlo.

Haru calcula el precio del arco, no el valor, y dice:

—Tienes razón, es mío. —Entra en la trastienda que le servía de dormitorio y recoge sus pocas pertenencias.

Antes de que cruce la puerta, el maestro le dice:

—Haru, la diana no está en la punta de la flecha.

Y cuando ya está en la calle, añade:

—Cada día una vida.

N U E V E

No habría querido volver a hacer tratos con Fuyuku. Pero lo visita. Quiere estar segura de que la harán encargada de una de las zapaterías de la nueva cadena.

Ya está oscuro cuando llega al barrio negro. Itachi está en la calle: despide clientes con una sonrisa fija. La ve de lejos y la saluda: levanta el brazo con la mano bien abierta. Espera que llegue a su lado.

—Ya estás aquí —le dice—. Pensaba que tardarías unos cuantos días más. Eres lista, Haru, eres una mujer lista que sabe lo que le conviene y con quién.

Entran en la oficina. Mientras llega Fuyuku, Itachi le explica lo que él llama la jugada:

—Los constructores han conseguido crear una situación perfecta: primero han adquirido gran parte de los inmuebles de la zona, después han subido el alquiler de los locales y de las viviendas; y a continuación, han puesto precios que nadie puede pagar. La gente abandona los edificios. Los especuladores ponen carteles que anuncian la venta: como están muy deteriorados, los nuevos propietarios tienen que contratar los servicios de constructores para que realicen las reformas pertinentes. Y todos contentos. Todos nos llevamos nuestro trozo de queso porque, además, están implicados los banqueros, que también quieren su parte, y la tendrán porque la mayoría de los inversores necesitará un préstamo para salir adelante. ¿Ves la jugada?

Haru no sabe si la ve o no. Quiere una zapatería propia. Quiere llegar a un acuerdo, que es lo que le ofrece Fuyuku en cuanto aparece:

—Para comprar nuestra licencia necesitas dinero.

¿Licencia?

—Tengo todavía lo que me pagasteis el otro día.

—No basta —ríe Fuyuku mientras enciende una pipa de opio. El característico olor amargo y picante llega a la nariz de Haru, que la frunce en vano para protegerse—. ¿Te molesta? —pregunta Fuyuku, y añade—: Ya te acostumbrarás. —Hace una pausa, exhala el humo;

se sienta en el mismo banco de la otra vez—. Si no tienes dinero, tendrás que conseguirlo. Nosotros queremos socios solventes, ¿verdad, Itachi? ¿O crees que vamos a dejar en manos de cualquiera nuestras propiedades, nuestros negocios? Esto no es uno de esos juegos que nos obligaban a hacer en el dojo, Haru. Esto es la vida real, dura, difícil. Es una guerra y solo salimos adelante los guerreros.

Haru quiere preguntar, ¿qué es un guerrero?, pero dice:

—Tengo el arco. —Se lo muestra.

—Tiene el arco —dice con sarcasmo Fuyuku a Itachi—. Aunque vendas el arco quedarás en deuda, Haru. Tendrás que trabajar los dos primeros años a cambio de techo y de comida. Si trabajas sin desmayo, podrás devolver el préstamo que nos veremos obligados a hacerte ahora para abrir el negocio.

Haru está en silencio.

—Cuando pasen los dos años, y si has saldado tus obligaciones con nosotros —prosigue Fuyuku—, tendrás que pagar el alquiler que estipularemos llegado el caso. —Sin esperar respuesta, hace un gesto a Itachi para que le dé los contratos que firmar.

Haru no se resiste. Incluso acepta fumar de la pipa que le tiende Fuyuku.

—Los tratos importantes no deben cerrarse sin celebrarlo —asegura Fuyuku, y le pide que lo siga. Levanta del banco su peso con tal esfuerzo que la cara le queda cubierta de sudor. Suben, seguidos de Itachi, a la planta superior. Allí es donde viven. Los espera un sirviente con la reverencia puesta. Fuyuku ordena que les den de cenar y que los acompañen con música. En algún momento de la noche, Haru pierde por segunda vez la consciencia; la primera, queda claro, ha sido cuando ha decidido firmar el contrato.

Cuando no hay límite, no hay límites, y la noche lo demuestra sin ambages.

D I E Z

Cuando no hay límite, no hay límites.

Rápida como Fuyuku, o más, Haru avanza los pasos oportunos, mueve las fichas adecuadas y, al cabo de cinco años, ha conseguido no solo pagar la deuda sino abrir una cadena propia de pequeñas zapaterías, estratégicamente situadas en el barrio, que aportan un beneficio de un tanto por ciento casi incalculable. Las ha distribuido de manera que nunca tenga que pasar por delante del establecimiento de Tame, uno de los pocos zapateros de la zona que no ha cedido a la fuerza ni al empuje de los constructores. No molesta; sigue con su filosofía antigua sin darse cuenta de que los tiempos han cambiado; así es como ella lo ve. Ella, que ha amasado una fortuna y se ha convertido en una de las empresarias más notables de la ciudad. Le hacen entrevistas en los diarios, la invitan a su mesa los políticos más destacados, da algunas conferencias en universidades privadas. Y su expansión no ha tocado techo. En absoluto. Haru piensa en otras ciudades, incluso en otros países. Asociada con Fuyuku, de igual a igual, nada puede detenerlos. Pasan muchas horas juntos, siempre hablando de negocios mientras fuman el opio más puro.

Hoy los interrumpen. Una muchacha muy joven, de indumentaria humilde y ademán tímido, se presenta en casa de Haru. Ha conseguido que los criados la hagan pasar. Tiene que hablar con ella. En persona. No ha querido dar de ninguna otra forma el mensaje que lleva.

Se inclina ante Haru, que observa con placer la belleza de su cuerpo, la armonía de sus movimientos.

—Me envía el maestro zapatero.

Haru mira con una sonrisa a Fuyuku: el viejo debe de haber decidido vender el local; ya era hora. Se levanta Haru de los cojines en que está entre sentada y tumbada y se acerca a la joven. Le acaricia la cara. La seda roja del kimono de Haru, con acabados plateados, contrasta con la ropa sencilla de algodón azul que lleva la muchacha. ¿Será la nueva ayudante de Tame? ¿Procederá del dojo?

—¿Vienes del dojo? —quiere saber.

La muchacha no contesta.

—Bueno, me da lo mismo. ¿Por qué no ha venido él? ¿No es capaz de vencer el orgullo, ahora que se ve obligado a claudicar?

La chica hace una nueva reverencia:

—El maestro zapatero está cerca de la muerte y pide que vayas a verlo.

—¡Cómo no va a estar perdiendo la vida, el viejo obcecado! ¿Quién cree que se puede vivir para siempre de una manera tan frugal? —Haru grita, se pone roja, niega con la cabeza—. ¿Y el zapatero supone que yo tengo tiempo que perder? ¿Piensa que puedo ir de visita a casa de los enfermos a darles la mano y preguntarles cómo se encuentran? ¿O acaso quiere dinero? ¿Eh? ¡Dime! ¿Quiere dinero?

La muchacha parece estar a punto de llorar:

—No, el maestro no necesita dinero.

—¡No lo llames maestro! Es un triste zapatero. Un zapatero y nada más. —Haru se lleva la mano al pecho. El corazón le late a una velocidad desconocida. Le falta el aire.

Interviene Fuyuku:

—O sea que un hombre que hace años te envió a pedir limosna, porque no le llegaba con el trabajo que hacía, ahora exige tu presencia. Podrías enviarle un poco de opio, Haru. Seguro que es eso lo que quiere. Consuelo.

Sí, opio, buena idea. Haru pide a un criado que prepare una bolsita.

La chica espera con la cabeza gacha. ¿Sigue instrucciones de Tame o ha decidido por sí misma? Ese detalle no lo conocemos. Espera hasta que Haru le da el opio.

—Ya le puedes contar a Tame lo que has visto. Dile que he triunfado, que tengo una casa lujosa y trece zapaterías, y que la más pequeña es cuatro veces la suya. Que tengo una cama de verdad, y cuatro paredes donde las necesito. Que diseño yo misma los zapatos y que nadie se queja del resultado. Mira, ¿sabes qué? Que te voy a regalar unos ahora mismo, para que los cambies por esas suelas de cuero inútiles que llevas.

La chica niega con la cabeza.

—¿Por qué no? —pregunta Haru alterada, molesta.

—Un regalo es una deuda, detrás de cada regalo hay una intención, lo que importa es proporcionar lo necesario cuando hace falta y a quien le hace falta, el exceso no es el camino, suficiente es suficiente —recita la muchacha con los ojos cerrados, como si

supiera de memoria aquellas palabras.

—O sea que sí vienes del dojo —le dice Haru como si fuera una acusación—. ¿Oyes, Fuyuku? ¡Del dojo! Y ahora viene aquí, a darnos lecciones. —La mira a los ojos—: No tienes ni idea de lo que es la vida; ni idea. Ni idea de hasta qué punto es necesario adaptarse, fortalecerse, tragar. ¡No tienes ni idea! ¿Qué te has creído?

La chica hace una reverencia más antes de retirarse. Uno de los criados la acompaña hasta la puerta. La muchacha deja la bolsita de opio dentro de uno de los muchos jarrones de porcelana que hay en el pasillo de salida. El maestro no aceptaría recibirlo. Se lleva el saquito de sal que le ha dado Tame con la siguiente indicación: Si te dice que vendrá, dáselo; si te dice que no vendrá, tráelo de nuevo a casa.

*

Tres semanas más tarde, entrada la noche, se presenta de nuevo la misma muchacha. Y de nuevo pide ser recibida por Haru, quien, en aquellos momentos, hace los números de final de mes. Lleva el cabello recogido en una cola desordenada y en la mesa baja en que trabaja hay como mínimo cuatro botellas de sake vacías. La sala tiene el aroma desagradable e inconfundible del opio.

—Demasiado dinero que contar —le dice cuando la ve entrar—. ¿Qué pasa ahora? Si el zapatero no quiere vender la zapatería, no te envía para pedirme dinero y ya sabe que no iré a verlo, dime, ¿qué quiere? —Aparta los papeles y sirve licor en dos tazas—. Coge una —ordena, pero la chica hace caso omiso; habla:

—Vengo yo por decisión propia, hoy.

—Ah, muy bien, has aprendido a tener iniciativa. ¿Quieres que te felicite? ¿Te doy un beso largo y dulce? ¿Un masaje en los pies? ¿Quieres pasar la noche conmigo? ¿Qué buscas?

—El maestro zapatero ha muerto. —La muchacha da la noticia de tal manera que cae en la sala como un bloque de piedra gigante: hace ruido e incluso parece que haya eco.

Haru se sobrepone de inmediato:

—¿Y yo qué puedo hacer?

—¿Quizás quieres venir a despedirlo?

—¿No te quedó claro, el otro día, que soy una mujer sin tiempo?

La joven le responde:

—Una pregunta bien hecha lleva la respuesta en la espalda de la misma forma que un caracol lleva su caparazón.

—Oh, ya basta de sabiduría inútil. Con estos grandes conocimientos no se puede vivir, ya te darás cuenta. ¿Y ahora qué? ¿Te quedas tú a cargo de la zapatería? —Haru se levanta con dificultad; se tambalea; ha envejecido de un modo desproporcionado—. Cuando quieras vender, avisa. Y si quieres seguir trabajando allí, lo podemos hablar. Me has caído bien.

La muchacha inclina la cabeza, lleva las manos juntas al pecho; se marcha deprisa.

Haru se queda sola en medio de la sala. La luz blanca y fría de la luna entra por la inmensa claraboya que sirve de techo. Ha muerto Tame, piensa. Llama a un criado:

—Pide que hagan llegar a la zapatería de Tame unas flores.

—¿Algunas en especial? —pregunta el sirviente.

Haru niega con la cabeza. No sabe cuáles son las flores preferidas de Tame.

—Las más caras —contesta.

*

Una semana después vuelve a visitarla la misma muchacha, que de nuevo pide darle un mensaje en persona.

—Se está convirtiendo en costumbre, tu visita —sonríe. Está de buen humor. A punto de abrir un nuevo establecimiento.

—Tienes que venir a la zapatería ahora mismo —dice la muchacha.

—¿Tienes alguna razón de más peso que en las ocasiones anteriores?

—Tame te menciona en su testamento y es necesario que recojas lo que te ha dejado.

—¿Testamento? Yo no estoy para perder el tiempo. Si Tame decidió dejar algo, te doy permiso para que te lo quedes tú misma. Yo no necesito nada más, como puedes ver. Y seamos sinceras, ¿crees que el zapatero puede haberme dejado algo de valor?

—No se puede dejar suspendida la voluntad de un muerto. Le impedirías descansar. No puedo dejarte en paz hasta que vengas.

Haru comprende que la muchacha se cree depositaria de una misión que debe llevar a cabo pase lo que pase. Calcula que acabará antes si cede.

Haru camina con ella hasta la zapatería de Tame, que está a pocas calles de allí. Al llegar, Haru necesita sobreponerse a la sensación que la invade, una mezcla de tristeza y arrepentimiento difícil de tolerar. Revisa los rincones donde vivió tanto tiempo.

Reconoce aquel olor de cuero y cola y betún. De madera y de humedad. De té.

—Aquí está todo lo que el maestro quiere que sea para ti.

Haru ve sobre el mostrador un saquito de sal, las sandalias que hizo para Tame, gastadas y manchadas de sangre seca. Al lado, el arco. El arco con que abandonó la escuela, el arco que vendió para pagar a Fuyuku. Y como si en vez de un arco fuese una flecha, y como si aquella flecha saliera del arco más preciso, Haru sintió que se le clavaba justo en medio del pecho, allí donde desde hacía tiempo no tenía diana, y que le abría el agujero necesario para dejar salir todo lo que había tapado, el miedo, el orgullo, la obcecación, la ignorancia. Y que al dejar salir todo el mal dejaba entrar todo el bien, las lágrimas, la pena, el agradecimiento, la añoranza.

Llora Haru sin parar. Llora Haru la tristeza del día y aprovecha para llorar la de toda la vida. Por fin pregunta:

—¿Cómo ha podido comprar mi arco, el maestro, que tenía que ahorrar para adquirir una simple pieza de cuero?

La chica le dice:

—Lo cambió por el suyo.

—¿Su qué? —No entiende Haru.

—Su arco.

—¿Tame tenía un arco? —Y ante el gesto de la muchacha, dice —: Ya lo sé, una pregunta bien hecha lleva la respuesta en la espalda de la misma forma que un caracol lleva su caparazón.

—Hay una nota para ti. —La chica se la da.

Haru lee: La diana no está en la punta de la flecha. Cada día una vida.

O N C E

Cuando no hay límite, no hay límites.

Cuando llega un límite, llega el límite de todo.

Haru hace el equipaje: el arco, las flechas; barras de tinta, papel hecho a mano y algunos pinceles para su padre; un cuenco con que pedir comida; el saquito de sal para aliviar los pies cada atardecer, después del camino.

La muerte de Tame ha sido como si hubiera acercado una vela al interior de un baúl: Haru ha visto el mal irreparable. No hay peor prisión que la de haber elegido el dolor de los otros por comodidad propia. Haru ve la jaula. No puede ir hacia atrás, pero puede ir hacia delante. Puede acompañar a otro viejo al que ha intentado olvidar sin tregua. Un viejo que años atrás, cuando todavía era joven, se quedó tan solo como ella.

¿Es natural cometer errores tan espantosos durante la juventud? El momento en que cae el velo que todo lo tapa no se escoge. No se escoge ni siquiera que caiga. Un velo puede llevarse toda la vida. Uno o más. Tantos como sea necesario para no ver al otro.

Haru visita la zapatería de Tame, encuentra a la muchacha.

—¿Es tuya, ahora, la zapatería?

La joven le dice que está a su cargo hasta que llegue el nuevo maestro zapatero.

—¿De dónde los envían? —quiere saber Haru.

—De todas partes —le dice la muchacha—, de todas partes; basta con que sean maestros.

Haru le regala dos piezas de cuero.

—Te ruego que las aceptes, te lo suplico.

Como si tuviera instrucciones, la joven la mira conmovida y le pide que las deje en su sitio; después le da las gracias:

—Ahora necesito esas piezas; me vendrán bien; el entierro del maestro ha costado los ahorros que teníamos para el año que viene; dar lo que hace falta no es regalar, es proveer; gracias por tu gesto.

Entonces Haru busca, hasta que la encuentra, a la mujer del par de zapatos con piedras preciosas, la madre del ladrón asesino. Se presenta en su casa. En cuanto le abre la puerta ve que es un lugar

oscuro y húmedo. Como una tumba. La mujer vive sola. No le queda nadie. La hace pasar a la sala. Lo único que luce son los zapatos, colocados en un lugar visible e iluminado.

Haru se arrodilla, le coge la mano, se la pone en la cabeza gacha.

—Vengo a pedir perdón —le dice—. Solo usted puede aliviar mi corazón. Solo usted es dueña de un perdón casi imposible de conceder. Yo se lo pido. Perdóneme a mí como a una hija; y a usted como madre de esta hija equivocada que no ha sido agradecida ni justa.

La mujer llora unas lágrimas grandes y blancas como perlas, perlas que habrían podido añadirse a sus zapatos de oro y plata. Llora unas lágrimas que caen al suelo y hacen el ruido que harían si fuesen piedras. La anciana observa las lágrimas de piedra tan atónita como Haru, y entre las dos las recogen, se llenan las manos.

—Llevo tantos años esperando este momento, hija. Tanto tiempo esperando para poder quitarme este peso del corazón. No es bueno que en el mundo haya un corazón que pesa tanto. Todo se desequilibra. Sabes que para perdonarte a ti, tengo que perdonarme yo.

—La única manera de perdonarnos es hacerlo en otro.

La mujer dice que sí con la cabeza. Que sí y que sí. El cabello blanco despeinado, las manos temblorosas, los ojos pequeños al fondo de unos círculos de arrugas infinitas. La mujer asiente, besa las manos de Haru después de vaciarlas de piedras y, por fin, dibuja con titubeos una sonrisa de labios finos y secos. Dice:

—Me perdono, sí. Tienes razón. Me perdono para que te perdones. Tú debes vivir tranquila, yo debo morir de la misma manera. La vida y la muerte necesitan paz. Tienes razón. Me perdono.

Coge los zapatos, les arranca las piedras preciosas y, en su lugar, pone las lágrimas.

—¿Quieres una sopa de miso?

Ahora es Haru quien asiente. La mujer prepara la sopa, se sientan las dos a la mesa baja, frente a frente, y comen en silencio. Cada vez que se miran a los ojos, sonríen.

Antes de emprender viaje hacia el lugar en que nació, Haru cede las zapaterías a los antiguos vecinos del barrio, la gente que fue expulsada por las estrategias económicas. Lo que es necesario.

Y empieza a caminar. Un paso tras otro. Cuando lleva tres horas de caminata hace rato que ha dejado la ciudad y el mismo rato que le parece mentira haber pasado allí tantos años. El opio la ha hecho

olvidar más de la mitad y quitar importancia a los que pasó en la zapatería del maestro. Cada uno de los pasos que da desde que ha salido la acerca más a sí misma. ¿Será cierto que cuando nos alejamos de lo que nos resulta confortable nos aproximamos a lo que somos de verdad? Las preguntas de Haru la distraen y la acompañan. Si son buenas, llevarán la respuesta en su interior. Pero para las respuestas no tiene prisa, como tampoco tiene prisa para hacer el camino. El camino consiste en hacerlo, no en acabarlo.

Toca en el bolsillo el mensaje con el que por fin no ha acompañado el dinero que ha enviado a Fuyuku e Itachi. ¿Qué sentido habría tenido decirles que se va? Basta con saldar las deudas. Ha sido excesiva, con los cálculos. Sabe que, en esas circunstancias, suficiente nunca es suficiente.

CUARTA PARTE

U N O

Un jardín, las cinco de la tarde. La mujer de la casa le saca un barreño de agua. Haru echa un poco de sal. Sumerge los pies. El alivio es inmediato. Luego acepta el plato de fruta que le ofrece uno de los tres niños que corren por la casa. Gracias. Recuerda los cuencos que siempre le preparaba la madre. Haru prefiere la fruta fresca recién cortada a cualquier otra cosa.

La mujer se sienta a su lado. Le cuenta que es viuda. Le pregunta de dónde viene. De la ciudad, dice Haru. Y hacia dónde va. A casa de mis padres; de mi padre, solo, ahora ya solo del padre. A la mujer le basta: si llega caminando de la ciudad, puede deducir que lleva más de una semana de viaje, ¿cuánto falta para llegar a su destino?, no se puede calcular; el destino no es un lugar; el destino nunca está a una distancia concreta.

Dos niñas y un niño. Haru calcula que deben de tener entre seis y nueve años. ¿Nos enseñas a tirar con arco? Le preguntan, uno por uno, por separado y al mismo tiempo, tres y cinco y ocho veces, a pesar de que la madre les aconseja que la dejen descansar, que es una viajera, que los viajeros necesitan parar para seguir. Haru se siente animada por el interés de los pequeños.

Al acabar el baño de pies, vacía ella misma el barreño, lejos de las plantas, y se ofrece para enseñar a los niños a manejar el arco.

Cuando lo saca de la funda y puede ver de qué dojo proviene, la mujer dibuja una reverencia con la cabeza.

Haru pide una cuerda y un papel. Los niños se lo proporcionan casi antes de que acabe de decirlo. Ata la soga entre dos árboles, por encima de la cabeza, y en medio coloca la hoja. Se aleja sesenta pasos. Los niños con ella. La postura del cuerpo está en la memoria del cuerpo. No necesita buscarla. Necesita, eso sí, aplacar la emoción. Hace años que no tira. Desde que se fue del dojo. Desde que la expulsaron de un lugar del que no quería irse. Piensa: la ciudad es el primer lugar del que me he marchado por voluntad propia; me echaron de casa; me echaron del dojo. Piensa: ¿quizás para que llegara a ser capaz de irme sola de un lugar cuando fuese necesario? ¿Tienen relación esos hechos?

Tensa la cuerda. Respira. Se le ensanchan las costillas. Sube el pecho. Se le separan los hombros de la cabeza. Sonríe con suavidad. Está llena de aire. No le haría falta nada más nunca más. Cierra los ojos y espera. La flecha abandona la cuerda sin que Haru haga ningún movimiento. Recorre los sesenta pasos con la exactitud de la parábola necesaria para que, al llegar al papel, entre justo por el centro, apuntada hacia el suelo, donde al final del trayecto se clavará formando un ángulo de treinta grados. Abre los ojos. Los niños aplauden y le piden que lo repita. Haru expresa su agradecimiento, el que siente su corazón por la gracia del tiro, y les dice que ningún otro tiro será como aquel, y que es aquel el que debe llenar sus corazones. Piensa en la maestra Kazuko: Nunca tires contra nadie; nunca tires para seducir a nadie; nunca tires para ser más que nadie; nunca tires para demostrarte nada a ti misma; el tiro con arco es un estado que se puede compartir.

La madre de los niños se acerca. Coge la flecha de las manos de uno de los hijos, que la ha recogido, y le dice a Haru:

—Maestra, sería un honor si quieres quedarte a descansar unos días en nuestra casa.

Haru contesta:

—No soy maestra. Soy discípula. Gracias por el ofrecimiento, pero debo seguir el camino.

La mujer le prepara algo de comer. Los niños le hacen el dibujo de una arquera que apunta al sol, la flecha convertida en llama. La despiden desde la puerta. Haru comienza a andar. Unos cuantos pasos más allá se vuelve para ver la casa, el jardín, el huerto: los cuatro están allí todavía; la madre inclina la cabeza, para saludarla, y los niños agitan las manos, saltan, chillan. Durante un instante difícil de percibir por su carácter efímero, Haru siente ganas de volver. Entonces respira.

D O S

No necesita nada. Camina durante el día, come lo que le ofrecen, duerme bajo los árboles. Observa. De vez en cuando siente un golpe de impaciencia: ahora que ha decidido volver al pueblo, quiere encontrar vivo al padre. ¿Qué hará? ¿Tendrá todavía tantos alumnos? ¿Habrá dado clases a Yasunari?

Irá a la tumba de la madre. Le llevará el incienso que más le gustaba. Haru proyecta e imagina la mirada de la madre sobre ella. Y la escucha. Hija, ya era hora de que visitaras a tu padre; él no es quien tomó la decisión de enviarte al dojo. Fui yo quien insistió para que así fuera. Yo, ¿me entiendes? No quería que repitieses la vida que las mujeres tenemos en los pueblos, casarse, tener hijos, obedecer, callar, trabajar tanto o más que ellos pero sin el mismo mérito. No he sido feliz, Haru. Y me alegra haber muerto, porque volveré en el cuerpo de una mujer libre, capaz de elegir su vida desde el principio; una mujer que no esté atada a nada por la tradición, la familia, la religión o la patria.

Haru no se ha casado, no tiene hijos. Hace su camino: lo inaugura. En soledad. Es ella quien se equivoca, ella quien acierta.

Desde lejos ve un dojo. Se acerca. Es como llegar a casa. Entra primero al templo que hay al lado. Le gusta la oscuridad del interior. El crujir de la madera, el olor húmedo que llega desde el jardín que lo rodea. El sonido de las aves que lo sobrevuelan. El incienso que quema. Las velas proyectan sombras que se mueven al ritmo de la brisa llegada por entre los listones de madera de las paredes. Haru se sienta, hace una reverencia, da las gracias. Se dispone a meditar, pero nota una presencia detrás de ella, en la entrada del espacio.

—Bienvenida —le dice una voz de mujer. Con un gesto le indica que no se levante. Haru la ve a contraluz, pero en cuanto llega a su lado descubre que se trata de una mujer aún joven, quizás dos o tres años mayor que ella. Queda impresionada por su armonía. ¿Es belleza, lo que contempla? La mujer añade—: Me llamo Kokuro.

—Me llamo Haru.

Haru cuenta a Kokuro el motivo del viaje. Le dice a dónde se

dirige, pero no de dónde parte. Kokuro ve el arco; le anuncia que tendrán una jornada de exhibición de puertas abiertas al día siguiente, que sería un honor y una suerte disfrutar de su participación. Haru debe aceptar: es un modo de agradecer la hospitalidad.

Kokuro la acompaña a una habitación. Haru se siente contenta sin saber el porqué. Es la energía del dojo, piensa.

—Cenamos dentro de una hora —le dice Kokuro.

Haru sonríe. Tiene hambre. Pero antes necesita una ducha. Se va a las dependencias donde están los baños. Se desnuda. El agua le resbala por la piel. El jabón, de té verde, le procura una sensación de bienestar que hacía días que no tenía. Desde que salió de su casa. Una casa que no echa de menos. Ni la vida que hacía en ella. Le parece extraño haber tenido criados, haber consumido opio. Haber dado lugar al dinero o a la compañía de Fuyuku e Itachi. Solo echa de menos los baños. Pero como dice la maestra Kazuko, el pasado no se puede tener presente.

A la hora de cenar, Haru conoce a los otros dos maestros y a los diez alumnos que en aquellos momentos viven en el dojo. Comen todos en silencio. Por fin, Kokuro dice:

—Mañana por la mañana abriremos puertas. Recordad que esta noche debéis concentraros en vuestra intervención.

En el dojo practican el Kenjutsu, de manera que presentarán una demostración del uso del sable. Solo Haru utilizará el arco.

Una vez retirados todos a sus habitaciones, Kokuro invita a Haru a conocer los jardines de la escuela. Caminan poco a poco. Todavía no es noche cerrada pero ya están encendidos los faroles de papel de arroz que iluminan sus pasos. Los árboles parecen una presencia fantasmagórica, y más que ramas y corteza da la sensación de que tengan brazos y rostros. De vez en cuando asoma la cabeza algún búho.

—¿Qué le preguntarías a un búho, si pudiera contestarte ahora mismo? —propone Haru.

Kokuro la mira entre asombrada y divertida:

—¿Las razones por las que el camino te ha traído hasta aquí? Hay tres o cuatro itinerarios distintos, para llegar a tu pueblo. Y diría que este es el más largo. ¿Y tú?

—Yo, cuál sería la pregunta que debería hacerle.

—¿Qué es, en tu opinión, lo que más desconoces? —pregunta Kokuro. Se ha agachado a coger una hoja de color dorado. La huele. Se acaricia con ella los labios.

—El amor. Lo que más desconozco es el amor. ¿Y tú? —Haru

recuerda piernas, manos, bocas, ojos, pies, espaldas; lenguas; ningún sentimiento. Cuerpos de carne.

—Debería preguntárselo al búho —esquiva Kokuro; piensa un instante y propone—: Mañana podríamos combinar nuestras artes, Haru. Hay una práctica que pocas veces se consigue. Se trata de que el sable incida en la flecha, o de que la flecha se apoye en el sable, durante la trayectoria, para que llegue al blanco.

—Una combinación de respeto y confianza —comenta Haru—. ¿No son los elementos de los que está hecho el amor?

—Pensaba que decías que no sabías nada del amor.

—El amor es un conocimiento que cae en vertical. Ahora y aquí.

—¿Ahora? —pregunta Kokuro.

—Y aquí —responde Haru.

Al día siguiente, el sable de Kokuro toca la flecha de Haru en el momento preciso. La flecha de Haru se apoya en el sable de Kokuro en el momento preciso. Segundos después, la flecha da en el blanco.

Cuando se despiden, Haru asegura que el búho tenía razón. Kokuro le recuerda que no le preguntaron nada. Haru dice, si revisas nuestra conversación sabrás que el búho oyó nuestras preguntas con sus oídos pero que contestó con nuestras voces.

—¿Volveremos a vernos?

—Cuando viaje de regreso a mi dojo, pasaré por aquí. —Haru no sabe decir si transcurrirán días, meses o años.

—De los tres o cuatro itinerarios, seguirá siendo el más largo.

—Pero entonces ya sabré cuál es la pregunta que debo hacerle al búho que vive en tu jardín.

T R E S

Ya no está tan lejos. Mira la montaña que tiene enfrente. Es la última que debe cruzar. Después, casi habrá llegado. Se ha sentado un momento bajo un árbol para descansar. Come lo que le han dado unas horas antes, de madrugada. Un pastor que regresaba a casa seguido de un pequeño rebaño de cabras le ha ofrecido un poco de arroz y un par de dulces. Haru ha agradecido el presente, se lo ha guardado en la bolsa y, antes de seguir adelante, ha preguntado, ¿hay buen camino, por fuera de aquel bosque más abajo? Y el pastor le ha dicho, es mucho más largo si lo rodeas que si lo atraviesas; pero ve con cuidado porque está lleno de arañas y de sus telas.

Cuanto más se acerca a la casa del padre más ganas tiene de volver atrás y más ganas también de llegar. ¿Cómo es posible que dos sentimientos tan opuestos sean reales al mismo tiempo y con la misma intensidad? Le acude a la mente la respuesta de Mitsu a aquella misma pregunta, tanto tiempo atrás, el sol y la luna conviven en el firmamento, Haru. Cuando impera el primero es de noche, cuando impera la segunda es de día. Pero en el mundo es de día y de noche a la vez.

En su corazón es de día y de noche, pero sus pies parecen seguir la fuerza que lleva hacia delante. ¿Lo hace porque quiere o porque es la única manera de volver después al dojo? ¿Es un deber o una elección? Sea como sea es una elección, decide.

Siempre le ha resultado difícil pensar de una manera amable en el padre. Ahora que conoce la importancia del estudio, de la disciplina y de la fe, lo ve con otros ojos. Recuerda cuando le enseñó a plantar verduras en el huerto y flores en el jardín. Las explicaciones a las que ella no deseaba atender y que, sin embargo, conseguía transmitirle. Las tardes que salía a pasear con él y casi no le dirigía la palabra; le decía, observa, respira, aprende; nada más. Los días en que le permitía quedarse junto a él, durante la redacción de cartas para la gente del pueblo que lo visitaba y aprovechaba el dictado de la misiva para pedirle consejo. Su mirada inteligente, proyectada hacia el más allá, mientras elaboraba la tinta o limpiaba

los pinceles. Los celos que sentía de los alumnos que lo rodeaban y a los que trataba de la misma manera rígida pero respetuosa que a ella. Su padre no sabía relacionarse con la infancia o quizás debería decir que trataba a los niños como al resto de seres vivos del mundo. Nunca lo vio alterado, ni de alegría ni de tristeza. Ni siquiera cuando enterraron a la madre. La sentó frente a un plato de fruta y le dijo, Haru, la muerte es difícil de entender. Hay tres tejedoras de nuestras vidas; la primera se encarga de elegir los hilos de la existencia para que cada cual tenga la suya, la segunda los tensa en el telar y la tercera los corta, cuando el tejido está terminado. Entonces Haru preguntó, ¿y cómo se sabe cuándo está acabado el tejido?; quizás se han equivocado y el que había que cortar era el tuyo. Haru sabe que odió al padre porque el muerto no fuese él. Si las tejedoras tenían que llevarse a alguien, ¿por qué no a Osamu? Y el padre le dijo, si pudiera ser una equivocación, ahora mismo les escribiría la mejor de mis cartas para demostrarlo. Después comieron la fruta, entre los dos, como antes hacían los tres juntos. Haru miraba la ausencia de la madre y suspiraba. Tenía ganas de comentar con ella lo buena que estaba la sandía; de hacer figuras con las semillas; pero se quedó en silencio, como él; un silencio que apretaba como si se tratara de paredes altas y gruesas y oscuras que no dejaban pasar ni el aire ni la luz.

Haru recuerda un padre fuerte todavía. Hace veinte años que no lo ve. Estará muy mayor. Ella siempre tuvo padres mayores, porque su llegada fue tardía. La madre no quería hijos. Las mujeres tienen hijos para justificar sus matrimonios, Haru; y resulta que se casan para tener hijos; ¿ves lo absurdo de la situación? Tú tienes que ser una mujer libre, hija. La libertad solo te la puede dar el conocimiento. Estudia hasta que tengas la sensación de que no sabes nada. Hasta que tengas la convicción de que no sabes nada.

Ahora le gustaría hablar con la madre. De pronto piensa que le gustaría que fuese ella quien la esperase en casa. No habría pasado veinte años sin verla. No se habría ido de allí. ¿No se habría ido? Entonces Haru ve con claridad que la alternativa que se plantea habría sido una prisión: puede entender que solo cortando los hilos de la madre podían comenzar a tejerse los de ella.

¿Es la vida un camino hacia la reconciliación? ¿Es eso lo que sabe su padre? ¿Que todo tiene un sentido? ¿Es esa su fe? ¿Es por ese motivo que la madre no lamentó tener que morir? ¿Era capaz de entender el paso necesario? ¿Es verdad que tenemos que morir antes de morir para saber que la muerte no existe?

Su padre no la espera. No sabe que en pocos días llegará a la

casa. ¿Cuántas veces lo habrá imaginado? ¿Cuántas veces, al oír un ruido en el camino, habrá levantado la cabeza pensando que tal vez era ella? ¿Lo habrá deseado?

¿Qué le dirá, cuando la vea? ¿Qué le dirá ella a él?

Haru no sabe cuánto tiempo se quedará con el padre. Kazuko le diría, el tiempo solo existe cuando hay sufrimiento.

Acaba de tropezar con una telaraña gigante que hay entre dos árboles inmensos del bosque que está cruzando. Ha preferido pasar por en medio que rodearlo por el camino de tierra. Se sacude la ropa y en las manos le quedan pegados los hilos tejidos por una araña que no se ve. Recuerda la advertencia del pastor. Mira con atención a su alrededor y descubre una infinidad de arañas de todas las medidas, ocupadas arriba y abajo con sus tapices transparentes destinados a atrapar todo tipo de insectos. Telarañas con forma de embudo, de hoja, de espiral. Verticales, horizontales o en ángulos intermedios. De repente, Haru sabe que no puede avanzar ni un paso más sin destruir otra de aquellas construcciones inverosímiles. También siente que, si no camina, pronto servirá de columna a alguna de ellas, que se tejerá a su alrededor y la inmovilizará. Mira hacia arriba y ve las copas altísimas de hojas incontables como estrellas. No dejan ver el cielo ni tampoco que pase la luz. Mira el suelo: húmedo, oscuro. Quiere irse y quiere quedarse. Quiere retroceder y quiere avanzar. ¿Cómo es posible que dos sentimientos tan opuestos sean reales al mismo tiempo y con la misma intensidad?

C U A T R O

Tiene frío. Ha pasado tiempo en el bosque. Quizás días. Sin moverse. Y las arañas la han hecho formar parte del paisaje. Tiene telarañas en los cabellos, en las manos, en los pies y en las piernas. Ha estado meditando. Ha vuelto a ver a la mujer de otro tiempo, futuro o pasado, la mujer que escribe sentada a una mesa de madera, rodeada de libros, con un gato negro que le pasa por al lado, y de fondo el sonido de las olas del mar, algunos pájaros, quizás gaviotas, quizás golondrinas, la mujer está atenta y, como la otra vez, vuelve la cabeza y la mira, le dice que el canal sigue abierto.

Tiene frío, ahora que ha abierto los ojos y ve y se ve. Ahora es capaz de contar las hojas de las copas; ahora puede ver el cielo a través de ellas; descubrir el final del bosque y el horizonte que hay detrás; oír cómo corre un río que sin duda le queda al este. Distingue cada movimiento que tiene lugar mientras ella sigue quieta. Solo ha movido los párpados. Ahora tiene que ponerse en pie para seguir camino. Ahora no necesitará destruir ninguna construcción para avanzar. Ahora forma parte de lo que la rodea. Sabe ser telaraña y dejar de serlo. Ahora conoce.

Camina. Cada vez está más cerca del final del bosque. Se desvía un poco de su rumbo para bañarse en el río. Aprendió a nadar, en el dojo. Aprendió tantas cosas. Ahora, haciendo el muerto en el agua, recuerda con compasión a la niña rabiosa que llegó a la escuela dispuesta a desobedecer, a rebelarse, a demostrar que ella no tenía que estar allí. Cómo nos ciega la ira, piensa. Qué injusta es. Y al pasar por la palabra injusticia la cabeza se le va a la zapatería, y a Tame. Endereza el cuerpo y apoya los pies en el fondo. Se queda muy quieta. De repente, a un paso de donde está, un pez sale a la superficie con un salto que le permite permanecer fuera un instante. ¿Qué habrá visto? ¿Cómo debe de pensar que es la tierra, si todo lo que abarca con la vista es lo que puede mirar durante unos segundos? Aquel pez es como las emociones, piensa Haru. Salta, mira y cree que ha visto, que sabe, que tiene elementos suficientes para decidir. La emoción te lleva afuera del río. El sentimiento, al

fondo del agua. La culpa que siente es un pez fuera del agua. Tame la acogió, le enseñó un oficio y sus secretos, la trató con afecto y delicadeza. Confió en ella. Hasta el final. Más allá del final. ¿Por qué? Confiar en alguien que no lo pide es endeudarlo.

Haru nada hacia la orilla. Se da cuenta de que todavía busca argumentos para perdonarse. No los va a encontrar, porque lo que ella querría es no haber actuado como lo hizo, lo que ahora conoce en profundidad es el arrepentimiento, la consciencia espantosa de haber elegido el mal, de haber faltado al conocimiento, de haber huido de la responsabilidad, es decir, de la verdad. Lo que ahora siente es la angustia de haberse dejado llevar por la comodidad, por las circunstancias, por las apariencias, por el poder y la fuerza y el dinero. La angustia de haber vivido fuera del agua, con las emociones, creyendo que podría quedarse para siempre en la superficie, sí, mirando a los otros peces que también hacían equilibrios por no caer de nuevo dentro del agua y ver el fondo.

Se seca un momento al sol, se viste. Es hora de buscar algo para comer. ¿Unas raíces? ¿Algunos frutos? Decide caminar hacia el claro que se ve al acabar el bosque. Quizás viva allí alguien que esté dispuesto a compartir con ella los alimentos.

Al llegar al final de la arboleda ve de lejos una casa. Pintada de rojo y de azul. En el porche hay unas cuantas esculturas de piedra. No duda: va hacia allí. De camino, se cruza con un conejo que ni siquiera se inmuta cuando pasa por su lado. Haru sonríe, recuerda la enseñanza de Mitsu. Es curioso que las cosas que se aprenden hagan efecto tantos años más tarde, piensa Haru, que ha llegado a la casa. Antes de que ponga un pie en los escalones que suben al porche, se abre la puerta. Haru se queda quieta, expectante. Aparece una mujer delgada, alta, de unos cincuenta y cinco o sesenta años, con la cabeza rapada, los ojos pintados y vestida con una túnica de color verde. Descalza. Las dos se saludan con una inclinación. La mujer invita con gestos a Haru para que entre. En tres pasos, Haru está dentro, con la boca abierta. Del techo llegan miles de rayos de colores: hay incrustados una cantidad infinita de vidrios de diferentes tonalidades que, tocados por el sol, proyectan un baile de rojos, anaranjados, lilas, amarillos, azules, blancos. Iluminan un conjunto de esculturas como las que hay en el porche. Mujeres que piensan, mujeres que lloran, que escriben, que pintan, que meditan, que miran, que piden, que amamantan niñas, que se defienden con sable, que tocan el gekkin. Haru solicita permiso para acariciarlas; son tan grandes como ella. La anfitriona asiente. Haru las acaricia, las saluda. Da la sensación de que pueden verla, oírla.

La mujer la hace pasar a la sala contigua. La invita a beber sake. También prepara algo para comer. Se sientan ambas a la mesa baja que hay en el centro de la habitación; en dos de las paredes hay varias ventanas de medidas y estilos distintos. Entra mucha luz. Tanta que es como si los objetos tuvieran más relieve del acostumbrado. Haru da las gracias antes de llevarse la taza a los labios.

Tarda poco rato en darse cuenta de que la mujer no habla. No sabe si es muda o ha hecho un voto de silencio. Un silencio que se contagia, en cualquier caso, porque Haru tampoco dice nada. Come, bebe, sonríe. Señala las esculturas y manifiesta con gestos su admiración. La mujer lo aprecia con una humildad que demuestra que están hechas por ella.

Cerca del bosque, que es un mundo, hay otro mundo igual de poderoso. ¿Cómo es posible haber reproducido la fuerza de la naturaleza? ¿Quién es aquella mujer?

Terminan de comer. La invita a dormir. Haru acepta con un gesto y ella la coge de la mano y la conduce a una tercera sala, en donde hay un futón a la luz de una vela.

Antes de dormirse, Haru se vuelve a preguntar quién es aquella mujer. Hasta que despierta no comprende la poca importancia que tiene el quién o el qué. Ha estado delante de ella sin mirarla, porque lo que ha intentado es descubrirla. ¿Habría tenido algún sentido preguntar quién es el bosque? Para mirar hay que ver.

Sale de la habitación. La mujer esculpe una figura pequeña que representa a una arquera. Está tan abstraída que no la oye llegar. Cuando se siente observada, sin embargo, sigue igual que antes: trabajando. No levanta la cabeza ni la vista hasta que acaba. Haru tampoco se mueve de su lado, como si de alguna manera formase parte de la obra. Se siente fusionada con las manos de la otra, el corazón, los ojos, el aliento de la otra. Los colores de los vidrios que hay en el techo se apagan poco a poco. Oscurece. La arquera está acabada. La mujer la mira como si no la conociera, como si no la hubiese hecho ella; la mira como creación.

Acto seguido, se la ofrece. Es el presente con el que la mujer quiere agradecerle la visita. Después, sale de la casa. Haru la sigue. La mujer empuja una especie de carretilla con ruedas grandes. Camina con pasos largos hacia una colina cercana. Llegan. La mujer aparta unas ramas que tapan la entrada a una cueva. Se adentra en ella. Haru va detrás. La mujer recoge piedras grandes que hay dispersas por el suelo. Es el material con el que trabaja. Haru la ayuda. Y mientras lo hace, por un momento, sueña con la

posibilidad de vivir una vida como aquella, tal vez allí mismo. Una vida de silencios marcados por los golpes del cincel contra la roca, la insistencia de la lima para rebajar aristas, el compás de la respiración.

De regreso a la casa, organizan las piedras por medidas y por tonalidades. La mujer enciende unas velas y la invita a quedarse. Haru accede. Pasará allí la noche.

La mujer saca el tablero y las piezas del shogi. Haru observa que todo está hecho por la escultora y, mientras ella prepara el juego, recuerda cuando, en el dojo, les enseñaban a jugar y ella movía siempre demasiado deprisa, impaciente, y perdía una vez tras otra y decía que era porque no le gustaba. La maestra le contestaba que debía jugar con calma, que tenía que pensar, y le aseguraba que, cuando aprendiese, ganaría; que ganaría incluso cuando perdiese.

Beben sake, juegan y, al cabo de poco más de dos horas, la mujer le ha ganado la partida. Haru, que ha jugado con calma y paciencia, constata que, a pesar de la derrota, ha vencido.

C I N C O

Allá ha aparecido, desdibujado, el pueblo; todavía muy lejos pero ya a la vista desde la cima en que se encuentra. Eso lo cambia todo. No es lo mismo ir que llegar. Es como la distancia que separa el amanecer del ocaso. Una distancia innegociable. Irreconciliable. Respira hondo. Es temprano, pero la luz del sol es lo bastante potente como para deslumbrarla.

Sitúa una diana imaginaria en la otra punta de la explanada. Se prepara para tirar. Un paso atrás, torso fuerte, manos bien colocadas sobre el arco y la cuerda, elevación, separación, equilibrio entre horizontal y vertical. Entra en un estado cercano a la desaparición. Permanece tan quieta como la arquera de piedra que le ha regalado la mujer escultora. Más quieta aún. Entonces se produce la liberación de la flecha y, con ella, la liberación de la kyudoka que mantiene la atención, agudizada después del tiro. La unión con lo que no se puede explicar resulta perfecta.

Haru visualiza la imagen de una gota de lluvia sobre una hoja. Resbala poco a poco, sin voluntad la hoja y sin voluntad la gota, hasta que cae al suelo y se funde para formar barro, mientras la hoja se eleva de nuevo, liberada del peso transparente y líquido del agua.

El misterio de la vida es un grano de arena. Pero ¿cuál? Frente a un desierto, ¿cuál? El misterio de la vida es una gota. Pero ¿cuál? Frente a un lago, un río, un mar, ¿cuál? El misterio de la vida es indiscernible. No se puede separar lo que es misterio de lo que no lo es: el origen de la confusión.

Haru camina hacia donde ha caído la flecha. La recoge. Le repasa los dedos de arriba abajo. Vuelve al lugar en que ha dejado las cosas, las pocas que constituyen su equipaje. Solo es imprescindible el conjunto de objetos que se pueden usar a la vez. Una suma fácil, cuando se aprende a hacerla. Mira la arquera de piedra. Sabe que debe abandonarla. Echa un vistazo a su alrededor. Hay algunos castaños. Se acerca a ellos. Busca una rama baja y ancha. Cuando la localiza, coloca la figura y la apuntala para que no se caiga. Piensa que alguien la encontrará, quizás ella misma

dentro de un tiempo. Se aleja de los árboles. La figura de piedra, como un camaleón, empieza a desaparecer, como la gota que cae en la tierra y se convierte en fango. Le acude a la memoria un relato que le contó Tame, un día mientras esperaban a que se enfriara el té. Un hombre despierta aterido por el frío. Ha soñado lo que no debía soñar. Sale de casa cabizbajo. Arrastra los pies y deja huella. Ha llovido casi toda la noche y la tierra está húmeda. De pronto, tropieza con una piedra y cae. Una mujer que hace el mismo camino lo ayuda a levantarse. Ten, le dice mientras le alarga un puñado de barro, ten, aquí tienes la suerte de tu alma; dale la forma que quieras.

¿Qué forma quiere darle ella a su alma? Cada paso, cada palabra, cada gesto se suma a la escultura que es la existencia.

Inicia el descenso por la falda de la montaña, hacia el valle. Pronto dejará de ver el pueblo, que se vislumbraba a la perfección desde las alturas. Que no lo vea no quiere decir que no esté.

¿Tiene miedo? El miedo es una opinión, Haru. Es hacer un mal uso de la información, de la imaginación, del tiempo. El miedo no existe. Existe la alarma, la atención, el cuidado. El miedo es un instrumento de poder. Contra los demás, contra ti misma. ¿Qué te da miedo? Cuando analizas lo que lo provoca comprendes que se trata de lo que no puedes controlar. Solo puedes dominarte a ti misma. Por eso el miedo no existe: tú estás a tu cargo, tú puedes contigo. El miedo es un dibujo incorrecto, un mapa inútil. Si te dejaras llevar por él te paralizarías y, al paralizarte, empezarías a cometer injusticias. El medio es la fuente de la injusticia, Haru, no puedes olvidarlo.

Ya en el valle, cuando todavía faltan un centenar de kilómetros para llegar a casa del padre, Haru decide hacer una parada. Si antes se detenía para descansar, ahora lo hace para tomar aliento.

Se encuentra en un pueblo hecho de casas de piedra. Todo de un solo color. Tierra y viviendas se confunden. Las mujeres que lo habitan, también. Reina el color de la piedra de la montaña que rodea el lugar.

Haru avanza con lentitud por la única calle de la población. A ambos lados, las veinte o treinta casas que lo constituyen. Afuera, en las puertas, aquí una mujer que amamanta a una hija, allá una mujer que piensa y otra que llora, más allá algunas que escriben, que pintan, que meditan, que miran, que piden, que practican con sable, que tocan el gekkin. Ninguna de ellas habla. El silencio está hecho de los sonidos del instrumento musical, de la brisa que mueve las hojas de la multitud de árboles que rodean el pueblo.

Esas mujeres son las otras, las de la escultora. Los mismos rostros, gestos, actos. Una que cocina, otra que corta leña, una que siembra, otra que cosecha. Sin una sola palabra.

¿Nació la escultora en aquel lugar y se marchó? ¿Fue expulsada?

Haru saluda a las mujeres que encuentra, las manos en el pecho, la sonrisa tranquila de quien se siente a salvo.

¿O es el pueblo obra de la escultora? ¿Es por ello que talló en piedra a la arquera? ¿Para que Haru pudiera llegar hasta allí? ¿Es la voz lo único de lo que no puede o no quiere dotar a su creación? ¿Ser esculpida es la clave para abrir la puerta de aquel sitio?

Y si es obra suya, ¿se hizo también a sí misma, primero, y después, una por una, a todas las otras a su imagen y semejanza?

La paz es fresca, como el agua que le ofrecen, y nutritiva, como la comida que le dan, y alegre, como la música con que la acompañan.

Unas cuantas niñas juegan a la rayuela. Ríen sin parar. Se le acercan por turnos. La miran. Le tocan las manos. Alguna la abraza. Parecen hijas de todas las mujeres al mismo tiempo, hijas incluso suyas, también. Hola, hijas, les diría con la voz, pero se lo dice con los ojos. Quieren ver el arco, las flechas. Les enseña a construirlos. Busca con ellas la madera necesaria, las plumas. La siguen. Las mujeres las observan desde el pueblo, agradecidas. Las acompaña una anciana que se entusiasma tanto como las pequeñas.

Haru se pregunta por qué cada lugar que visita le parece perfecto para quedarse. ¿Porque aquello de lo que huía ha desaparecido? ¿Porque no quiere llegar a su destino? Recuerda la enseñanza de la maestra Kazuko: Nuestro destino no es el que creemos sino más bien lo que se nos cruza en el camino cuando nos desviamos por razones impensadas.

¿Se puede reconocer el destino? ¿Puede diferenciarse de lo que no lo es? ¿Es el punto de llegada o es cada punto del camino? ¿Y si este pueblo es mi destino? ¿Cómo puedo estar segura?

Le parece oír la voz de los maestros: Es muy fácil, Haru, todo depende de si te quedas o te vas. Lo que harás ya está hecho. El tiempo no es más que el orden necesario para nuestras mentes limitadas, que no pueden entender ni la eternidad ni el infinito. Para vivir necesitamos el concepto de sucesión. Pero el círculo no tiene ni antes ni después.

Cuanto más silencio hay afuera, más puede escucharse lo que se lleva dentro. ¿La mujer esculpió a la kyudoka para que llegara el arco al pueblo?

De repente, Haru se pregunta por qué se hace tantas preguntas.

Ríe de la propia paradoja. No necesito saber nada más que lo que observo, piensa.

S E I S

Pasa algunos días en el pueblo de las mujeres esculpidas. Es una de ellas. Así lo siente. A veces tiene ganas de volver atrás para ver a la escultora y pedirle explicaciones. Hacerle preguntas. Conseguir certezas. Otras piensa que aquella mujer no tiene nada que ver. Que quizás, como ella, pasó un día por la población y se inspiró para seguir adelante con su obra, que ya era en piedra, que ya eran mujeres, niñas, actitudes, silencios.

Pero la similitud es inquietante. Hay veces en que las cosas se parecen mucho; hay veces en que demasiado. ¿Quién lo decide?

También desea recuperar la escultura de la arquera. Se pregunta si seguirá apoyada en el tronco del árbol o si la escultora habrá ido a recogerla para tener la colección entera.

Las pequeñas han aprendido a construir un arco, a preparar flechas. Les ha enseñado también a colocarse en posición de tiro. Quizás cuando viaje de vuelta al dojo sabrán tirar al blanco.

Ha ayudado en los trabajos del campo, con los animales. Ha cooperado en la construcción de una nueva casa sin saber quién era la destinataria. Ha habido un momento en que ha pensado que la hacían para ella. ¿Una forma de hospitalidad? Ha llovido, ha soplado el viento. Ha habido noches estrelladas que han pasado al raso y han mirado el cielo oscuro y agujereado como si fuera un juego, como si asomaran la cabeza por las cerraduras infinitas de puertas innumerables. ¿Qué hay detrás del cielo?

Ha sentido la energía que provoca el ayuno de palabras. Es como el otro, como el de los alimentos: un descubrimiento diario. Haru comprende que una es lo que come, sí, pero es también lo que habla. La distancia entre las palabras y los hechos es asombrosa. Excesiva. Las palabras sustituyen trayectos, tiempos, sentimientos. Son comodines. Las intercambiamos. Son mías, son tuyas. Son las mismas y no lo son. Cartas: te tocan algunas, querrías otras. Palabras ganadoras, perdedoras. Proyectiles, recipientes. Tejados, pozos. Pequeñas, inmensas.

Hace días que no habla. Piensa cuál será la primera palabra que dirá. Tiene claro que deberá ser necesaria. Llenar el aire de lo que

hace falta. El sonido del mundo no debería ser sobrante. Solo es imprescindible el conjunto de sonidos que se pueden escuchar al mismo tiempo. Decir modifica la respiración. Puede interrumpirla, puede agitarla, puede dificultarla. ¿Qué tienes que decir, Haru?

Piensa si será capaz de guardar la primera palabra para cuando llegue a casa del padre como se reserva el sorbo de agua para la etapa más complicada de una travesía por el desierto.

Ahora deja atrás el pueblo de las mujeres esculpidas. Se ha resistido a llamarlas mudas. Es verdad que no hablan, pero da la sensación de que es porque no lo necesitan. Parece una decisión. Haru tampoco ha dicho nada.

Coge sus pertenencias de la casa donde ha pasado aquellos días y enfila el camino. El sol le acaricia la cara; lleva los ojos entrecerrados. Las mujeres salen a la puerta para despedirla. Hacen visera con una mano y con la otra saludan. Algunas la acompañan. Las hijas, todas. Saltan a su lado, le entregan unas cuantas flores. Le parece ver alguna lágrima.

Haru tiene la sensación de salir de un sueño, más que de un pueblo. Hay pueblos que son como un sueño, piensa. Sueños que son como un pueblo.

Camina descalza. Quiere notar cada paso en los pies. La temperatura de la tierra, el latido. Se siente ligera. La alegra la idea de la llegada a la casa donde creció. Ya no teme.

¿Es la vida un camino hacia la reconciliación?

S I E T E

Haru lleva horas caminando. Es el atardecer. La luz se ha suavizado tanto que parece provenir de un astro diferente al sol. Ve que se acerca un anciano de cabellos blancos y largos trenzados con una barba blanca y larga, que se mueve de lado a lado con cada paso. Lleva un bastón que lo sobrepasa. Cuando están un poco más cerca Haru ve que no se trata de un bastón sino de la rama de un árbol, acabada en un nudo que recuerda un puño cerrado. El hombre la lleva cogida por la mitad, a la altura del pecho.

—Hola. —Se detiene para saludarla; apoya el bastón en el hombro; se enjuga la mano que lo sostiene contra el kimono oscuro, quizás azul o verde o negro.

Haru también interrumpe la marcha. Hace una pequeña reverencia y contesta. Después, espera. La edad da al anciano el privilegio de decidir.

—A partir de aquí, ten cuidado; el camino se llena de piedras.

Haru observa y ve que también él va descalzo.

—Oh, no te fijes en mis pies. Imagínate qué duros se han vuelto, qué fuertes y qué resistentes, con los años que llevo a la espalda. —Sonríe; no tiene todos los dientes. A pesar de la edad, los labios son gruesos; a pesar de las arrugas, en las mejillas se distinguen dos hoyuelos redondos y profundos—. ¿Quieres? —Le ofrece la bebida que lleva en un recipiente de cuero con forma de mapa—. Es sake.

Haru acepta para no mostrar descortesía. Toma un sorbo pequeño y da las gracias. El hombre bebe un trago largo.

—Solo al atardecer —dice—. Cuando el sol ya no cocina el alcohol que hay en el cuerpo. —Y ríe.

Por la manera como el anciano busca la boca del recipiente para taparlo, Haru se da cuenta de que es ciego. Intenta ayudarlo.

—¿Hasta ahora no te has dado cuenta? Miras mucho y ves poco. Deberías cerrar más a menudo los ojos. —Se ayuda con el bastón para sentarse a un lado del sendero—. Estoy un poco cansado hoy. Llevo horas de camino.

—¿Dónde vives?

—Vivo allí donde llego cada día. Y en el trayecto que hago para

llegar. ¿Y tú?

Haru se queda pensativa. Se sienta junto al anciano. Cierra los ojos un momento.

—Yo igual; no lo había pensado nunca, pero siempre es así. Aunque no te muevas.

El hombre asiente. Se acaricia la barba, que le llega a la cintura. Es una trenza gruesa, limpia, brillante.

—No llevarás un espejo, ¿verdad?

Haru imagina que no ha entendido la pregunta. ¿Para qué podría querer un espejo, si es ciego?

—Perdona, no te he entendido.

—¡Claro que sí! Escuchas mucho pero oyes poco. Te he pedido un espejo, pero tu razón no te permite creerlo. No le parece lógico.

—En cualquier caso —responde Haru un poco molesta—, no tengo ninguno. ¿Puedo saber para qué lo necesitas? —Ha pensado que tal vez quería hacer un juego con la luz, o utilizarlo como cuchillo.

—Lo quería para mirarme.

Haru le pasa una mano por delante de los ojos.

—Soy ciego, si es eso lo que quieres comprobar. De nacimiento.

Haru espera a que siga hablando.

—¿Crees en los espejos? —pregunta el anciano. Ha sacado unas semillas de la bolsa que lleva cruzada sobre el pecho y se las ha metido en la boca.

La desconcierta la pregunta. El hombre añade:

—¿Crees que una persona que mira su reflejo en un espejo se ve a sí misma mejor de lo que podría hacerlo yo ahora?

¿Lo cree?

—El poder del espejo es recordarnos que se nos ve desde fuera. Que somos lo que somos.

Haru recuerda el trozo minúsculo de luna que tenía en la zapatería. Recuerda que tenía que ir con cuidado de no cortarse cada vez que lo enderezaba. ¿Verse? No, no se veía. Si se hubiese visto habría sabido de qué era capaz. Y al saber de qué era capaz habría podido frenar al ser egoísta, soberbio, cruel y engreído que habitaba en ella esperando día tras día, hora tras hora, la oportunidad de intervenir. Dame la circunstancia adecuada y te presentaré la peor de tus caras. Si pactas con la ignorancia, ganaré cada vez que presentes batalla.

—¿Me ayudas? —El anciano quiere levantarse; es ágil, pero le fallan las fuerzas. Haru le ofrece la espalda. Cuando el hombre le pone las manos encima, siente una tibieza que la recorre de arriba

abajo. Cuando ya está de pie, de nuevo cogido a su rama bastón, le dice—: Cuando era joven mi mayor deseo era encontrar remedio para mis ojos inútiles. ¿Qué hacían, en mi cuerpo, si el propósito no era el de permitirme ver lo que tenía delante? En nombre de mis ojos cometí las injusticias más terribles. Era lo más importante y estaba dispuesto a pagar cualquier precio: no tenía límite. Un día, en un camino como este que recorremos hoy tú y yo, me encontré con un maestro. No sabes cuánto menospreciaba yo a los maestros por aquel entonces. Cada cual su vida, pensaba. ¿Qué sabe nadie de los demás? Lo ataqué para robarle. Yo iba armado. El maestro me preguntó por qué quería robarle. Le dije, desesperado, que me hacía falta mucho dinero. Quiso saber para qué necesitaba tanto. Le dije: Tengo que conseguir comprar unos ojos que me sirvan; necesito viajar por todo el mundo y encontrar al médico que me cure; para conseguirlo hay que tener una fortuna. En ese instante el maestro me miró, y lo sé porque me lo dijo, me dijo, ahora te estoy mirando, y lo que veo es un hombre bueno que no puede ver que es un hombre bueno porque piensa que, para verlo, necesita mirarse. Déjame que sea tus ojos, me dijo el maestro, y sé tú mi bondad, me pidió; hagamos juntos el camino, me propuso, hasta que llegue el día en que tú veas y yo sea un hombre bueno. El maestro murió en mis brazos, ¿sabes?, pero antes de que abandonara este mundo le dije, ahora te estoy mirando, maestro, y lo que veo es un hombre bueno que no ha pensado que era un hombre bueno porque ha dedicado la vida a hacer ver a los otros su bondad.

Haru da las gracias. Se despide. Se queda quieta hasta que el anciano inicia su camino. Mientras se alejan el uno del otro, Haru piensa que cuando las cosas se dejan fluir, llega lo que debe llegar. ¿Era tal vez de eso de lo que hablaba la maestra Kazuko cuando decía que nuestro destino no es el que creemos sino más bien lo que se nos cruza en el camino cuando nos desviamos por razones impensadas?

Quiere llegar a la siguiente población antes de que anochezca. Hoy no ha comido nada y necesita lavarse.

O C H O

Tal como el anciano le ha dicho, el camino se vuelve mucho más pedregoso. Y los guijarros parecen más afilados, más puntiagudos. Se le clavan en las plantas de los pies. Ha aguantado tanto como ha podido, pero ahora se ha hecho una herida que sangra. Deja huellas rojas. Decide desviarse y cruzar por una zona plena de vegetación alta y espesa que no deja ver el horizonte pero que, sin duda, lleva a algún lugar. O así lo cree Haru, agobiada por el dolor. Va a intentar encontrar agua limpia para lavarse. Cuando los pies pisan la tierra húmeda siente un alivio inmediato. Tanto que recupera el ritmo y avanza sin cojear en absoluto. Ahora está más preocupada por apartar ramas, juncos y espigas que por ver el camino.

Empieza a estar impaciente. Le molesta haber tenido que desviarse. Haberse hecho daño en el pie. Y como si fuera la respuesta a las quejas que le ocupan la cabeza, Haru cae, de repente, a un pozo de una profundidad suficiente como para que no pueda salir sin la ayuda de alguien.

No se lo puede creer. ¿Un pozo? ¿Otra vez la caída en el pozo? Esto parece una enseñanza, protesta en voz alta. ¿Ahora? ¿En serio? Haru habla sola. Se enfada. Mira el cielo, más o menos redondo, allá arriba, en la única salida del túnel incompleto en que se ha adentrado. Tiene claro que esta vez no van a rescatarla. Duda de que alguien sepa que allí en medio de los humedales hay un agujero que se traga a los caminantes.

Si no consigue salir, morirá a pocos kilómetros del lugar en que nació, sin ver otra vez al padre, el jardín, la casa. La tumba de la madre. ¿De qué medios dispone? De ninguno. Ni siquiera del método que empleó la vez anterior: no hay ningún árbol en que clavar una flecha de aviso.

De todo lo que aprendió en el dojo no hay nada que le sirva, en ese caso.

Se sienta en el suelo. Se coge con ambas manos la cabeza. Cierra los ojos. Repasa la vida con imágenes rápidas, en un orden arbitrario. El día en que la madre le dijo que estaba herida de muerte, una tarde en que el padre cayó del muelle en el que estaban

pescando, el destrozo de los huertos del dojo, Kimitake rapado, el día en que la maestra Kazuko fingió que se ahogaba en el lago, algunos gestos de la mirada bizca de Yasunari, la sonrisa del maestro zapatero, los pies llagados del maestro zapatero, la desaparición del maestro zapatero, la historia sobre la mariposa que le contó Takara.

Y es con Takara y la mariposa cuando se le ocurre la única posibilidad para sobrevivir: la fe. El aleteo de la mariposa la lleva al vuelo de Takara. Si ella fue capaz de volar de un árbol a otro, también yo tengo que poder. Debo creer en ello, nada más.

Se coloca en postura de loto para meditar. El tiempo se convierte en espacio. El espacio se transforma en energía. Haru visualiza la elevación lenta hacia la superficie gracias al calor que ha producido en su interior. Sube poco a poco, con la sensación inequívoca de flotar. Resulta más fácil de lo que pensaba y también más lento. Cuando, horas después, comprende que ha llegado al nivel adecuado, extiende los brazos para cogerse al borde e impulsarse para salir. Entonces abre los ojos y sigue en el fondo del pozo, tal como estaba antes de meditar. La diferencia fundamental es que se ha hecho de noche, hace frío y, como si eso fuera poco, empieza a llover. No una lluvia fina y lenta, tranquila, sino una lluvia torrencial que le golpea el cuerpo con cada gota. Al cabo de un rato ve que en el suelo se han acumulado unos dedos de agua. El arco empieza a flotar. El barro no absorbe lo suficiente.

Haru se pone de pie. Recoge el arco, las flechas, la bolsa; como si hubiera llegado el momento de irse. La tormenta arrecia. Es como si alguien desde fuera estuviera tirando sin parar cubos y cubos de agua congelada. Un agua que ya le llega por las rodillas.

¿Es esta la situación que explica que toda la vida haya tenido miedo del agua? ¿Ahora tiene sentido que huyera de ella?

Cuando le llega a las caderas sabe que tiene que hacer algo. Levanta el arco para que no se moje, los dos extremos chocan contra las paredes, se clavan allí. Haru ve la luz.

Deja que el agua le llegue por encima de la cabeza. Aguanta la respiración. Cuando el nivel de agua es suficiente, se estira hacia arriba con el arco y se sube en él de rodillas. Le falta todavía un buen trozo para salir. Que no deje de llover, que no deje de llover. Su cuerpo, que flota, no pesa. Repite el proceso aún tres veces más. La última, sube de pie encima del arco, que, en el momento en que ella consigue, con un impulso, cogerse a la superficie, cede bajo su peso y se hunde hacia la parte honda del agujero.

¿Cuántas veces puede perder un arquero su arco? Haru

recuerda, exhausta por el esfuerzo, la respuesta a esa pregunta: ¿Cuántas veces estaría una persona dispuesta a perder la vida?

Para recuperar el arco tendrá que esperar a que deje de llover y a que el pozo se seque. De momento, necesita llegar a un lugar seco. Al día siguiente regresará al pozo con una cuerda y un gancho.

N U E V E

Las casas más próximas a los humedales son palafitos. Cuando llega todo está oscuro y en silencio. Casi ha dejado de llover y se oyen los sonidos de los animales nocturnos, que, como ella, celebran el final de la tormenta. Haru supone que son las viviendas de los trabajadores de las plantaciones de arroz que los rodean.

En una de ellas hay luz. Se acerca. Trepa a la estructura que sostiene la casa para asomar la cabeza por la ventana. Ve a una mujer y a un hombre. Trabajan reparando redes. Sentados en el suelo. Tienen dos velas encendidas. Las sombras de los cuerpos oscilan en las paredes. De repente, Haru pierde pie. El ruido de la caída alerta a los habitantes, que salen enseguida a ver de qué se trata. Haru va hacia la puerta. Cuando la ven, la mujer se arrodilla y el hombre la abraza; los dos empiezan a llorar.

No es hasta más tarde cuando Haru entiende las razones de su reacción. No es hasta después de lavarse y de ponerse la ropa limpia que le han dado. Se sienta con ellos y les cuenta y le cuentan.

Tenían una hija. Un día, muchos años atrás, cuando ya era una adolescente y conocía los caminos que llevaban al pueblo más cercano, la enviaron a buscar unos medicamentos para el padre. Para ir más deprisa, quiso cruzar corriendo los humedales. Y cayó al pozo, al mismo pozo que Haru. Y hoy, cuando la han visto en la puerta, toda cubierta de barro, les ha venido a la cabeza la imagen de lo que han soñado desde la desaparición: el regreso. Jamás han descartado la posibilidad. Y por eso dejaron el pozo abierto: para no cerrarle la salida. Nunca la encontraron. Buscaron por todas partes. Todo el mundo los ayudó. Dedujeron que se había caído allí porque justo al lado quedaron la bolsa y el papel donde llevaba escrito lo que debía comprar. Seguro que la caída produjo un derrumbamiento de tierras que la cubrió por completo. Antes el pozo era aún más profundo. Bajaron, cavaron, no hubo manera.

Haru está horrorizada.

—Hasta hoy nunca hemos llorado. Ni él ni yo. Hasta hoy no hemos dicho la palabra muerta en voz alta —confiesa la mujer mientras se enjuga las lágrimas con la manga—. Y has venido tú y

nos has traído la verdad. Hace veinte años que esperamos un milagro. Nos hemos hecho viejos pensando todos los días lo mismo: que vuelva.

Haru piensa en su padre.

Mientras hablan, el hombre sigue trabajando en una red.

—¿Sabes? —le dice—. La vida es como una de estas redes: para reparar un agujero, sea del tamaño que sea, tienes que hacer primero otro más grande. La muerte de una hija es la red entera. —Aparta la que está cosiendo; parece agotado; se queda mirando la llama de una de las velas—. Mi esposa y yo hace veinte años que queremos hacernos creer el uno al otro que tenemos esperanza. Ha sido la única manera que hemos encontrado de mantenernos con vida. Vernos llorar, hoy, ha dejado claro lo que sabemos. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cinco —responde Haru.

—La edad que yo tenía cuando nació nuestra hija. Toda la vida por delante. Pienso en aquel hombre y no me reconozco. ¿Tus padres viven?

—Mi padre sí. Estoy de viaje hacia su casa.

—Qué suerte tiene —La mujer habla con una voz suave; cuesta oírla.

—Hace veinte años que no sabemos nada uno del otro —cuenta Haru—. Me envió al dojo a los quince años y hasta ahora. —No hace referencia a la carta que nunca leyó.

—Estás viva —dice el hombre.

—Estás viva —repite la mujer, asintiendo.

Le sirven la cena y le preparan la cama. Al día siguiente irán a rescatar el arco. Por la mañana la tierra se habrá encargado de beberse el agua.

—Esta tierra se lo traga todo —dice el hombre con resentimiento.

La mujer la acompaña hasta el cuarto de la hija. Haru se acuesta. La mujer la mira, le sonríe. Es pequeña, muy delgada. Está muy arrugada. Se le acerca, se agacha, le arregla la ropa de cama. Antes de volver a ponerse de pie, le acaricia la cara y le dice:

—Que descanses, pequeña.

La despiertan los pájaros y los pasos del hombre y de la mujer, que circulan arriba y abajo. Sale a verlos. Parecen diferentes de la noche anterior. Están sonrientes. Como si hubiesen reposado de una travesía agotadora.

Le han preparado el desayuno y él le muestra, ufano, el sistema de polea con gancho que ha ideado para recuperar el arco.

Funcionará. Acto seguido le muestra también una tapa de madera: ha grabado en ella el nombre de la hija.

—Has venido tú en su lugar —declara el hombre—. Ella no puede, no —se le quiebra la voz; parece a punto de añadir algo, pero no lo hace.

Cuando acaban de desayunar se van los tres hacia el pozo. Haru, que hizo el esfuerzo de memorizar el camino, comprende que no era necesario. ¿Cuántas veces habrán ido ellos? ¿Cuántas juntos? ¿Y cuántas por separado?

De día, con sol, los humedales no resultan amenazadores. Sí exuberantes. Excesivos. La mujer camina cogida del brazo de Haru. El hombre va delante, apartando juncos y cañas. Se mueven deprisa. Veinte años son demasiado largos para que duren un minuto más.

Tal como el hombre aseguró durante la noche, el pozo se ha secado. Y allá al fondo, flotando sobre unos pocos dedos de agua, se ve el arco. Lo sacan lleno de barro, pero entero. Haru sabrá devolverle la vida.

Entonces el hombre y la mujer tiran al pozo la muñeca de trapo que había en la habitación de la hija. Haru se retira unos pasos. Ellos se abrazan. Sus hombros demuestran, por el movimiento, que están llorando. Por la muerte, sí, y también por la brutalidad de haber dejado abierta aquella trampa, con una única razón: huir de la verdad. Pero la mentira es un túnel incompleto que solo tiene salida por el mismo lado por el que se entró.

Colocan la tapa. La pesadilla ha acabado.

D I E Z

Lo primero que ve Haru, de lejos, es el cerezo que plantaron los tres cuando ella tenía cinco años. Ha crecido muchísimo: las primeras ramas a buen seguro ya no quedan a la altura de los brazos extendidos de una criatura; ella se colgaba, a veces, y se balanceaba como un mono.

La madre salía a buscarla y la cogía por la cintura, la bajaba con delicadeza y le daba un beso en la nariz. Decía, he encontrado una cereza grande, muy grande; decía, me la voy a comer hoy de postre, y quizás tendré que invitar a unos cuantos vecinos, hay para todo el mundo; y Haru anunciaba, entre divertida y asustada, porque ya tenía ocho o nueve años y sabía que era broma pero todavía la inocencia le permitía el juego de la duda, mamá, que soy yo, que no es una cereza, ¿no me ves?, ¿no me oyes?; y la madre, me ha parecido oír una voz, y miraba a su alrededor y seguía, pero es imposible, las frutas no hablan. Y la llevaba adentro de la casa y la colocaba sobre un plato en medio de la mesa. Y entonces siempre añadía, tendré que lavarla antes de comérmela, claro, una cereza sucia no debe de estar buena. Excusa perfecta para meterla en la ducha.

El padre las oía o las veía pasar por delante del estudio. Sonreía, apenas, y regresaba a los libros, a los alumnos, a la escritura, a la carta que alguien le dictaba.

Se le acelera el corazón. Está a punto de entrar en el pueblo. El lugar en que nació. ¿La reconocerá alguien? ¿Y ella reconocerá a alguien? ¿Es necesario ser reconocido, para pertenecer?

De golpe, se detiene. Se da la vuelta. Da la espalda al pueblo, como si fuera a irse. Mira el camino que ha dejado atrás. El trozo de tierra que abarcan los ojos no es demasiado grande, quizás unas decenas de kilómetros. Menos. El tiempo que recuerda la mente es casi toda la vida. Es muy cierto que el pasado y el futuro se encuentran en las ideas. ¿Cómo deshacerse de ellos? El pasado crea culpa o nostalgia. El futuro provoca esperanza o ansiedad. Ella no quiere ni culpa ni nostalgia ni esperanza ni ansiedad.

Saber lo que no quiere le parece importante ahora. No hay que

hacer nada; solo es necesario no hacer lo que no quiere.

No hacer lo que no quiere: ¿es así como pasa lo que debe pasar?

Ahora que está en el pueblo, al lado de casa, ¿puede volver al dojo sin haber pisado su interior? ¿Habría cumplido así el encargo de los maestros? ¿Quedaría en paz con la vida?

Oye la voz de la madre, Haru, haz el favor de acabar lo que empiezas. Y después la voz del padre, Haru, no hay nada si no practicas la paciencia, el equilibrio y la fe.

¿De cuál de las tres virtudes es deudor ese viaje? Haru mira otra vez hacia el pueblo. Identifica el edificio de la escuela, que no ha cambiado demasiado. Imagina que no debe de estar la maestra, que era muy anciana veinte años atrás. Se le hace un nudo en la garganta. Ve su mano temblorosa en la pizarra, los dedos arrugados y blancos de tiza, los ojos pequeños que se hacían todavía más pequeños cuando se volvía hacia ellos para lanzarles alguna pregunta. Siempre les decía, os pueden quitar lo que tenéis, pero no lo que sabéis, y le cogía el lápiz a alguno de los niños y luego simulaba que extraía con un gancho algo de la cabeza de otro niño. Preguntaba al primero, ¿tienes lápiz? Contestaba que no. Y al segundo, ¿cómo te llamas? Y la respuesta era el nombre del inquirido. ¿Lo veis?, decía la maestra. Y quizás no lo veían del todo entonces, pero seguro que más de uno de sus alumnos lo recordaba.

En el campo de al lado sigue habiendo caballos que relinchan y corren arriba y abajo. Podría montar en uno y salir al galope. Cuántas veces lo soñó, apenas empezada la adolescencia, recién llegados los sueños de libertad.

No seas cobarde. Tienes miedo. Haru reconoce que teme la indiferencia del padre. Teme que no se le mueva ni un músculo de la cara, que no se alegre de la llegada de la hija única. ¿Y si en ese tiempo hubiese vuelto a casarse y tuviera otros hijos? Otra vida en vida.

Peor aún, ¿y si no estuviera? ¿Alguien habría intentado localizarla, para comunicarle la muerte del padre? Si no estuviera y la casa fuera una caja abandonada con un jardín seco y un huerto repleto de malas hierbas.

Parecía que me habían enterrado los años, le diría Haru al padre, pero cuando lo que se entierra es una semilla, acaba por germinar.

Piensa que esas podrían ser las primeras palabras. Pero después cae en la cuenta de que es tan inútil suponer las primeras como prever las últimas.

QUINTA PARTE

U N O

Los ojos cerrados. Las lágrimas atrapadas. Con un trapo húmedo de algodón repasa las letras del nombre del padre en la lápida, al lado del de la madre; todavía quedan rastros de tinta roja. Dos muertes. A treinta años de distancia.

Ayer por la tarde enterraron las cenizas en una ceremonia con toda la población presente. Incluso acudieron maestros de otros dojos y algunos funcionarios de distintas ciudades para los que los padres de Haru habían transcrito o escrito documentos de alta confidencialidad. Eran tantos los asistentes que el aire parecía haberse convertido en incienso.

La cima de la pequeña colina donde estaba el cementerio quedó abarrotada de personas vestidas de blanco. De lejos debían de parecer flores de una enorme cantidad de cerezos.

Los ojos abiertos. Las lágrimas bajan poco a poco. La agonía: un camino sin final que de pronto termina. Se ha quedado todos aquellos años para acompañar al padre, sí, pero también para dar la compañía que no procuró a Tame. No se puede huir del destino. El camino es en círculo y se pasa una vez y otra por los mismos sitios hasta que se miran de cara.

Haru se levanta. Camina dos pasos hacia atrás. Luego, justo antes de darse la vuelta y ver a Yasunari, que la espera, le pasan por la mente, como si estuviera a punto de morir, las imágenes más sobrecogedoras de aquellos últimos años, desde que regresó, desde que pensó cuáles podían ser las primeras palabras y se dio cuenta de que era inútil.

Recuerda. Entró en el pueblo, sí. No montó, para huir, a uno de aquellos caballos con que tantas veces había soñado de adolescente. Caminó sin detenerse hacia la casa y desde la puerta comprobó que el cerezo estaba muy alto, que el jardín seguía impecable y el huerto calcado a como lo tenía la madre. Caminó hasta la puerta y vio que había una nota escrita por el padre, bienvenida, Haru. Dos pasos más y estaba en la cocina: sobre la mesa baja situada en el centro, un cuenco lleno de fruta fresca recién cortada. Como le gustaba a ella. Entonces el sonido de unos pasos cortos que

arrastraban un poco el calzado. Era Osamu, que, al ver a la hija, se tambaleó de un modo casi indetectable; el temblor quedó disimulado por el ruido y el movimiento que hizo Haru al acercarse a él. Te esperaba, le dijo.

Y por fin Haru se oyó decir las primeras palabras sobre las que tanto había pensado y supuesto y fantaseado, dijo:

—Padre —y lo repitió todavía una vez más—: Padre. —Fue como si pronunciara un hechizo: Osamu sonrió y la abrazó como quien por fin puede ver a la hija después de veinte años de echarla de menos—. ¿Cómo es que hay unas palabras de bienvenida en la puerta y mi —dijo mi— fruta cortada?

Osamu contestó, con la voz adelgazada por el tiempo y la humildad:

—Un padre siempre sabe cuándo va a llegar un hijo.

Entraron juntos en la sala. Haru vio bien colocadas y limpias las tazas que coleccionaba la madre: crisantemos, ríos, montañas, pájaros; de pequeña le gustaban mucho aquellos dibujos en la porcelana, se inventaba historias en las que ella era la protagonista. Se sentaron uno frente al otro separados por la mesa donde todavía estaba servido el té para dos.

—¿Hay alguien más en casa? —preguntó Haru, y dirigió la mirada hacia la sala en la que, antes, trabajaban los alumnos. Tenía la fusuma cerrada y, en el interior, se oía algún ruido, quizás se identificaba alguna sombra.

—Está tu hermano.

Haru sintió que se le paraba el corazón. Si había un hermano, había una esposa. Si había una esposa, era ella quien usaba las tazas de té de la madre y no Osamu quien las había conservado. Si había una esposa, su madre seguiría sola hasta el final de la eternidad.

En el mismo momento de tenerlo, el pensamiento le pareció ridículo y egoísta.

—¿Un hermano?

Osamu cruzó los dedos de las manos, largas, finas y blancas; los pulgares se tocaban y formaban un triángulo con el vértice hacia arriba. Asintió. El silencio permitía oír cómo se movían las cortinas a causa de la brisa, cómo crujía la madera de la casa. La pausa fue larga.

—No tengo justificación —dijo Osamu—. Y cada día que pasa me arrepiento y me alegro de lo que hice.

¿Cómo es posible que dos sentimientos tan opuestos sean reales al mismo tiempo y con la misma intensidad?, se preguntó Haru, pero dijo:

—El sol y la luna conviven en el firmamento. Cuando impera el primero es de noche, cuando impera la segunda es de día. Pero en el mundo es de día y de noche a la vez.

Osamu la miró con agradecimiento y comenzó la narración:

—Hace treinta y seis años, cuando tu madre estaba embarazada de ti, tuve que irme unos días de casa para hacer copia jurada de unos documentos oficiales muy delicados. El lugar al que fui a trabajar es una aldea que hay a unos trescientos kilómetros de aquí. Yo tenía cuarenta años. Era egocéntrico, era arrogante, era desconsiderado. Era frío. Estaba muy orgulloso de mi cargo. Pensaba que lo podía todo. Y si se unen poder e ignorancia, hija...

Haru lo interrumpió:

—Sé de qué hablas, padre, todavía no tengo la edad que tenías tú entonces, pero sé que el poder es la gran trampa. El poder es la obtención rápida pero efímera de lo que debería alcanzarse con lentitud.

Osamu prosiguió:

—Había una joven. Inexperta por completo. Debía de tener dieciséis o diecisiete años. Pasamos días trabajando juntos. Ella trasladaba los documentos, me los traía a la mesa, me servía el té. Casi nunca me hablaba, pero yo notaba la admiración, la entrega, la disposición. La última noche la invité a cenar. Me dejé llevar. Y ella no tuvo opción, confió en mí. No hay nada más injusto que el deseo ni más fuerte que la decisión de hacerlo realidad. Al día siguiente me fui y no di ni recibí noticias nunca más.

—¿Lo supo mi madre?

Osamu pensó, esperó, sopesó:

—No. Tu madre me habría obligado a ir, a preguntar, a dar explicaciones. No. Y yo no supe que tenía un hijo hasta que apareció años más tarde, en la puerta de casa, para convertirse en mi alumno, según yo mismo había acordado con su tío tiempo atrás, cuando vino para pedirme que escribiera una carta para su sobrino, que vivía en el mismo dojo que tú.

Haru cerró los ojos. La memoria le corría a gran velocidad y saltaba de un lugar a otro como si tuviera que dar con un detalle decisivo. Y así fue. La pregunta no se hizo esperar:

—¿Yasunari? —De pronto Haru supo por qué el compañero le recordaba tanto a alguien.

Osamu se levantó con la dificultad propia de la edad y caminó hasta la sala de alumnos.

Yasunari, que esperaba tras la puerta, abrió con delicadeza. Dijo:

—Padre.

Haru se levantó también, de golpe, y se acercó a los hombres. Abrazó al joven, y por primera vez en la vida dijo, hermano. Y mientras lo tenía abrazado pensó en aquella discusión que habían tenido en el bosque, en las palabras que había dicho, te equivocas, como de costumbre; si mi padre viviera, no me habría echado de casa; a diferencia de ti, yo sí sé quién es mi padre.

Cuando por fin soltó a Yasunari y levantó la cabeza, vio que padre e hijo cruzaban una mirada de aprobación. Sin duda habían temido aquel momento, pero también debían de haber deseado que llegara.

¿Quién puede decir que solo es de día o solo es de noche, si noche y día empiezan y acaban sin parar? Haru había aprendido a observar y se mantuvo alejada de las emociones para acercarse lo máximo posible a los sentimientos.

Aquella noche, cuando el padre se fue a dormir, ella y Yasunari se quedaron a hablar. Salieron al jardín. Se sentaron bajo el cerezo, apoyados en el tronco.

—Al principio lo odié —confesó Yasunari—. Y pasé meses pensando cuál sería la venganza más justa. La muerte me parecía poca cosa, así que me inclinaba por la difamación. Pero no pude ponerla en práctica, y tampoco sé si lo habría hecho, porque padre —Haru notó que decía padre y no tu padre o nuestro padre o Osamu— me presentó como su hijo desde el primer momento. Nadie se atrevió a hacerle preguntas. Aun así, yo lo odiaba. Es fácil odiar a Osamu —Haru notó que utilizaba el nombre—. Es tan distante, tan serio, tan rígido y exigente... Lo odiaba cada día un poco menos. Me acerqué a él mediante el aprendizaje de la caligrafía. Comprendí que era su única fuente de expresión. Al principio, cuando llegué, en cuanto se retiraban los otros alumnos, él mismo se colocaba detrás de mí y me cogía el brazo y me acompañaba la mano con el pincel, me enseñaba a dejar ir la muñeca, a mover el cuerpo sin abandonar la fuerza.

Haru no fue capaz de evitar un destello de celos. Preguntó:

—¿Y no te has ido nunca? ¿Estás aquí desde que saliste del dojo?

—He salido tres veces. La primera, hace diez años, para ir al entierro de mi tío. Padre me acompañó. Visitamos también la tumba de mi madre, juntos. Padre pidió perdón. La segunda, para examinarme y sacarme el título oficial de calígrafo.

—¿Y la tercera?

—La tercera no te lo vas a creer, pero no hace mucho, y fue para visitar a Natsu.

—¿A Natsu?

Yasunari sonrió de un modo inequívoco.

—¡No! —dijo Haru—. ¿Natsu y tú? ¡No! —repitió.

Yasunari ladeó la cabeza, le dirigió su mirada un poco bizca y siguió con sus noticias:

—Me caso dentro de tres meses, ¿sabes?, y viviremos en la ciudad. Ella tiene un restaurante de éxito y yo montaré una escuela de shodo. Reencontré a Natsu cuando fui a examinarme; las pruebas las hacen en el edificio que hay al lado de su casa. Era el destino, ¿lo ves?

Nuestro destino no es el que creemos, le contestó Haru en silencio.

—Confío en que todo irá bien. Quiero tener hijos, quiero formar una familia.—Yasunari estaba entusiasmado, como fuera de sí.

Quiero, quiero, quiero, repitió Haru por dentro; y siguió callada. No hay que hacer nada; solo es necesario no hacer lo que no queremos. No hacer lo que no queremos. Es así como pasa lo que debe pasar.

—¿O sea que te vas? —preguntó por fin Haru, a pesar de que habría querido preguntar: ¿Una familia? ¿Por qué? ¿Crees que las jaulas son refugios? ¿Crees que este refugio que has encontrado al lado de padre es una jaula?

—Es una suerte que hayas venido, Haru. Padre no está muy bien, ya lo has visto. Se ha hecho mayor. Y yo no sabía qué hacer, porque de ninguna manera y por mucho que he insistido, no ha querido aceptar moverse de aquí y venir a vivir con nosotros. Y desde luego Natsu no tiene ninguna intención de abandonar la ciudad ni su negocio.

—Claro —aceptó Haru; la palabra negocio le provocó un vacío ácido en la boca del estómago. Si por un momento se le había pasado por la cabeza quedarse aquella noche e irse temprano al día siguiente, aquel fue el momento en que se dio cuenta de que no podría hacerlo. De que no querría. Al fin y al cabo es mi padre; mi padre, qué frase inadecuada; Yasunari ha vivido en la casa casi tantos años como ella. ¿Daba derechos el tiempo? No, lo que daba el tiempo era la sensación de propiedad. ¡Qué error tan basto!

Los tres meses que siguieron se dedicaron sobre todo a los preparativos para la partida de Yasunari, que no parecía sentir duda o pena alguna por el hecho de abandonar aquel lugar en el que había encontrado la identidad que tanto necesitaba.

Vivían ellos tres solos en la casa. Osamu había cerrado la escuela tiempo atrás. Llega un momento en que te das cuenta de que no

sabes nada, decía, y entonces debes abandonar la enseñanza y desaparecer en el anonimato. Haru recordó las palabras de la madre: Estudia hasta que tengas la sensación de que no sabes nada. Hasta que tengas la convicción de que no sabes nada. No había duda de que estaban de acuerdo. De que habrían estado de acuerdo.

A Haru no le resultó triste la partida de Yasunari. Tampoco fue motivo de alegría. Apenas tuvo tiempo de cambiar su visión sobre aquel hombre y hacer que pasara de antiguo compañero de estudios a hermano. El padre y ella no irían a la boda. Osamu no se encontraba bien, no podía hacer un viaje tan largo. Le ofrecieron sus regalos. Haru se despidió con la consciencia de que no volvería a verlo hasta que Osamu muriese.

—Dale un abrazo a Natsu de mi parte. Y dile que la experiencia de la vida me ha permitido constatar el acierto de una frase que me dijo a mi llegada al dojo, me dijo, Haru, la gente no cambia, solo cambian las circunstancias.

Haru vio a Yasunari alejarse a grandes pasos por el camino por el que ella había llegado a pie meses atrás. Lo saludó con la mano cuando se volvió para echar un último vistazo a la vida que dejaba atrás, a la casa en la que había encontrado un padre, al lugar en que había nacido por segunda vez. Haru le dedicó una sonrisa que a aquella distancia era invisible, y después repasó las palabras que le había dedicado el maestro Sho el día que, con disgusto, Yasunari se visualizó como un conejo; el conejo es manso, asustadizo y gran superviviente; de apariencia agradable y saltador de grandes obstáculos. Tendrás que tener cuidado con la tendencia a huir por nada.

¿Huía?

Días después de que Yasunari se fuera, Haru buscaba al padre. No estaba ni en el jardín ni en la cocina ni en su habitación ni en el despacho donde todavía redactaba cartas para los demás de vez en cuando, si las fuerzas lo asistían. ¿Padre? ¿Dónde estás? ¡Padre! Por fin, oyó unos ruidos en la sala de alumnos. Corrió la fusuma, intrigada. Su padre estaba allí en medio, ultimando los preparativos para dar clase. ¿Quién tenía que llegar?

—¿No dijiste el otro día que ya no podías enseñar? ¿A quién esperas?

—Cuando uno deja de enseñar, Haru, puede convertirse en maestro de un alumno elegido, del único posible, del predilecto. Es el premio a una vida dedicada a transmitir conocimientos. El compromiso con ese alumno es absoluto, porque es el compromiso con uno mismo. No se abandona, no se claudica. No hay rendición

posible.

A Haru le pasó por la mente, durante un instante, si no habría sido ese el vínculo de Tame con ella. Preguntó:

—¿Esperas a un solo alumno? ¿Y todo este ajetreo por un solo alumno?

Osamu asintió:

—Es muy especial y lo he esperado toda la vida, Haru. Tienes que entender que se trata de una ocasión extraordinaria. —Mientras hablaba, seguía con la colocación del papel, los pinceles, el orden.

—¿Quieres que prepare té?

—Pregunta al alumno si quiere.

—¿Cuándo llegará?

—Ha llegado, por fin.

Haru empezó a entender. Intentó contener la emoción y convertirla en agradecimiento. Había estado todo el rato a la puerta de la sala.

Se descalzó, dio dos pasos hacia el interior, se arrodilló, hizo la reverencia que tantas veces había visto hacer a los alumnos del padre, que tantas veces ella misma había hecho ante los maestros del dojo, y cuando volvió a levantar la cabeza dijo:

—Maestro. —Fue consciente de que había tardado toda una vida para que le fuera permitido decir aquella palabra al padre.

—Te he esperado siempre, hija. Sabía que tarde o temprano comprenderías la paciencia, el equilibrio y la fe. Solo se puede llegar de la manera en que tú lo has hecho: desde el error, desde la soledad y el desengaño. Acércate.

Haru se acercó al padre. El hombre vaciló, como si no se atreviera a hacer lo que sin embargo estaba a punto de hacer. Le besó la frente con la delicadeza del más sutil de los trazos de pincel y, con la misma delicadeza, le dijo:

—Antes que nada, te enseñaré a elaborar la tinta.

Haru oyó otras palabras, oyó, te quiero, hija, tienes que perdonar mi incapacidad para hacértelo saber como era necesario. Y le cayeron dos lágrimas redondas, espesas, guardadas durante tanto tiempo, lágrimas que se enjugó con la manga del kimono antes de contestar:

—Cómo me gusta el olor de la tinta. —Aunque por dentro dijo unas palabras que tampoco se oyeron, dijo, te perdono, padre, porque yo también te quiero.

De todos aquellos años con el padre Haru recuerda la ternura, sí, pero también el cansancio. La primera época fue de aprendizaje, y el padre aún discernía. Las clases eran estrictas, pero Haru estaba

capacitada para soportar la exigencia, el perfeccionismo, la ambición. No era diferente el shodo del tiro con arco. La concentración en un punto fuera de uno mismo que acaba por convertirse en uno mismo. La identificación con lo otro. La fusión absoluta, no ser nada para serlo todo; serlo todo para no ser nada. Y permitir que ocurra lo que debe ocurrir.

Al principio podía hablar con él, hacerle preguntas sobre la madre, sobre la infancia. Reconocía la mirada del hombre que había visto de pequeña, los gestos, la severidad. Salían a pasear. Se acercaban al río, incluso pescaban, si el tiempo era benévolo, y entonces Haru tenía la sensación de que el padre recuperaba un poco de fuerza, algunos rasgos de la juventud perdida.

La vida mostraba paso a paso la trayectoria hacia la disolución. Lo veía disimular, cuando se daba cuenta de que había perdido el hilo. Fingía que lo había cogido distraído y le hacía repetir las cosas una y mil veces. Al cabo de cuatro años abandonaron las lecciones. El pulso no le permitía sostener el pincel, ponía demasiada agua en la tinta o la volcaba en un descuido sobre una gran cantidad de papel recién hecho. A veces creía que él era el alumno y esperaba instrucciones. No estaba atento a la higiene.

Poco a poco se fue convirtiendo en un niño, alguien que reclamaba toda la atención, que se lamentaba por la ausencia de su esposa, que a veces confundía con la madre; alguien que perdía la memoria y las ganas, que ya no se preocupaba por disimular las lagunas, las distracciones, los alejamientos. Haru recuerda la dedicación desinteresada, pero también la impotencia de sentirse allí atada por un anciano que vivía sin voluntad. Miraba al padre como había observado la vela de meditación que le ponían los maestros delante; solo quien comprende sabe dar a cada cosa el tiempo adecuado.

En un último instante de lucidez —un regalo que le hizo la vida al cabo de mucho tiempo sin pisar ni un instante la realidad—, casi diez años después de que ella llegara, diez años después de que Yasunari se fuese, el padre le dijo:

—Fue tu madre quien quiso que te enviase al dojo.

—Ya lo sé, padre —contestó Haru, convencida de que aquella era otra de las declaraciones de la demencia senil.

—Mírame, Haru —le dijo—. Mírame. Sé que la mayor parte del tiempo no soy yo. Pero ahora sí, y me importa que sepas esto, hija, yo obedecí a tu madre.

Entonces ella, reconociendo la lucidez del padre, consciente de la proximidad del final, le dijo lo que siempre había pensado:

—Ningún muerto puede dar órdenes, padre. Hiciste lo que quisiste. Tendrás que asumirlo, para estar tranquilo.

—¿He sido una mala persona, Haru? —le preguntó, todavía desde la realidad. Ya no estuvo a tiempo de ver que la hija se encogía de hombros.

Haru avisó de la muerte a Yasunari, que se presentó con Natsu y tres hijos de cabellos rojos como los de la madre.

Y ahora están en el cementerio. La madre vigila a los niños, lejos de la tumba. Yasunari quiere despedirse de Haru y espera con respeto unos cuantos pasos por detrás. Ella se vuelve y lo mira, justo después de que le hayan pasado por la mente, como si hubiera estado a punto de morir, las imágenes más sobrecogedoras de aquellos últimos años, desde que regresó, desde que pensó cuáles podían ser las primeras palabras y se dio cuenta de que era inútil. ¿Habría pensado alguna vez el padre cuáles serían sus últimas palabras? ¿He sido una mala persona, Haru? Las últimas. Un día ella quiso saber cuáles habían sido las últimas de la madre; no lo sabemos, no había nadie a su lado, en aquel momento.

—¿Te vas? —pregunta Haru a Yasunari.

Él asiente. Dice:

—Nos vamos, sí.

Están lejos. No son ni antiguos compañeros ni hermanos. No son nada. Hijos de un mismo padre que acaba de desaparecer para siempre.

—Tengo una pregunta —dice ella.

—Dime —responde él mientras consulta el reloj y con un ademán le indica a Natsu, que lo llama, que espere un poco más.

—¿Cómo puede ser que el día que llegué padre hubiese puesto el cartel de bienvenida y el cuenco de fruta recién cortada en la mesa de la cocina, como a mí me gusta?

—Sí, verás. ¿Quiso hacerte creer que había adivinado tu llegada? Lo cierto es que desde que salimos del dojo tu padre —Haru se da cuenta de que Yasunari dice tu padre, no nuestro, no padre, no Osamu—, puso todas las mañanas el mensaje de bienvenida, hecho por sí mismo con tinta preparada durante la madrugada, y el cuenco de fruta recién cortada. Cada día, sin faltar ni uno.

¿He sido una mala persona, Haru?, repite Haru por dentro.

—Gracias, Yasunari. Quería comentarte otra cosa.

—Tenemos que irnos.

—He visto que has dejado tu arco en la casa —avisa Haru.

—Ya lo sé, pero puedes hacer lo que quieras con él, no lo

necesito.

¿Cuántas veces puede perder un arquero su arco? ¿Cuántas veces estaría dispuesta una persona a perder la vida?

—Si alguna vez quieres visitarnos estaremos encantados de recibirte. —Caminan los dos hacia Natsu y los niños—. ¿Verdad, Natsu, que estaremos encantados de recibirla, si quiere venir a vernos?

Natsu ha engordado bastante. Tiene el cabello corto, ahora. Se lo ha alisado. Va maquillada y lleva un vestido occidental de color azul oscuro. Los tres niños visten igual que Yasunari, también al estilo occidental, también oscuros, traje con camisa blanca y corbata.

—¡Por supuesto, claro que sí! Tienes que venir a ver la casa que tenemos. Quién nos lo iba a decir, después de esos años de estrecheces y malvivir en aquella escuela de mala muerte. —Sonríe, llama a los niños—: Saludad a Haru, niños. ¡Vámonos de aquí!

Dicho por ella, aquí suena despectivo. Entonces Haru recuerda de nuevo lo que le dijo Natsu cuando se conocieron en el dojo, mis padres me han obligado a venir con la intención de que aprenda disciplina y deje de ser lo que ellos llaman una niña malcriada, pero es una pérdida de tiempo, porque en cuanto vuelva a poner un pie en casa ellos serán los primeros en comportarse como de costumbre, la gente no cambia, solo cambian las circunstancias.

Han llegado al coche inmenso y metalizado en el que ha viajado la familia. Sube Natsu, suben los niños. Cierran las puertas respectivas. Queda fuera Yasunari.

—Tu padre te envía recuerdos, Yasunari —dice Haru.

Yasunari inclina la cabeza, se lleva las manos juntas al pecho.

—Que tengas suerte —dice.

Haru no contesta; se queda quieta mientras ve que el automóvil se aleja por el camino. Esta vez Yasunari no se vuelve a mirar atrás.

Haru camina tranquila hacia la casa. Antes de entrar, riega el huerto; allí se acerca a una tomatera; primero no existías, le dice a un tomate maduro; has crecido a pesar de los obstáculos, te has mantenido; ahora, si te dejo donde has nacido, lo único que podrás hacer es pudrirte. Lo arranca con cuidado.

Sigue con el jardín. Quita las malas hierbas y, mientras lo hace, se ve de niña, el día antes de que el padre la enviara al dojo, se ve delgada y fuerte, llena de rabia, arrancando de estirón en estirón las malas hierbas del jardín, sí, pero también flores rojas, amarillas y blancas; se ve pisando el suelo sin cuidado y matando con los pies descalzos a los gusanos y a las hormigas con las que tantas veces

había hablado; se ve destruyendo con los ojos cerrados todo lo que encontraba con los ojos abiertos. Había llegado el momento de irse, pero ella no lo veía así; ella sentía que la expulsaban. Se ve sentada bajo el cerezo, pensando unas palabras que la madre nunca le dijo pero que ella le atribuyó con la imaginación, Haru, quien se siente expulsado tarde o temprano tiene que volver para ser capaz de irse.

He vuelto para irme, dice en voz alta. Volver para irse por primera vez. Qué paradoja.

Entra en la casa. Coloca la fotografía del padre al lado de la de la madre. Es lo único que la une al pueblo: la muerte. Las muertes. Estos años pasados ha visto a algunos amigos de la infancia, algunos rincones en los que jugaba, los pasadizos secretos de los años de la inocencia. Espacios prohibidos que ahora han perdido todo su peligro. Referentes tan entrañables como caducados. Haru piensa, a las cosas y a los lugares no se puede volver ni siquiera volviendo.

Revisa la habitación de los padres. La ropa de la madre continúa allí intacta, tal como ella debió de dejarla. Todavía se reconoce su aroma, o ella lo imagina. De flores, de jabón, de frutas. Haru no tiene nada que llevarse. Solo es imprescindible el conjunto de objetos que pueden usarse a la vez. Una suma fácil, cuando se aprende a hacerla. Entonces camina los pocos pasos que la separan del aula de estudio. Coge uno de los pinceles que le ha regalado el padre. Sale, corre la fusuma. De la sala se queda con una taza de té de la colección, una de las más grandes, una que lleva dibujados los kanjis de respeto y confianza; la cambia por el cuenco con el que llegó. Le gusta verlo allí, de un único color, en medio de las tazas de la madre. Después corta un poco de fruta, la deja preparada sobre la mesa de la cocina. Deja allí también el tomate que ha cogido. Reserva para el final su habitación, donde tiene el arco, ya recuperado de la caída al pozo, y la bolsa, que carga con algo de bebida y de comida.

Sale al jardín, sale a la calle, camina hacia el final del pueblo, pasa por delante de la antigua escuela, pasa cerca de los caballos con los que soñaba de adolescente y llega al mismo punto en el que se detuvo, diez años atrás, antes de dar el paso definitivo.

Se le acelera el corazón. Está a punto de dejar el lugar en el que nació. Donde algunos la han reconocido. Donde ella ha reconocido a algunos. No se pertenece a un lugar por el hecho de que te reconozcan. Por el hecho de que reconozcas.

De repente, se vuelve. Da la espalda al pueblo. Y se va.

D O S

No se puede deshacer un camino, es lo que piensa Haru días después de haber comenzado el regreso al dojo. Este árbol que veo ahora no es el mismo de hace diez años, este lago, estas piedras, la montaña. Y la Haru que ven el árbol, el lago, las piedras, la montaña, no es la misma de hace diez años. ¿Qué ha cambiado? No se trata solo de la velocidad de la sangre, del peso de cada pensamiento, de las desapariciones o las despedidas. Tampoco tiene que ver con los intereses o las circunstancias. Lo que ha cambiado es la consciencia. La de cada cosa. La de ella misma respecto a cada cosa.

Los pasos lentos. No es que no tenga prisa. Ni que tenga. El tiempo no importa. Es el transporte dentro del que se desplaza.

Cuando llega a los humedales no se adentra en ellos. Pasa por el camino de tierra que los campesinos han dibujado.

A veces camina de día, a veces de noche. La luz del sol y la de la luna. Las contradicciones que conviven. La intensidad de dos sentimientos opuestos que piden ser, cada uno, el único.

Ya tenía decidido pasar por el dojo de Kokuro, pero se lo encuentra de repente, como si fuera una sorpresa. Igual que la otra vez, antes que nada se acerca al templo. Le gusta la oscuridad del interior. El crujir de la madera, el olor húmedo que llega desde el jardín que lo rodea. El sonido de las aves que lo sobrevuelan. El incienso que quema. Haru se sienta, hace una reverencia, da las gracias. Se dispone a meditar, pero nota una presencia detrás de ella, en la entrada del espacio.

—Bienvenida —le dice una voz de mujer que, con un gesto, le indica que no se levante.

Haru deduce que es Kokuro. Sonríe sin estar demasiado segura de que la otra pueda verla. Entra mucha luz, por la puerta, y la mujer es una silueta oscura.

—¿Kokuro? —pregunta Haru.

Entonces la mujer se detiene. Se arrodilla. Dice:

—¡Haru!

El contraluz sigue siendo el mismo, de modo que Haru no puede

distinguir las facciones de la mujer. No le ha parecido la voz de Kokuro. La recuerda no tan grave, más melodiosa. Diez años dan para alterar la memoria o para cambiar la manera de hablar, piensa.

La mujer se pone de pie y pide:

—Espera aquí, por favor.

Cuando vuelve a entrar, abre las manos y sale volando un regimiento inverosímil de mariposas blancas. La deducción de Haru es inmediata:

—¿Takara? —pregunta mientras se levanta—. ¿Eres tú?

Lejos de cualquier protocolo entre kyudokas, Takara se lanza a los brazos de Haru, que responde con el mismo sentimiento de alegría.

Después de un largo y fuerte abrazo, las mujeres salen al jardín y se ven a la luz del día. Reconocen el paso de los años, imaginan el peso de las experiencias, aceptan en silencio y con agradecimiento los cambios vividos. El ruido de unos pasos llega antes que la persona que lo produce: es Kokuro. Saluda con afecto a Haru y coge de la mano a Takara antes de apoyar la cabeza en su hombro.

El dojo ha cambiado mucho desde que llegó Takara. Los estudiantes no solo practican con el sable sino que han incorporado la posibilidad de hacer el camino del arco. Ella y Kokuro comparten la dirección de la escuela.

—¿Te acuerdas de tu visualización? —pregunta Haru.

Takara asiente y comenta:

—Lo que no sé es si conseguí prever mi destino o si lo he buscado hasta encontrarlo, después de verlo. No sé si fue una premonición o un mapa. Y por cierto, hablando de aquellas visualizaciones, ¿influye o no en tus pasos lo que viste y que, por cierto, no quisiste contarle a nadie?

¿Influye? No sabría decirlo.

Takara prosigue:

—Yo no he vuelto a nuestro dojo porque de ninguna manera he querido ver de nuevo a la gente con la que empecé la vida. La autoridad es un mal endémico que proviene de la ignorancia, sí, pero también de la maldad. No es lo mismo el mal que la maldad. El mal forma parte de la vida, como también forma parte de ella el bien. La maldad es una práctica voluntaria que los que la siguen consideran irrenunciable. La bondad igual.

Entonces Kokuro pregunta:

—¿Ya sabes cuál es la pregunta que tienes que hacerle al búho?

Le cuentan la anécdota a Takara. Haru dice:

—Creo que sí, creo que la pregunta es la misma de hace casi

treinta años, en el dojo, un día que Takara me contó la leyenda de la mariposa blanca. —Suspira y lanza la pregunta—: ¿El dolor de corazón es un alfiler?

—¿Y qué diría el búho? —quiere saber Takara.

—Diría que sí. Diría que la única manera de utilizar las alas es quitarse del corazón el alfiler que lo tiene inmovilizado. Solo así se puede llegar a la paz necesaria.

—¿Y te lo has quitado, Haru?

Haru asiente. Después pregunta:

—¿Y tú, Takara?

Takara sonríe, besa a Kokuro, dice:

—No hay duda.

Después pasean las tres por la orilla del lago que hay en el bosque cercano. Durante un instante, Haru se siente sola ante la complicidad de aquellas mujeres. En el instante siguiente, aquella misma soledad la reconforta. Les pregunta si han oído hablar del pueblo de las mujeres esculpidas. O de una escultora que vive sola en una casa en el bosque que hay al otro lado de la montaña. Le dicen que no. Les comenta, extrañada, que debería haberlas encontrado al rehacer el camino desde su pueblo.

Kokuro le dice:

—Un camino no puede rehacerse. Las puertas que se abren y se cierran son diferentes en cada trayecto. Se repite lo que no has mirado de frente.

—Y entonces, ¿por qué vuelvo a pasar por aquí? —responde Haru a la afirmación de Kokuro.

Interviene Takara:

—¿Porque necesitabas encontrar la pregunta del dolor del corazón?

—¿Porque dijiste que volverías? —arriesga Kokuro—. Cuando viaje de vuelta a mi dojo pasaré por aquí, eso fue lo que dijiste.

—Es cierto —admite Haru—. Y quizás ha llegado el momento de que ya no pueda permitirme faltar ni una sola vez más a mi palabra.

—Dar la palabra es siempre una intención de futuro. Llegará un día en que no podamos permitirnos dar palabra sobre nada. Un día en que los actos hablen por nosotros sin necesidad de que los justifique el pasado, sin necesidad de que los aligere una promesa de futuro.

Cada día una vida, recuerda Haru.

—La diana no está en la punta de la flecha —dice—. Es hora de que me vaya —anuncia.

Kokuro y Takara le ofrecen algunos alimentos y acto seguido la acompañan hasta la salida del dojo; desde allí la observan recorrer el camino, igual que hacen con los alumnos cuando se van, cuando llegan.

—El camino es el mismo para todos —dice Kokuro.

—Para todos los que lo hacen —apunta Takara.

El viento transporta las palabras hasta Haru, que sonríe al oírlas. Entonces se da la vuelta, levanta la mano, saluda a las mujeres, que parecen esculpidas contra la luz de un atardecer azul y transparente.

Pasa la noche en la primera cima de montaña que conquista. Es de noche, pero la luz de la luna le permite ver el perfil de todo lo que la rodea. Se tumba a los pies de un árbol inmenso. Se duerme en cuanto apoya la cabeza en el suelo. Y se despierta horas más tarde al oír, a través del suelo, el galope de unos cuantos caballos. Tardan todavía unos minutos en aparecer. Ha despuntado el alba y está todo cubierto por una capa de niebla. Cuando los caballos llegan a su lado, Haru se ha levantado. Se trata de una mujer acompañada de tres hombres. Llevan monturas lujosas, la indumentaria impecable, la actitud arrogante del que se sabe poderoso. Los caballos sudan, brillantes.

—Estás en mis tierras —dice la mujer.

Haru espera a que complete la información.

—¿No dices nada? —la increpa la jinete.

—No me has hecho ninguna pregunta —aclara Haru.

—Touché —dice la mujer—. ¿Eres kyudoka?

Haru asiente.

—Demuéstralo —le pide. Los hombres que la acompañan bajan de los caballos y se le acercan. Demasiado. Haru retrocede unos pasos hacia el árbol. Coge el arco, la bolsa, y empieza a caminar en dirección contraria.

—No os mováis —ordena la mujer a los hombres. Sigue a Haru con el caballo—. ¿A dónde vas?

—Me voy de tus tierras —informa Haru.

—Tardarás horas en abandonarlas —le hace saber la mujer.

—Tantas como sean necesarias —admite Haru. Y se detiene—. Si me dejas caminar tranquila, será antes.

—No te he dicho que te vayas. —La mujer baja del caballo—. Quiero que me enseñes tu destreza con el arco a cambio de haber dormido en mi propiedad. ¿Te parece demasiado?

—¿Tengo alternativa? —pragmática, Haru.

La otra no sabe qué contestar. Duda. Haru entonces sigue

caminando. La jinete dice:

—Puedo pagarte bien. Pon un precio.

—¿Ahora soy yo quien cobrará por dormir en tus tierras?

La mujer ata el caballo a una rama y se acerca. Delgada, esbelta, melena larga, piel blanca, boca grande, pestañas pobladas, cuello fino, manos enguantadas. Haru ve que los tres hombres que la custodian se han movido unos centímetros, como un único ser. La jinete percibe la mirada de Haru:

—Son mis guardaespaldas.

—¿Por qué los necesitas?

—La riqueza despierta envidias insospechadas y enemigos rabiosos. Pon un precio —insiste.

—Realizaré un único tiro. No como pago por la noche que he dormido bajo el cielo sino para que me abras la puerta para irme.

—No hay puertas —ríe la jinete.

—La propiedad es la puerta mejor blindada del mundo.

Haru desenfunda el arco, se coloca en posición de tiro, respira. La flecha sale disparada, arrebata a los guardianes sus gorros y los clava en el suelo, los tres juntos. Haru respira, recupera la posición, guarda el arco y camina hacia los hombres, a medio centenar de metros, para recoger la flecha; luego devuelve a los hombres los sombreros agujereados.

La mujer la ha seguido a pie, de cerca. Se le pone delante, le interrumpe el paso:

—Quiero que seas mi instructora. Te ofrezco una vida regalada en mi castillo. Tendrás tu propio dojo, podrás establecer tu ley, a cambio tendrás que enseñarme. Eres, sin duda, de todos los instructores que he visto, la mejor con diferencia.

—El pacto ha sido que si realizaba un tiro me abrirías la puerta de salida, no la de entrada.

—Es una oferta.

—Que yo declino.

—Es una oferta inmejorable —insiste la mujer, asombrada, incómoda, más que molesta.

—Como todas las opiniones, la tuya es también subjetiva. —Haru esquiva a la mujer y reanuda la marcha.

La mujer dirige un gesto a los hombres, que corren a rodear a Haru.

—Esto es un adelanto. —Le tiende una bolsa de la medida de un buen racimo de uvas—. Es una parte insignificante del oro que poseo.

Haru coge la bolsa, la abre y saca una pepita, que se mete en la

boca.

—Si la uso como caramelo, es un buen complemento alimenticio. Gracias. —Deja la bolsa en manos de uno de los hombres.

—¿Sabes qué oportunidad pierdes si te vas? —La mujer ha recuperado el caballo y ha vuelto a montar—. Eres pobre y ya empiezas a ser mayor. ¿Qué esperas, mejor que esto, en tu miserable vida de kyudoka?

—Esta miserable kyudoka necesita un instante y un gesto para poseer oro, tal y como acabas de demostrar. El oro del que tú presumes, en cambio, no puede comprar lo que yo he aprendido. Ni con un gesto ni en un instante.

—¡Oh, qué arrogancia! —la acusa la mujer. Manda a los hombres que se aparten y dejen pasar a la arquera—. Tarde o temprano te arrepentirás —grita; y con un golpe de fusta inicia el galope; los guardianes la siguen, deprisa.

Haru los mira mientras se alejan, saboreando la minúscula pepita de oro que le ha quedado en la boca.

¿Ha actuado bien? ¿Habría podido cambiar en alguna medida la existencia de aquella mujer, si hubiera aceptado enseñarle el camino del arco?

Es la pregunta con la que viaja los días siguientes. Sin encontrar respuesta. Cuando alguien quiere detener nuestro camino para mejorar el suyo, ¿qué debemos hacer?

Tres jóvenes corren a su encuentro. De repente. Salidos de la nada. Dos muchachas y un muchacho. Llevan cestos de pesca.

—Has vuelto —le dice la muchacha más joven, que debe de tener dieciséis o diecisiete años.

La memoria de Haru recupera las escenas del pasado en cuanto ve aparecer la sonrisa de la viuda.

Rebusca en la bolsa y les enseña una de las pocas cosas que ha conservado de la travesía: el dibujo de la arquera que apunta al sol, la flecha convertida en llama. Se lo regala a la madre:

—Lo he guardado para ti —le dice—. Es un tesoro. —Y se dirige a los tres jóvenes—: Para vosotros tengo otro regalo. —Revuelve una y otra vez en la bolsa. ¿La ha perdido? Por fin da con ella. Dice —: Es una pepita de oro.

La viuda contiene las lágrimas. ¿Cuántas necesidades habrá visto resueltas de golpe?

Van juntos hacia la casa. Se sienta a la mesa con ellos. Los jóvenes le cuentan planes, proyectos, ilusiones. La madre los apoya, se siente orgullosa y feliz, a pesar de que ninguno de aquellos

planes la incluye. Los hijos se irán muy lejos, pronto, a construir las vidas que sueñan. Haru dice:

—Un fruto que se queda enganchado a la planta en la que nace no puede hacer más que pudrirse. Debe arrancarse de un estirón suave.

La madre asiente, convencida. Son los jóvenes los que muestran una cierta reticencia. Haru los mira, comprende y dice:

—Ningún fruto debe sentir dolor por separarse del lugar en el que nace. La planta no puede alimentarlos cuando ya están maduros. Una planta que no consigue desprenderse de los frutos maduros no puede hacer más que marchitarse.

Al acabar la comida, Haru pide que le permitan lavarse antes de seguir viaje. La mujer le facilita todo lo necesario y, además, la invita a aceptar lo que guarda para ella:

—Maestra, yo sabía que ibas a volver —dice la mujer—. No me preguntes el porqué. Lo sabía. Y he cosido para ti un kimono. Sería un honor que lo recibieras. —Se lo entrega con la cabeza gacha, los brazos extendidos hacia ella. Haru sabe que lo hace con los ojos cerrados.

El kimono, azul oscuro, es de confección sencilla y está hecho de una tela suave y delicada que la mujer le muestra con el orgullo del que ofrece lo mejor que tiene.

—Es un honor aceptar tu regalo; te lo agradezco; espero estar a la altura de este gesto. —Haru repasa con la yema de los dedos los bordados que llevan las mangas en los extremos.

La mujer, que la observa, le aclara:

—Es tu arco, maestra.

Y Haru, conmovida, recuerda el día que en el dojo les pidieron que cada cual dibujara su arco. Y recuerda lo que le dijo Kazuko cuando, para responder a la observación de la maestra según la cual aquel que había dibujado no era el suyo, ella le contestó que había hecho uno igual. Y Kazuko dijo, no he pedido uno igual, sino el tuyo. Y después añadió, has trazado las líneas con la cabeza, no has puesto ni el cuerpo ni el corazón; solo con las tres instancias podrás llegar a conocer y a dominar tu arco; repítelo hasta que lo consigas. Y recuerda que al final ella preguntó: ¿Y cómo sabré que lo he conseguido?

—Es mi arco, sí —reconoce Haru—. Es mi arco.

Deja que las lágrimas se mezclen con al agua y el jabón. Aquellos jóvenes y aquella mujer son su familia. Aquel jardín y aquel huerto son su jardín y su huerto. Y el arco con el que viaja es también de la mujer que lo ha bordado y de los niños que lo

dibujaron diez años atrás. Haru llega al lugar en el que no hay fronteras y, una vez trascendidas, Haru lo es todo. Es jardín, arco, huerto, familia, flecha, jabón, jóvenes, agua. Es.

Sale de la casa con una sensación de ligereza desconocida. El arco, la bolsa con algunos alimentos. Nada más. Viste con el kimono nuevo. El viejo lo utilizarán para conservar la humedad de las raíces de algunas plantas. No sirve para mucho más, fue la observación con que la mujer acompañó el gesto de recogerlo, mientras reía con ganas. Esta vez los jóvenes no le han hecho un dibujo sino que le han fabricado una flecha: han empleado las plumas de halcón que guardaban como un talismán desde la muerte del padre, que se dedicaba a la cetrería.

Haru camina poco a poco. Esta vez no mira atrás. La despedida ha sido la despedida.

Hay un espíritu geométrico en el hecho de caminar, piensa Haru. Líneas. Sumar pasos. Es una operación que se repite a sí misma. ¿Qué figura traza su trayectoria?

Justo antes de llegar a la ciudad para coger el tren que la lleve a las montañas donde está su dojo, se detiene a pedir comida y bebida en un pequeño mercado ambulante cercano a una aldea. Pronto se corre la voz de que los visita una maestra kyudoka. Todo el mundo le ofrece lo que tiene. Haru pronto se ve obligada a declinar lo que le dan. Suficiente es suficiente, dice. No necesito nada más, gracias.

Ve a una anciana que extrae las semillas de un montón de vainas que tiene delante, en el suelo, sobre un extenso trozo de tela. La anciana no la ha mirado, pero ha adivinado su presencia. Le dice:

—Por las mañanas me ocupo de las vainas, por la tarde cuento historias a todos los que las necesitan. ¿Tú necesitas alguna? —le dirige la mirada de unos ojos que parecen haber bajado hasta el centro de la tierra.

Haru piensa que cada semilla supone un segundo en la vida de aquella mujer. Es como un reloj de arena. Hay que tener mucho tiempo para contar cada segundo.

—Hay que tener mucho tiempo para contar cada segundo —le dice.

—O muy poco —sonríe ella. No ha abandonado el trabajo ni un momento. Es como si pasara las cuentas de un mala. Espera lo que debe llegar con serenidad. Sus manos son tan sarmentosas que parecen raíces.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta Haru.

—No lo sé —dice la anciana—. Más de cien, seguro. Pero como muy bien has dicho tú antes, yo cuento segundos y no años.

La respuesta queda haciendo equilibrio en la cabeza de Haru. Se sienta a su lado.

—¿Puedo? —Lo que quiere es ayudarla con las vainas.

—Tanto como quieras —acepta. Y cuando Haru empieza a extraer los granos, ella se detiene, se tapa la cara con las manos, se recuesta y se duerme.

Haru sabe que ha pasado el tiempo porque ha cambiado la luz y porque ha desaparecido el mercado. La anciana despierta y le coge las manos con sus raíces.

—Ya está bien por hoy. Quédate si quieres. Es interesante escuchar las historias que necesita la gente.

Acto seguido, se levanta, recoge las cuatro puntas de la arpillera donde están las vainas, hace un nudo que convierte el conjunto en un fardo sobre el que se sienta con las piernas cruzadas. Como si hubieran estado esperando, unas cuantas personas aparecen desde los rincones más insospechados. Jóvenes, viejos, incluso niños. Algunos acuden de lejos a buscar consuelo. Se sientan alrededor de la mujer de las vainas y esperan su turno. Todos escuchan las historias de todos. Se quedan allí incluso después de escuchar la propia.

La voz cavernosa de la anciana se adentra en el corazón de los que preguntan para deshacer dolores que a veces ni siquiera conocen. Y los extrae tal como hace con las semillas de las vainas, sin desmayo, poco a poco. Un relato para cada persona. Las palabras con que zurcir los agujeros que hace la vida. Aquí una sombra blanca que deshace una enfermedad; allá un mundo paralelo donde se encuentran los seres queridos que se han ido; un ladrón que recibe el perdón pero también el castigo; un maestro disfrazado de vagabundo.

Se hace de noche. Al final queda una niña. La anciana le pregunta:

—¿Y tú? ¿Qué historia necesitas?

La niña se encoge de hombros.

—Yo no he esperado por la historia —confiesa—. Yo he esperado porque he visto el arco de la maestra y yo soy arquera.

—¿Cómo sabes que eres arquera? —pregunta Haru. Calcula que la pequeña debe de tener unos nueve o diez años.

—Porque me llamo Yumiko y porque cuando tenga un arco lo cuidaré como si fuera mi vida —declara con orgullo. Se acerca a Haru y le acaricia la manga a la altura del arco bordado.

—No podrías tener un nombre más adecuado, es verdad. ¿Y qué quieres? Porque ahora todavía eres demasiado joven para entrar en

el dojo —la informa Haru, que ha quedado impresionada por su respuesta.

—Quería pedirte que me regales una flecha. —La niña baja la cabeza; está roja.

—Una flecha —repite Haru. Y dirigiéndose a la anciana—: Quiere una flecha. —Y de nuevo a la pequeña—. ¿Y para qué la quieres si no tienes arco?

La niña reflexiona antes de contestar:

—Porque una flecha tarde o temprano tendrá que tener un arco. Y si te pido el arco, ya sé que no me lo regalarás.

Haru abre el yasutzu. ¿Cuál es la flecha más querida? Las plumas de halcón destacan en primer término. La protección de la especie hace que sea imposible obtener ninguna otra. Es una pieza única. Ahora la elige para dar en el blanco. Se la regala sin acompañarla de palabra alguna.

La niña hace una larga y sentida reverencia antes de desaparecer a toda la velocidad que le permiten las piernas.

—¿Te acompaño a tu casa? —pregunta Haru a la anciana.

—Es aquí —dice ella. El fardo de colchón; el toldo que cubre el mercado es el techo—. Nunca hace tanto frío como para morir congelada; nunca hace tanto calor como para morir abrasada. Aquí es adonde la gente viene a buscarme, aquí es donde tengo que estar para que me encuentren.

Cuando Haru está a punto de irse, la anciana le pregunta:

—¿Tú no necesitas ninguna historia?

—Mi dolor no tiene solución.

—¿Cuál es? —insiste la mujer.

—No acudí al lado de un anciano que me envió a buscar cuando supo que se moría.

La mujer se queda pensativa un momento. Se frota las manos.

—Ya te lo decía yo —le dice Haru—. No se puede arreglar.

—¡Claro que sí! —asegura ella, se diría que ofendida por el comentario de Haru—. ¡Claro que sí! Estaba visualizando la realidad completa. El anciano sabía que era la lección que necesitabas para despertar. Cuando envió a alguien a buscarte previó que no irías. Así es como debía ser y así es como él lo pensó. Habría sido un desastre, que fueras. Y también puedo decirte que el anciano te quería con la generosidad propia de un sabio. No olvides que los errores de los alumnos son los aciertos de los maestros.

—Era un simple zapatero —dijo Haru—. Un maestro zapatero.

La anciana se tumba, cansada. Ha acabado el día. Haru decide avanzar de noche. Cuanta más oscuridad alrededor, más brillantes

los puntos de luz. Ya no falta mucho para llegar al dojo.

T R E S

En cuanto alcanza la ciudad va directa a la estación del ferrocarril. Hace cola en la ventanilla que corresponde. Tiene delante cuatro personas. Llevan maletas, bolsos, bultos. Viajes largos, grande equipajes.

La mujer que la atiende es pequeña, de cabello corto, nerviosa; lleva unas gafas redondas de cristales gruesos y, aun así, mira el dinero y los billetes desde muy cerca, como si buscara algo en ellos.

—¿A dónde va? —le pregunta.

—Al dojo —contesta Haru.

Entonces la mujer vuelve a mirarla y quiere saber:

—¿Va por primera vez o vuelve?

—Vuelvo —informa Haru; no sabe por qué se lo pregunta.

La funcionaria de ferrocarriles se levanta, abandona su lugar en la ventanilla, sale y le dedica una leve reverencia, digna, suficiente.

Le dice:

—Si vuelve es porque lo hace convertida en maestra; le pido que me conceda el privilegio de regalarle el viaje. —Acto seguido recupera el lugar detrás de la ventanilla, se aprieta las gafas contra las cejas y sella el documento. Se lo entrega con una mirada que parece decir, cómo me gustaría que ese viaje fuera el mío. Quizás vender viajes sin moverse nunca del lugar es como fabricar flechas sin disparar jamás ni una, piensa Haru. Recoge el billete y da las gracias.

Sube al tren. Todavía falta un buen rato para que salga. No tiene prisa. ¿Qué prisa puede tener?

Se siente tranquila, pero cuando nota la sacudida del vagón al ponerse en marcha, el corazón le da un bote que la obliga a cerrar los ojos.

Primero da la sensación de que el mundo se mueve, pero es ella quien lo hace. Cada vez más deprisa.

Reconoce el paisaje. Los colores. Lo que no reconoce es la sensación: nunca antes ha vuelto a un lugar en el que quiera quedarse.

Horas después llega a su destino. Sale de la estación. Allí todo

sigue igual. Las calles de tierra, las casas bajas de madera con fachadas repletas de flores, los comercios casi enterrados bajo los carteles que los anuncian y los recomiendan, los vendedores ambulantes de comida caliente y de dulces; de bebidas; los músicos que improvisan canciones para los que pasan y les ofrecen dinero; el lector y escritor de cartas para los que no saben de letras; los médicos. Haru camina poco a poco. Reconoce los olores, los gestos, los ruidos, el ritmo. Ve a los jóvenes y recuerda a los que tantos años atrás los llevaron a preguntarse, a ella y a los compañeros, si no se habían perdido la vida de verdad, allá metidos en el dojo. Aquellos jóvenes que vestían con ropas y colores distintos, que bebían sake, fumaban, reían con escándalo, bailaban y no estaban sometidos a ninguna disciplina férrea, aquellos jóvenes a los que se veía felices, que paseaban abrazados y les dedicaban miradas de desconfianza y conmiseración, aquellos jóvenes que son ahora los comerciantes, los músicos, los dueños de las casas con fachadas llenas de flores.

La vida de verdad, repite Haru mientras sale de la población y enfila el camino del sur, que conduce al dojo.

Avanza con tal lentitud que llega enseguida. Ve la puerta del dojo y piensa, debe de ser algo así lo que sentían los navegantes históricos que recorrían perdidos los océanos cuando por fin encontraban la tierra desconocida cuya existencia habían defendido con la propia vida. La sensación de tocar lo que la fe ha sostenido.

Hay alguien más, en el camino, un poco más adelante, que se dirige al dojo con pasos todavía más lentos que los suyos. Cuando llega a su altura comprueba que es la maestra Mitsu.

—¿Maestra? —La hace volver del estado de meditación en que andaba.

Mitsu la mira. Primero le sonríen los ojos. Después la cara. Por fin el cuerpo entero. Asiente con la cabeza mientras la inclina y se lleva las manos al pecho.

—Haru —dice el nombre con suavidad—. Bienvenida, Haru. Te esperábamos. Hace días que te esperamos. Kazuko dijo el otro día, ahora tiene que llegar, es preciso.

—¿Dónde está la maestra Kazuko? —pregunta Haru.

—La encontrarás en el shajo. Está haciendo las primeras clases con el grupo que llegó hace unos cuantos días. Ve, ve tú, yo seguiré a paso de meditación. Seguro que habrá anochecido cuando llegue.

—¿Y el maestro Sho? —quiere saber Haru antes de seguir.

—Fue reclamado desde otro dojo —informa Mitsu—. Ahora hay una calígrafa, en su lugar. Es de tu edad y se llama Hiromi.

Llega al dojo, camina hasta el jardín central, respira, observa el estanque, los peces de color anaranjado, las piedras del camino. Va hacia el oeste.

Ve a la maestra Kazuko de espaldas, rodeada de discípulos que observan con atención el tiro que está a punto de efectuar. Haru no se acerca ni un paso más. Prepara el arco y se concentra para sintonizarse con la respiración de la maestra. Deja que fluya lo que debe fluir. No piensa. Respira y espira. Cada cosa sabe qué tiene que hacer porque cada cosa tiene su lugar. La flecha de Haru se adelanta las milésimas de segundo necesarias para llegar a la altura de la flecha de la maestra justo cuando empieza la trayectoria, que realizan las dos en paralelo. Tan en paralelo que ningún alumno se da cuenta de que hay dos. Solo la maestra Kazuko las distingue, y comprende. Espera en quietud total hasta que el tiro acaba y ve, emocionada, que la flecha de Haru se detiene un segundo antes de tocar el blanco y, a manera de reverencia, cae a los pies de la diana que efectúa la flecha de la maestra.

Entonces sí, entonces Kazuko endereza el cuerpo y dice, todavía sin darse la vuelta:

—Bienvenida, Haru. —Y a continuación camina hacia la alumna, que la espera de rodillas en el suelo, la cabeza gacha.

—Gracias, maestra. —Se levanta Haru. Llora.

Kazuko la abraza, le dice al oído:

—Lo sé, lo sé. Cuesta mucho volver. Lo sé.

Kazuko pide a los alumnos que vayan a la sala central. También les pide que avisen a la maestra Hiromi y a la maestra Mitsu. Luego se lleva a Haru a la biblioteca. Entran en la parte reservada al Gran Maestro del Dojo. El primer gesto de Kazuko es entregar a Haru la llave con que ha abierto y que llevaba colgada del obi.

—Tengo que irme, Haru —le dice—. Hace tiempo que te espero. He sido designada para ocupar el lugar de Gran Genkei.

—¿Le ha pasado algo al maestro de los maestros?

—Deberías saberlo. Tú conociste mucho a uno, incluso mejor que yo.

Haru piensa, por un momento, que la maestra Kazuko se ha hecho demasiado mayor y confunde las cosas.

—Debes de pensar que no sé lo que digo —dice Kazuko mientras saca de las estanterías algunos libros y cuadernos—. Pero no, sé muy bien lo que digo. Yo misma le pedí que se ocupara de ti.

La cabeza de Haru aletea como un colibrí. Ante el silencio de la maestra dice:

—¿El maestro zapatero?

Kazuko asiente. Cuando los maestros son considerados grandes maestros, se les ofrece la gracia de ocupar un lugar privilegiado. Un lugar desde el que observar sin ser visto. Un lugar desde el que actuar y enseñar con el ejemplo. La base de la consciencia.

—¿Te vas para ejercer de maestra zapatera?

—Sí, y tú te quedarás aquí como Gran Maestra del Dojo y vendrás a verme como yo iba a ver al maestro zapatero. Pero tendrás que decir que vas a visitar al Gran Genkei y nunca podrás revelar mi identidad.

—Maestra, yo no puedo quedarme de Gran Maestra.

—Son quienes más tardan en hacer el camino los que pueden enseñarlo. Además, ¿pretendes decirme que no estás a la altura de tu visualización? —Kazuko prepara la tinta, repasa los pinceles, despliega el papel—. Ahora lo dejaremos por escrito. Yo me iré mañana por la mañana. Cuando acabemos aquí, iremos a la sala central. Te presentaré a los alumnos. Conocerás a Hiromi. Ella y Mitsu están avisadas. Llevábamos días mirando las tres el horizonte para ver si llegabas.

Kazuko se mueve con el sosiego propio de la edad. Los veinticinco años que han pasado desde que se vieron por última vez han pasado para las dos.

—Aquí encontrarás los cuadernos escritos por todos los Grandes Maestros que han dirigido la escuela. Cuando tengas una duda, cuando te sientas sola, cuando necesites reflexionar, aquí tienes tu espacio sagrado. No puede entrar nadie más hasta el día en que llegue quien haya de sustituirte. Y a mi muerte, tú serás el Gran Genkei.

Las dos mujeres se quedan en silencio y hacen lo que deben hacer. Está pasando lo que debe pasar. Es sencillo y milagroso a la vez.

Al día siguiente, justo antes de que Kazuko se marche, Haru la visita en su habitación.

—Quiero hacerte un regalo, maestra. Antes de que seas el Gran Genkei y nunca más aceptes ninguno. —Sonríe y le alarga una taza de porcelana que tiene dibujados los kanjis que representan el respeto y la confianza—. El maestro zapatero tenía pocas tazas. Esta es grande y sirve para el té, pero también para la sopa o el arroz. Te será útil.

La maestra la acepta:

—Respeto y confianza; dos palabras que sustituyen a una sola. ¿Cuál?

—Amor —contesta Haru, segura de la respuesta—. La taza era

de mi madre.

—Tu madre me lo dijo, ¿sabes? Me dijo que sabía que habías nacido para ser una gran maestra. Lo supo en cuanto le comunicaron que ella iba a morir. Me dijo que lo entendió de inmediato.

¿Por qué es tan duro llegar a ser maestra? ¿Vale la pena? Las preguntas se las hace Haru por dentro, pero Kazuko es capaz de oírlas y considera oportuno contestarlas:

—Sí, vale la pena. Lo sabrás cuando llegue una Haru a tu vida. Respecto a la dureza del camino, debo decirte que no es más duro llegar a ser maestra que llegar a ser panadero o campesina o arquitecta. No es dura la vida, Haru. La hacemos dura porque no la aceptamos como es, no le tenemos ni respeto ni confianza.

Amor, piensa Haru.

—Amor —dice Kazuko. Entonces guarda la taza en el equipaje, tan escaso como el que se llevó Haru: el arco, las flechas, la bolsa. Suficiente es suficiente.

E P Í L O G O

La maestra, ya anciana, enseña a los alumnos recién llegados cómo deben colocarse para efectuar el tiro. Explica con paciencia cada gesto. Para demostrarlo, les dice que tirará al blanco una vez. Respira, busca la postura de equilibrio, espera. La flecha saldrá cuando deba salir. Este es uno de los conceptos que, promoción tras promoción, a los discípulos más les cuesta entender.

De repente, una flecha que llega por detrás empuja la de la maestra y la lleva directa a la diana, donde se clava justo antes de que la que la ha impulsado la abra por en medio y se adentre también en el blanco. La maestra reconoce de inmediato aquella flecha con plumas de halcón. Respira, sonríe y antes de darse la vuelta dice:

—Bienvenida, Yumiko. —Y camina hacia la alumna, que la espera de rodillas en el suelo, la cabeza gacha.

—Gracias, maestra. —Se levanta Yumiko. Llora.

La maestra la abraza, le dice al oído:

—Lo sé, lo sé. Cuesta mucho volver. Lo sé.

Luego se lleva a Yumiko a la biblioteca. Entran en la parte reservada al Gran Maestro del Dojo. El primer gesto de la maestra es entregar a Yumiko la llave con que ha abierto y que llevaba colgada del obi.

—Tengo que irme, Yumiko —le dice—. Hace tiempo que te espero. He sido designada para ocupar el lugar de Gran Genkei.

Las dos mujeres se quedan en silencio y hacen lo que deben hacer. Está pasando lo que debe pasar. Es sencillo y milagroso a la vez.

La maestra escribe con el único pincel que formaba parte de su equipaje. Ahora lo va a dejar allí, en la biblioteca.

—Me voy mañana por la mañana —anuncia.

Después se dirige a su dormitorio. Antes de llegar, aprovecha que los alumnos están en el comedor para entrar en una de sus habitaciones, en una en concreto, la que ella misma ocupó setenta años atrás, cuando tenía quince. Hace tiempo que lo piensa. ¿Estará todavía allí? Entonces levanta el tatami por una de las puntas y sí, encuentra la carta que nunca ha leído, la recoge, se la acerca al pecho. Suficiente es suficiente.

Flavia Company (Buenos Aires, 1963) es autora de más de una decena de novelas, entre las que destacan *Saurios en el asfalto*, *Luz de hielo*, *Dame placer*(finalista del Premio Rómulo Gallegos), *Ni tú ni yo ni nadie* (Premio Documenta), *Melalcor*, *La mitad sombría*, *La isla de la última verdad* y *Que nadie te salve la vida*. También de los libros de cuentos *Viajes subterráneos*, *Género de punto*, *Con la soga al cuello* y *Por mis muertos*, y del libro de microrrelatos *Trastornos literarios*. Su poesía ha sido recogida en diversas revistas y ha publicado el poema narrativo *Volver antes que ir*. Su obra, que forma parte de

numerosas antologías, ha sido traducida en Francia, Holanda, Brasil, Polonia, Alemania, Portugal, Italia y Estados Unidos. Es licenciada en Filología Hispánica, música, traductora, periodista, profesora de microrrelato en l'Escola d'Escriptura del Ateneu Barcelonès y de cuento en el Máster de Creación Literaria de la Universidad Pompeu Fabra.
www.fcompany.blogspot.com

Créditos

Primera edición: marzo de 2016
Primera edición digital: marzo de 2016

Diseño de la portada y del interior: mirindacompany.com
Maquetación: Endoradisseny
Fotografía de la portada: © David Orr (orrokinawa)
Dibujo de la página 381: Flavia Company

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats
Edición: David Monserrat

© 2016 Flavia Company, del texto
© 2016 Catedral, de esta edición

Catedral es un sello del Grupo Catedral
Josep Pla, 95. 08019 Barcelona

ISBN EPUB: 978-84-16673-12-4

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derecho Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algun fragmento a quien pueda interesarle.